

COLECCIÓN UNIVERSAL

————— N.º 569 y 570 —————

M. J. QUINTANA

Vidas de los españoles célebres

TOMO I

El Cid. - Guzmán el Bueno. - Roger
de Lauria. - El príncipe de Viana



1.20

Precio: Una peseta

MADRID, 1922

M. J. Quintana

—

VIDAS DE LOS ESPAÑOLES
CÉLEBRES

TOMO I

MCMX XII

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

M. J. QUINTANA

Vidas de los españoles célebres

TOMO I

El Cid. - Guzmán el Bueno. - Roger
de Lauria. - El príncipe de Viana



MADRID, 1922

Talleres "Calpe". Larra, 6 y 8. — MADRID

Don Manuel José Quintana fué poeta, crítico, historiador y político. Todo el mundo conoce sus poesías, vaciadas en los más puros moldes del clasicismo. Las VIDAS DE LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES hacen de su autor el Plutarco español. Sin intentar un paralelo entre el antiguo y el moderno biógrafo, puede decirse que estas VIDAS constituyen un monumento clásico ya de nuestra historia y de nuestra literatura. Están escritas con amor, con objetividad, con imparcialidad y en un estilo elegante y flúido, que arrastra la atención constantemente y mantiene al lector en el interés de la narración, presentándole altos ejemplos de virtud, de heroísmo, de abnegación. Las VIDAS de Quintana deben ser un libro de cabecera de la juventud española.

PRÓLOGO

Las vidas de los hombres célebres son, de todos los géneros de historia, el más agradable de leerse. La curiosidad, excitada por el ruido que aquellos personajes han hecho, quiere ver más de cerca y contemplar más despacio a los que con sus talentos, virtudes o vicios extraordinarios han contribuído a la formación, progresos y atraso de las naciones. Las particularidades y pormenores en que a veces es preciso entrar para pintar fielmente los caracteres y las costumbres llaman tanto más la atención, cuanto en ellas se mira a los héroes más desnudos del aparato teatral con que se presentan en la escena del mundo y convertirse en hombres semejantes a los otros por sus flaquezas y sus errores, como para consolarlos de su superioridad.

Así es que nada iguala al placer que se experimenta leyendo cuando niño las vidas de Cornelio Nepote y las de Plutarco cuando joven: lectura propia de los primeros años de la vida, en que el corazón, más propenso a la virtud, cree con facilidad en la virtud de los otros, y en que, apasionándose naturalmente por todo lo que es grande y heroico, se anima y exalta para imitarlo. Entonces es cuando elegimos por ami-

gos o por testigos de nuestras acciones a Aristides, Cimón, Dion, Epaminondas; y estos amigos son tal vez, de los que se escogen en aquella edad, los únicos que al fin no hacen traición a los sentimientos que nos han inspirado. Modélase uno entonces a su ejemplo, y quisiera ansiosamente sembrar como ellos la carrera de la vida con las mismas flores de gloria y de virtud; y aunque después el curso de los años, el choque de los intereses, la experiencia fatal que se hace de los hombres resfríen este ardor generoso, no se borran enteramente sus huellas, y siempre queda algo de su fuerza para recurso en las situaciones arduas y para consuelo en las adversidades. Se puede ciertamente dar la preferencia a los otros modos de escribir historia en su parte económica y política; pero en la moral las vidas les llevan una ventaja conocida y su efecto es infinitamente más seguro.

El mayor escollo que tal vez tiene este género es la perfección que Plutarco ha dado a las suyas. Este gran modelo está siempre presente para acusar de temeridad a todos los que se atreven a seguir el mismo camino. En vano se le tacha de difuso e importuno en sus digresiones; de creer como una vieja en sueños, oráculos y prodigios; de dar a genealogías, las más veces inciertas o fabulosas, un valor impropio en la pluma de un filósofo. ¿Qué importa todo esto, comparado con la animación que tienen sus pinturas y la importancia de los sucesos que refiere? Es preciso desengañarse: Plutarco no ha sido igualado hasta ahora, y es de creer que no lo será jamás.

Su libro manifiesta ser de un sabio acostumbrado

al espectáculo de las cosas humanas, que no se admira de nada, y por lo mismo aplaude y condena sin exaltación; que cuenta y dice de buena fe todo lo que su memoria le sugiere, y va esparciendo en su camino máximas profundas y consejos excelentes. Se le compara a un caudaloso río, que se lleva sin ruido y sin esfuerzo por una dilatada campiña, y la riega y fertiliza toda con sus aguas. Pero esto no bastaría a dar a su obra el grande interés que presenta sin la naturaleza de su argumento, único por ventura en su especie. Vense desde luego luchar en talentos, en virtudes y en gloria las dos naciones más célebres de la antigüedad, una por las artes y el ingenio, otra por su fuerza y grandeza. Se fija después la vista en los retratos que ofrece aquella vasta galería, y cada uno sorprende por el movimiento que imprime en su nación. Este la da leyes, el otro costumbres; el uno la defiende de la invasión, el otro la arrebató a las conquistas; éste quiere salvarla de la corrupción que la contagia, y aquél enciende la antorcha que ha de ponerla en combustión: todos ostentando caracteres eminentemente dispuestos ya a la virtud, ya a los talentos, ya a los vicios, ya a los crímenes, y casi todos en esta continua agitación pereciendo violentamente, porque el movimiento y la reacción de que son causa producen al fin el vértigo que los devora a ellos mismos. No, la historia moderna no puede presentar un espectáculo tan enérgico y tan sublime; ninguno de nuestros personajes, por grandes que se les suponga, se ha encontrado en la situación de Solon, terminando la anarquía de Atenas por unas

leyes sabias y moderadas, pedidas por todo un pueblo y obedecidas por él; de Licurgo, arrancando de un golpe a la molicie los ciudadanos de Esparta, y sujetándolos a un régimen de hierro para que no fuesen sujetos de nadie; de Temístocles, burlando en el estrecho de Salamina la arrogante ambición de Jerjes; de Mario, en fin, vencedor de los cimbro, que iban a tragarse la Italia.

Pero aunque el talento no sea igual ni la materia tan rica, no por eso deben desmayar los escritores y abandonar un género tan agradable y tan útil. Es oprobio a cualquiera que pretende tener alguna ilustración ignorar la historia de su país; y si la pintura de los personajes más ilustres es una parte tan principal de ella, fuerza es intentarla para utilidad común, aunque se esté muy lejos del talento de Plutarco y aun cuando los sujetos que hay que retratar no presenten la fisonomía fiera y proporciones colosales que los antiguos.

Y ¿cuál es la nación que no tiene sus héroes propios a quienes admirar y seguir? ¿Cuál la que no ha sufrido vicisitudes del bien al mal y del mal al bien, que es cuando se crían estos hombres extraordinarios? No lo será ciertamente aquel pueblo que alzó en las montañas septentrionales de España el estandarte de la independencia contra el ímpetu fanático de los árabes. Allí no sólo se mantiene libre de la opresión en que gime el resto de la Península, sino que, adquiriendo fuerzas y osadía, baja a derrocar a sus enemigos de la larga posesión en que estaban. Ningún auxilio, ningún apoyo en príncipe o gente

alguna; dividido entre sí, ya por las particiones de los Estados, imprudentemente establecidas por sus reyes, ya por las guerras que estos Estados se hacían, verdaderamente civiles; al mismo tiempo nuevos diluvios de bárbaros que el Africa de cuando en cuando envía para reforzar a los antiguos, y todo esto junto mantiene la lucha por siete siglos enteros y forma una serie terrible de combates, de peligros y de victorias. Salen, en fin, los musulmanes de España, y entonces, a manera de fuego que comprimido violentamente rompe y se dilata a lo lejos en luz y en estallidos, se ve el español enseñorearse de la mitad de Europa, agitarla toda con su actividad ambiciosa, arrojarla a mares desconocidos e inmensos y dar un nuevo mundo a los hombres. Para hacer correr a una nación por un teatro tan vasto y desigual son necesarios sin duda caracteres enérgicos y osados, constancia a toda prueba, talentos extraordinarios, pechos capaces de la virtud y el vicio, pero en un grado heroico y sublime.

La pintura de estos caracteres sobresalientes es la materia y objeto del libro que ahora se publica, excluyéndose de él las vidas de los reyes, que, como parte principal de nuestras historias generales, son por lo mismo más conocidas. Se engañaría cualquiera que buscase aquí la solución de las cuestiones oscuras que a cada paso ofrece nuestra historia por falta de documentos auténticos: en tal caso, en vez de ser una obra de agradable lectura y de utilidad moral, que es lo que el autor se ha propuesto, se convertiría en un libro de indagaciones y controversias, propias

solamente de un erudito o de un anticuario. Para sentar la probabilidad histórica de los hechos se han consultado los autores más acreditados; y estando indicados al frente de cada vida los que se han tenido presentes para su formación, los lectores que quieran asegurarse de la exactitud y elección de las noticias podrán buscarlas en las mismas fuentes donde se han bebido. Cuando salgan a la luz las infinitas preciosidades que, o por nuestra incuria o por una mala estrella, se encierran todavía en los archivos públicos y particulares, se corregirán muchos errores y se sabrán mil datos que ahora se ignoran y son necesarios para escribir nuestra historia económica y política, que en concepto de muchos está aún por hacer. También entonces nuestros héroes, conocidos quizá mejor, podrán ser retratados por un pincel más diestro y más bien guiado; pero entre tanto la juventud a quien se destina este ensayo tendrá lo que hasta ahora nadie ha ejecutado bajo este mismo plan, a lo menos que yo sepa.

Los retratos de nuestros varones ilustres, publicados con tanta magnificencia por la Imprenta Real, han sido dirigidos a diferente fin. En aquella obra la estampa es lo principal, y el breve sumario que la acompaña es lo accesorio; y si se indican por mayor allí los hechos principales en que está afianzada la fama de los sujetos, no están igualmente determinados la educación, los progresos, las dificultades y los medios de superarlas: circunstancias que son las que constituyen grande un personaje y le hacen sobresalir entre los demás. El celo mismo que emprendió la

obra fué causa de dos inconvenientes que hay en ella. Uno es la multiplicación excesiva de hombres retratados y que se dan por ilustres: efecto necesario de no haberse antes de todo fijado los verdaderos límites de la empresa. No se dan la inmortalidad y la gloria con tanta facilidad como se piensa, y hay hombre realmente grande que se avergonzaría de los compañeros que le han puesto en aquella colección. El otro inconveniente es el tono de elogio que reina generalmente en los sumarios. Nada más contrario a la dignidad y objeto de un historiador: cuando se exagera el bien y se disculpa o se omite el mal, o no se consigue crédito o se inspiran ideas equivocadas y falsas.

El autor de la presente obra ha procurado evitar estos escollos. Los héroes en quienes ha empleado su trabajo son aquellos cuya celebridad está atestigüada por la voz de la historia y de la tradición, y no cree que ninguna de las vidas que ofrece ahora al público pueda ser tachada de contradecir al título del libro. *El Cid Campeador*, nombre que entre nosotros es sinónimo del esfuerzo incansable del heroísmo y la fortuna; *Guzmán el Bueno*, igual a cualquiera de los personajes antiguos en magnanimidad y en patriotismo; *Roger de Lauria*, el marino más grande que ha tenido la Europa desde Cartago hasta Colón; *El príncipe de Viana*, tan interesante por su carácter, su instrucción y sus talentos, tan digno de compasión por sus desgracias, y que reúne en su destino, a la majestad y esperanzas de un nacimiento real, el ejemplo y la lástima de un particular injustamente perseguido y bárbaramente sacrificado; *Gonzalo de Cór-*

doba, en fin, el más ilustre general del siglo xv, aquel que con sus hazañas y disciplina dió a nuestra milicia la superioridad que tuvo en Europa por cerca de dos siglos, y que en su carácter y sus costumbres presenta un espejo donde deben mirarse los militares que no confundan la ferocidad con el heroísmo.

Tales son los hombres cuyas vidas comprende este tomo (1), escritas sin odio y sin favor, según que los historiadores más fidedignos las han presentado a mis ojos. Si por acaso se extrañase la severidad con que se condenan ciertas acciones y ciertas personas, se debe considerar primeramente que sin esta severidad no puede ser útil la historia, la cual quedaría en tal caso reducida a una mera y fría relación de gaceta. A las personas vivas se les deben en ausencia y presencia aquella contemplación y atenciones que el mundo y las relaciones sociales prescriben; pero a los muertos no se les debe otra cosa que verdad y justicia. Por otra parte, si se leen con atención nuestros buenos libros, se verán en ellos las mismas censuras, aunque ahogadas en el cúmulo de noticias que contienen. Cada siglo que se añade a un hecho aumenta la acción y la autoridad para juzgarle imparcialmente, y no sé yo por qué hemos de carecer en el siglo xix de la facultad y derecho que Zurita, Mariana y Mendoza tuvieron ya en el xvi.

No creo que debo añadir nada sobre el sistema particular de composición que he seguido, formas de narración, estilo y lenguaje de que he usado. Toda

(1) Se alude a la primera impresión de la presente obra, cuyo tomo primero comprendía estas cinco Vidas.

recomendación o disculpa en esta parte sería absolutamente superflua. El público, como juez único y supremo, aprobará, condenará sin apelación, o tal vez disimulará los yerros y descuidos del autor, en gracia del deseo de ser útil, que es lo que le ha puesto la pluma en la mano para escribir estas vidas.

Junio de 1807.

VIDAS DE LOS ESPAÑOLES CELEBRES

EL CID

AUTORES CONSULTADOS.—Risco, *Historia del Cid*. Sandoval, *Historia de los cinco reyes*. Mariana, *Crónica general*. Escolano, *Historia de Valencia*. *Historia de la dominación de los drabes en España*, por don José Antonio Conde.

Cuando se fijan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia, la vista no percibe mas que sombras, donde están confundidos los personajes, los caracteres y las costumbres. La mayor sagacidad, la más diligente crítica no pueden abrirse camino por medio de las memorias rudas y discordes, de los privilegios controvertidos y de las tradiciones vagas que nos han dejado nuestros abuelos por testimonios de sus acciones. Si después de una prolija indagación se cree haber descubierto la verdad en este o aquel hecho, otras consideraciones y otras pruebas vienen al instante a hacer incierto el descubrimiento, y el resultado de un trabajo tan fastidioso no es en los escritores sino una serie más o menos coordinada de conjeturas y probabilidades.

En medio de semejante obscuridad se divisa un campeón, cuya fisonomía, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Díaz, llamado comúnmente *el Cid Campeador*, objeto de inagotable admiración para el pueblo y de eternas disputas entre los críticos, los cuales, desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se cuentan, se ven precisados a reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias.

Muchas de las fábulas, sin embargo, se hallan tan asidas a la memoria del Cid, que sin ellas la relación de su vida parecerá a muchos desabrida y desnuda de interés. La imaginación hallaba allí un alimento apacible y veía señalados todos los pasos de este personaje con circunstancias maravillosas y singulares. Aquel desafío con el conde de Gormaz, los amores y persecución de su hija, el dictado de *Cid* con que le saludan los reyes moros cautivos, su expedición bizarra a sostener la independencia de Castilla contra las pretensiones orgullosas del emperador de Alemania, todo preparaba el ánimo a la admiración de las hazañas siguientes. Mas estos y otros cuentos, adoptados imprudentemente por la historia, han sido confinados a las novelas, a los romances y al teatro, donde se ha hecho de ellos un uso tan feliz; y Rodrigo, por ser menos singular en su juventud, no se presenta menos admirable en el resto de su carrera.

Nació en Burgos, hacia la mitad del siglo xi, de

D. Diego Laínez, caballero de aquella ciudad, que contaba entre sus ascendientes a D. Diego Porcelos, uno de sus pobladores, y a Laín Calvo, juez de Castilla. Reinaba entonces en esta provincia Fernando I, que, reuniendo en su mano el dominio de León, Castilla y Galicia, fundó la preponderancia que después gozó la nación castellana sobre las demás de la Península. Este monarca tuvo cinco hijos, y a todos quiso dejarlos heredados en su muerte. Ni las desgracias sucedidas por igual división que hizo su padre, el rey de Navarra D. Sancho el Mayor, ni las representaciones de cuantos hombres cuerdos había en su corte pudieron moverle de su intento. El amor de padre lo venció todo, y por hacer reyes a sus hijos labró la ruina de dos de ellos y sumió al Estado en los horrores de una guerra civil. Cupo en la partición Castilla a Sancho, León a Alfonso, y Galicia a García; las dos infantas Urraca y Elvira quedaron heredadas, ésta con la ciudad y contornos de Toro, aquélla con Zamora, y se dice que todos, por mandato del padre, juraron respetar esta división y ayudarse como hermanos. Vana diligencia, jamás respetada por la ambición, y nunca menos que entonces, porque D. Sancho, superior en fuerzas, en valor y en pericia a sus hermanos, luego que murió su padre revolvió el pensamiento a despojarlos de su herencia y a ser el único sucesor en el imperio del rey difunto.

Era entonces muy joven Rodrigo Díaz (1065), huérfano de padre, y D. Sancho, por gratitud a los servicios que Diego Laínez había hecho al Estado, tenía a su hijo en su palacio y cuidaba de su educación.

Esta educación sería toda militar, y los progresos que hizo fueron tales, que en la guerra de Aragón y en la batalla de Grados, donde el rey D. Ramiro fué vencido y muerto, no hubo guerrero alguno que se aventajase a Rodrigo. Por esto el rey, que por honrarle le había armado poco antes caballero, le hizo alferez de sus tropas, que en aquellos tiempos era el primer grado de la milicia, al modo que después lo fué la dignidad de condestable.

Desembarazado Sancho de las guerras extrañas, volvió su pensamiento a la civil, que tal puede llamarse la que hizo al instante a sus hermanos. Los historiadores están discordes sobre a quién de ellos embistió primero; mas la probabilidad está por la opinión común, que designa a D. Alfonso como la primera víctima. Sus Estados lindaban con los de Sancho, y no es creíble que éste quisiese atacar antes al más lejano. La lucha no podía durar mucho tiempo entre dos concurrentes tan desiguales. El rey de Castilla, ardiente, esforzado, feroz, con un poder mucho más grande, con una destreza militar superior a la de todos los generales de su tiempo, debía arrollar fácilmente al de León, mucho más débil, muy joven todavía y falto de práctica en las cosas de la guerra. Mas no por eso este príncipe se dejó arruinar sin estrago y peligro de sus contrarios. Vencido en las primeras batallas, toma fuerzas de su situación desesperada, junta nuevo ejército y vuelve a encontrar a su hermano a vista de Carrión. Su ímpetu fué tal, que los castellanos, rotos y vencidos, abandonaron el campo de batalla y se encomendaron a la fuga. Ro-

drigo, en este desastre, lejos de perder el ánimo, aconseja al rey que, reuniendo sus tropas dispersas, acometa aquella misma noche a sus vencedores. «Ellos —le dijo— se abandonarán al sueño con el regocijo de la victoria, y su confianza va a destruirlos.» Hecho así, los castellanos, puestos en orden por Rodrigo y el rey, dan con el alba sobre sus contrarios, que descuidados y dormidos no aciertan a ofender ni a defenderse, y se dejan matar o aprisionar. Alfonso, huyendo, se refugia en la iglesia de Carrión, donde cae en manos del vencedor, que le obliga a renunciar el reino y a salir desterrado a Toledo, entences poseída de los moros.

La guerra de Galicia fué más pronta y menos disputada (1071), aunque con más peligro de D. Sancho. Su hermano García tenía enajenadas de sí las voluntades de sus vasallos. Cargados de contribuciones, atropellados por un favorito del rey, a quien había abandonado toda la administración, su paciencia llegó al término, y convertida en desacato, a los ojos mismos del monarca hicieron pedazos al privado. Con esto, divididos en facciones y mal avenidos, no pudieron sostenerse contra los castellanos, que entraron pujantes en Galicia. Huyó D. García a Portugal, y con los soldados que quisieron seguirle o vinieron a defenderle quiso probar fortuna junto a Santarén, y dió batalla a su hermano. Pelearon él y su gente como desesperados, y la fortuna al principio les favoreció: D. Sancho se vió en poder de sus enemigos, y García, dejándole entregado a unos caballeros, voló a seguir a los fugitivos. Entre tanto, el Cid, con

su hueste aun entera, acometió a la parte donde estaba el rey de Castilla prisionero, y disipando la guardia que le custodiaba, se apoderó de él, y, poniéndose a su frente, salió a buscar a D. García. Volvía éste de su alcance cuando le anunciaron el vuelco que habían dado las cosas, y sin desmayar por ello acometió a los castellanos; pero, a pesar de su esfuerzo, vióse arrancar la victoria que ya tenía, y precisado a entregarse prisionero al arbitrio de su rival, que le despojó del reino y libertad y le envió al castillo de Luna.

Sería mejor quizá para el honor de la especie humana pasar en silencio estos escandalosos debates, hijos de una ambición desenfrenada, que olvida enteramente los lazos más sagrados de la alianza, de la compasión y la sangre. Señor de Castilla, de Galicia y de León, Sancho II no se consideraba rey si no poseía también la corta porción de sus débiles hermanas. Lanzó de Toro a Elvira, y puso sitio sobre Zamora. Aquí la suerte le tenía guardado el término de su carrera, y el terror de tantos reyes se estrelló en una ciudad defendida por una flaca mujer. Cuando más apretado tenía el sitio, Bellido Dolfos, un soldado de Zamora, salió de la plaza a manera de desertor, ganó la confianza del rey, y sacándole un día para enseñarle una parte del muro que por ser mal defendida podía facilitar la entrada en el pueblo, halló modo de atravesarle con su mismo venablo y huyó a toda carrera de Zamora. Dícese que Rodrigo, viendo de lejos huir al asesino, y sospechando su alevosía, montó a caballo aceleradamente, y que por no llevar

espuelas no pudo alcanzarle, de lo cual irritado, maldijo a todo caballero que cabalgase sin ellas.

Mas, dejando aparte todas las fábulas que se cuentan de este sitio (1072), luego que fué muerto D. Sancho los leoneses y gallegos se desbandaron, y los castellanos solos quedaron en el campo acompañando el cadáver, que fué llevado a sepultar en el monasterio de Oña. Entre tanto, D. Alfonso, avisado de aquella gran novedad, partió a toda prisa de Toledo a ocupar los Estados del difunto. En León no hubo dificultad ninguna, y en Galicia, aunque D. García pudo escaparse de su prisión y trató de volver a reinar, fué arrestado otra vez; y D. Alfonso, tan culpable con él como su hermano, le condenó a prisión perpetua y ocupó su trono. Castilla presentaba más obstáculos: irritados sus naturales de la muerte aleposa de su rey, no querían rendir vasallaje a Alfonso mientras él por su parte no jurase que aquella infamia se había cometido sin participación suya. Avínose el rey a hacer la protestación solemne de su inocencia; mas ninguno de los grandes de Castilla osaba tomarle el juramento por miedo de ofenderle. Sólo Rodrigo se aventuró a representar la lealtad y entereza de su nación en la ceremonia, y ésta se celebró en Santa Gadea de Burgos delante de toda la nobleza. Abierto un misal, y puestas el rey sus manos en él, Rodrigo le preguntó: «¿Juráis, rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho por mandato ni por consejo? Si juráis en falso, plega a Dios que muráis de la muerte que él murió, y que os mate un villano y no caballero.» Otorgó Alfonso el juramento con

otros vasallos suyos, y repitióse otra vez, mudándosele en ambas el color al rey, ya abochornado de la sospecha, ya indignado del atrevimiento. No falta quien deseche también esta incidencia como una fábula; pero, además de no ser muy fuertes las razones que se alegan para ello, cuadra tan bien con las costumbres pundonorosas del tiempo, hace tanto honor a Rodrigo y da una razón tan plausible del rencor que toda su vida le tuvo el rey, que no he querido pasarla en silencio.

Al principio no estuvo descubierto este odio, ni la política lo aconsejaba. Rodrigo, enlazado con la familia real por su mujer doña Jimena Díaz, hija de un conde de Asturias, acompañó al rey en sus primeros viajes, fué nombrado campeón en varios pleitos que, según la jurisprudencia de entonces, habían de decidirse por las armas, y fué enviado a Sevilla y a Córdoba a cobrar las parias que sus príncipes pagaban a Castilla.

Hacíanse entonces guerra el rey de Sevilla y el de Granada, a quien auxiliaban algunos caballeros cristianos. Estos con los granadinos venían la vuelta de Sevilla para combatirla, y aunque el Cid les intimó que respetasen al aliado de su rey, ellos despreciaron su aviso y entraron por las tierras enemigas talando los campos y cautivando los hombres. Rodrigo entonces salió a su encuentro al frente de los sevillanos, los atacó junto al castillo de Cabra, los derrotó enteramente, y volvió a Sevilla, cuyo príncipe no sólo le entregó las parias que debía, sino que le colmó de presentes, con los cuales honrado y enriquecido se volvió a su patria.

En ella le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonso que salir de Castilla a sosegar algunos árabes alborotados en la Andalucía, y Rodrigo, postrado por una dolencia, no pudo acompañarle. Los moros de Aragón, valiéndose de la ausencia del rey, entraron por los Estados castellanos y saquearon la fortaleza de Gormaz, lo cual sabido por Rodrigo, aun no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante a ellos con su hueste, y no sólo les tomó cuanto habían robado, sino que, revolviendo hacia Toledo, hizo prisioneros hasta 7.000 hombres, con todas sus riquezas y haberes, y se los trajo a Castilla. Era el rey de Toledo aliado de Alfonso VI, y por lo mismo éste y toda su Corte llevaron a mal la expedición del Cid. «Rodrigo—decían los envidiosos—ha embestido las tierras de Toledo y roto los pactos que nos unían con aquella gente, para que, irritados con su correría, nos cortasen la vuelta en venganza y nos hiciesen perecer.» Alfonso entonces, dando rienda al encono que le tenía, le mandó salir de sus Estados, y él abandonó su ingrata patria con los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna (1076).

El poder de los moros en aquella época había degenerado mucho de su fuerza y extensión primitiva. Extinguido el linaje de los Abenhumeyas, que dominaron a todos los árabes de España, su imperio se desmoronó, y cada provincia, cada ciudad, cada castillo tuvo su reyezuelo independiente, casi todos tributarios de los cristianos. Debilitados, por otra parte,

con el regalo del clima y entibiado su fanatismo, estaban muy distantes de aquel valor intrépido y sublime que en los primeros tiempos había espantado y dominado la mitad del universo. Nuestros príncipes, al contrario, se extendían y aseguraban, y contemplando la diferente posición de las dos naciones, se extrañan cada vez más que nuestros ascendientes no arrojasen más pronto de la Península a los moros. Pero los reyes y los pueblos que debieran emprenderlo estaban más divididos entre sí que debilitados sus enemigos, y la partición impolítica de los Estados, las guerras intestinas, las alianzas con los infieles, los socorros que se les daban en las guerras que ellos se hacían, todo contribuyó a alejar la época de una reunión en que estaba cifrada la restauración de España.

En tal situación de cosas no es difícil de presumir, a pesar de la obscuridad de los tiempos y la contradicción de los escritores, cuál fué la suerte del Cid después de su destierro. Cuando una región se halla dividida en Estados pequeños, enemigos unos de otros, es frecuente ver levantarse en ella caudillos que fundan su existencia en la guerra y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, al ruido de su nombre y de su gloria acuden guerreros de todas partes a sus banderas, y aumentando el número de sus soldados, consolidan su poderío. Especie de reyes vagabundos, cuyo dominio es su campo, y que mandan toda la tierra en donde son los más fuertes. Los rémulos que los temen o los necesitan compran su amistad y su asistencia a fuerza de humillaciones y de presentes; los que les resis-

ten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia, de sus correrías y de sus saqueos. Cuando ningún príncipe los paga, la máxima terrible de que la guerra ha de mantener la guerra es seguida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distinción de aliado y de enemigo, son vejados con sus extorsiones o inhumanamente robados y oprimidos. Héroe para los unos, forajido para los otros, ya terminan miserablemente su carrera cuando, deshecho su ejército, se deshace su poder, ya, dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y a la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania cuando las guerras del siglo xvii; tales los capitanes llamados *condottieri* por los italianos, en los dos siglos anteriores, y tal probablemente fué el Cid en su tiempo, aunque con más gloria y quizá con más virtud.

La serie de aventuras que los noveleros le atribuyen en esta época daría materia a un cuento interesante y agradable, pero fabuloso; las memorias históricas, al contrario, no presentan mas que una sucesión de guerrillas, cabalgadas y refriegas sin incidentes, sin variedad y sin interés. Su narración, seca por necesidad, sumaria y monótona, fatigaría al historiador, sin instrucción alguna ni placer de los lectores. Por tanto, parece que bastará decir lo único que se puede saber. Rodrigo, saliendo de Castilla, se dirigió primero a Barcelona y después a Zaragoza, cuyo rey moro Almoctader murió de allí a poco tiempo, dejando divididos sus dos Estados de Zaragoza y Denia entre sus dos hijos, Almuctamán y Almagib. Rodrigo asistió siempre al primero; y Zaragoza, defendida

por él de los ataques que contra ella intentaron Alfabigib, el rey de Aragón D. Sancho Ramírez y el conde de Barcelona Berenguer, le debió la constante prosperidad que gozó mientras la vida de Almuqtamán. Sus enemigos, o no osaban pelear con Rodrigo, o eran vencidos miserablemente si entraban en batalla; y el rey de Zaragoza, cediendo a su campeón toda la autoridad en el Estado, colmándole de honores y de riquezas, aun no creía que acertaba a galardonar tantos servicios.

Así se mantuvo el Cid hasta la muerte de aquel príncipe; después se resolvió a volver a Castilla, y el rey Alfonso, contento con la conquista de Toledo que acababa de hacer (1088), le recibió con las muestras mayores de honor y de amistad. Hízole muchas y grandes mercedes; entre ellas la de que fuesen suyos y libres de toda contribución los castillos y villas que ganase de los moros. Rodrigo levantó un ejército de siete mil hombres, se entró por tierras de Valencia, libró a esta ciudad del sitio que tenía puesto sobre ella el conde Berenguer, y hecho tributario el régulo que la mandaba, marchó a Requena, donde se detuvo algún tiempo.

Inundaban entonces los almoravides las costas orientales y occidentales de España, y parecía que la buena fortuna de los árabes, viéndoles tan humillados en la Península, había suscitado para vigorizarlos esta nueva gente, que a manera de raudal impetuoso se derramó por toda la Andalucía. Criados a la sombra del fanatismo y de la independencia y sacudidos después por la ambición, los almoravides salieron

del desierto de Sahara conducidos por Abubeker, su primer jefe; entraron en la Mauritania, donde ganaron a Segelmesa, y extendieron sus conquistas hasta el Estrecho, ocupando a Tánger y a Ceuta. Jucef, sobrino y sucesor de Abubeker, fundó a Marruecos, estableció en ella la silla de su imperio, y tomó el título de Miramamolín o comandante de los musulmanes. Quizá el mar hubiera contenido esta plaga; pero el rey de Sevilla, Benavet, la llamó sobre sí, creyendo que con su auxilio se haría señor de todas las provincias que en España poseían los moros.

Era suegro de Alfonso VI por su hija Zaida, casada con el monarca castellano; y esta grande alianza exaltó de tal modo su ambición, que ya no cabía en los Estados que pacíficamente le obedecían. Tuvo Alfonso la flaqueza de condescender con sus deseos, y apoyó la demanda del auxilio que se pidió a Jucef. Los almoravides vinieron mandados por Alí, capitán valiente, ejercitado en la guerra y locamente ambicioso, y su venida a nadie fué más fatal que a los imprudentes que los llamaron. Por una ocasión ligera, los berberiscos se volvieron contra los sevillanos, cuyo rey fué muerto en la refriega; y Alí, apoderándose del Estado que había venido a auxiliar, hizo obedecer su imperio a todos los moros españoles, negó vasallaje a Jucef y se hizo también llamar Miramamolín. Para acabarle de desvanecer la fortuna, en el poco tiempo que le favoreció dos veces se encontraron los castellanos con él y dos veces fueron vencidos: la una en Roda y la otra en Badajoz, donde el rey Alfonso mandaba en persona. Pero este príncipe,

más estimable aún en la adversidad que en la fortuna, rehizo sus gentes y acometió al usurpador a tiempo que, desbandado su ejército, no pudo hacer frente a los cristianos y tuvo que encerrarse en Córdoba. Estrechado allí, no vió otro arbitrio para salvarse que comprar a gran precio la paz de sus enemigos y hacerse tributario suyo. Pero ni aun así pudo corregir su mala estrella, porque de allí a poco Jucef, respirando venganza, pasó a España, hizo cortar la cabeza al rebelde, afirmó su dominación en la Andalucía toda y se dispuso a seguir las conquistas de su gente en el país (1).

Con un ejército poderoso, compuesto de sus almoravides y de las fuerzas de los reyes tributarios suyos, se puso sobre la fortaleza de Halaet, llamada *Alid* por los árabes, que hacen mención de este sitio en sus historias, y hoy día conocida con el nombre de *Aledo*. Alfonso, que prevenía en Toledo tropas para marchar contra Jucef, avisó a Rodrigo que viniese a juntarse con él, y le dió orden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde había de pasar el ejército castellano. Pero aunque Rodrigo se apostó en parte donde avisado pudiese efectuar su unión, sea descuido, sea error, ésta no se verificó, y el rey

(1) Estos primeros sucesos de los almoravides en España, especialmente en lo relativo a las revoluciones de Sevilla y guerras de Extremadura, se cuentan con mucha diversidad en la *Historia de los drabes españoles*, publicada por Conde, tomo II, capítulos 12 y siguientes. Pero como en esta diversidad no hay nada que se refiera a los sucesos de Rodrigo Díaz, se ha dejado subsistir la relación del texto tal cual se extrajo de nuestros escritores, siendo bastante advertirlo aquí para que el lector pueda, si quiere, consultar la obra de Conde y conocer lo que unos y otros dicen

con sólo su presencia ahuyentó a los sarracenos. Aquí fué donde sus enemigos, hallando ocasión favorable al rencor que le tenían, se desataron en quejas y acusaciones. Pudieron ellas tanto con Alfonso, que, no contento con desterrar otra vez al Cid de sus Estados, ocupó todos sus bienes y puso en prisión a su mujer y sus hijos. Rodrigo envió al instante un soldado a la corte a retar ante el rey a cualquiera que le hubiese calumniado de traidor. Mas su satisfacción no fué admitida, bien que, ya más apaciguado el ánimo del príncipe, permitió a doña Jimena y a sus hijos que fuesen libres a buscar a aquel caudillo, el cual tuvo segunda vez que labrarse su fortuna por sí mismo.

Ni Alfagid, rey de Denia, ni el conde Berenguer podían perdonarle sus antiguas afrentas (1089); el conde principalmente hacía cuantos esfuerzos le eran posibles para vengarlas, y la suerte le presentó, al parecer, ocasión de ello en las tierras de Albarracín. Hechas paces con el rey de Zaragoza, auxiliado con dinero por el de Denia y asistido con un número crecido de guerreros, Berenguer fué a encontrar a Rodrigo, que con su corto ejército se había apostado en un valle defendido por unas alturas. El rey de Zaragoza, acordándose de los servicios hechos por el Cid a sus Estados, le avisó del peligro que corría. El condestó que agradecía el aviso y que esperaba a sus enemigos, cualesquiera que fuesen. El conde tomó su camino por las montañas, llegó cerca de donde estaba su adversario, y creyendo ya tenerle destruído con la muchedumbre que le seguía, le envió una carta para escarnecerle y desafiarle.

Decíale en ella que si tanto era el desprecio que tenía hacia sus enemigos y tanta la confianza en su valor, ¿por qué no se bajaba a lo llano y dejaba aquellos cerros donde estaba guarecido, más confiado en las cornejas y en las águilas que en el Dios verdadero? «Desciende de la sierra—añadía—, ven al campo, y entonces creeremos que eres digno del nombre de Campeador; si no lo haces, eres un alevoso, a quien de todos modos vamos a castigar por tu insolencia, tus estragos y profanaciones.» A esto respondió Rodrigo que efectivamente despreciaba a él y a los suyos, y los había comparado siempre a mujeres, largas en palabras y cortas en obrar. «El lugar más llano de la comarca—le decía—es este donde estoy; aun tengo en mi poder los despojos que te quité en otro tiempo; aquí te espero, cumple tus amenazas, ven si te atreves, y no tardarás en recibir la soldada que ya en otra ocasión llevaste.»

Con estas injurias enconados más los ánimos, todos se apercebieron a la pelea. Los del conde ocuparon por la noche el monte que dominaba el campamento del Cid, y al rayar el día embisten atropelladamente dando gritos furiosos. Rodrigo, puestas sus tropas a punto de batalla, sale de sus tiendas y se arroja a ellos con su ímpetu acostumbrado. Ya ciaban, cuando el Cid, caído del caballo, quebrantado y herido, tuvo que ser llevado a su tienda por los suyos, y este accidente restableció el equilibrio. Mas lo que en otras ocasiones hubiera sido causa de una derrota lo fué entonces de la victoria. Los invictos castellanos siguieron el impulso dado por su general, y arrolla-

ron por todas partes a los franceses y catalanes; gran número de ellos fueron muertos, cinco mil quedaron prisioneros, entre ellos el conde y sus principales cabos, y todo el bagaje y tiendas cayeron en manos del vencedor.

Berenguer fué llevado a la tienda de Rodrigo, que, sentado majestuosamente en su silla, escuchó con semblante airado las disculpas y humillaciones abatidas del prisionero, sin responderle benignamente y sin consentirle sentarse. Ordenó a sus soldados que le custodiasen fuera, pero también mandó que se le tratase espléndidamente, y a pocos días le concedió la libertad. Tratóse luego del rescate de los demás cautivos. En los principales no hubo dificultad; pero ¿qué habían de dar los infelices soldados? Ajustóse, sin embargo, su libertad por una suma alzada, y partieron después a recogerla a su patria. Parte de ella trajeron, presentando sus hijos y parientes en rehenes de lo que faltaba. Mas Rodrigo, digno de su fortuna y de su gloria, no sólo los dejó ir libres, sino que les perdonó todo el rescate: acción excesivamente generosa, pues en la situación a que sus enemigos le habían reducido, su subsistencia y la de su ejército dependía enteramente de los rescates, de los despojos y de las correrías.

La suerte, al parecer, mejoraba entonces sus cosas para volver a Castilla. Alfonso marchaba contra los almoravides, que habían ocupado a Granada y buena parte de Andalucía. La reina doña Constanza y los amigos del Cid le escribieron que sin detenerse viniese a unirse con el rey y le auxiliase en su expedición,

pues de este modo volvería a su favor y a su gracia. Sitiaba el castillo de Liria cuando le llegó este aviso; y aunque tenía reducida aquella fortaleza a la mayor extremidad, levantó el sitio al instante y marchó a toda prisa a juntarse con el rey. Alcanzóle en el reino de Córdoba, junto a Martos, y Alfonso, oyendo que venía, salió a recibirle por hacerle honor. Uno y otro se encaminaron a Granada: el rey colocó sus tiendas en las alturas, y el Cid acampó más adelante en lo llano, lo cual al instante fué tenido a mal por el rencoroso monarca, el cual decía a sus cortesanos: «Ved cómo nos afrenta Rodrigo: ayer iba detrás de nosotros como si estuviese cansado, y ahora se pone delante como si se le debiese la preferencia.» La adulación respondía que sí; y era por cierto bien triste la situación de aquel noble guerrero, el cual no podía ni ir detrás ni ponerse delante sin que moviese un enojo o motivase una sospecha.

Los berberiscos no osaron venir a batalla con el ejército cristiano, y Jucef, que estaba en Granada, salió de ella y partió al Africa, donde el estado de sus cosas le llamaba. Alfonso se volvió a Castilla, siguiéndole Rodrigo; al llegar al castillo de Ubeda (1092), el príncipe dió rienda a su enojo disimulado; ultrajó al Cid con las palabras más injuriosas; le imputó culpas que no tenían realidad sino en su encono y en la envidia de sus enemigos, y las satisfacciones, en vez de aplacar su cólera, la avivaban más a cada momento. Rodrigo, que había sufrido con moderación las injurias, sabiendo que se trataba de prenderle, miró por sí, y se separó una noche con los suyos del real castellano

No es posible comprender bien este odio tan enconado y constante en un príncipe de las prendas de Alfonso. Llamado liberal por sus mercedes y bravo por su valor, justo en su gobierno y atinado en sus empresas, comedido y moderado en la fortuna, firme y esforzado en la desgracia, el primero de los reyes de España, y uno de los más ilustres de su tiempo por su poder, su autoridad y su magnificencia, no sufría junto a sí a un héroe, el mejor escudo de su Estado y el mayor azóte de los moros. ¿Era envidia, era preocupación, era venganza? La obscuridad de los tiempos no lo deja traslucir; pero las circunstancias con que esta aversión ha llegado a nosotros la presentan como injusta, y es una mancha indeleble en la fama de aquel monarca.

Muchos de sus compañeros abandonaron entonces al Cid por seguir al rey; y él, triste y desesperado ya de toda reconciliación con su patria, se entró en las tierras de Valencia, con ánimo, probablemente, de adquirir allí un establecimiento donde pasar respetado y temido el resto de sus días. Con este objeto reedificó el castillo de Pinnacatel, le fortificó con todo cuidado y le proveyó de víveres y armas para una larga defensa. Desde allí, el terror de su esfuerzo y de su fortuna le sometió a todos los régulos de la comarca. Zaragoza, invadida por el rey de Aragón, le debió, como en otro tiempo, su salud, pues en consideración a Rodrigo hizo la paz aquel príncipe con ella. Después, ensoberbecido con esta consideración y con la prosperidad que guiaba sus empresas, volvió su ánimo a la venganza y quiso humillar a su mayor enemigo.

Era éste D. García Ordóñez, conde de Nájera, comandante en la Rioja por el rey de Castilla; la segunda persona del estado por el lustre de su casa, por su enlace con la familia real, por sus riquezas y por sus servicios; pero envidioso, enconado con el Cid, atizador del odio que el rey le tenía, y causador de sus destierros. Rodrigo, pues, entró en la Rioja (1094) como en tierra enemiga, taló los campos, saqueó los pueblos, persiguió los hombres; ¿qué culpa tenían estos infelices de los malos procedimientos del conde? Pero siempre los errores y pasiones de los grandes vienen a caer sobre los pequeños. El Cid, irritado, no escuchando mas que la sed de venganza que le agitaba, siguió adelante en sus estragos, y Alberite, Logroño y la fortaleza de Alfaro tuvieron que rendirse a su obediencia. Don García, que vió venir sobre sí aquel azote, juntó sus gentes y envió a decir a su enemigo que le esperase siete días; él esperó, mas las tropas del conde, al acercarse, se dejaron vencer del miedo y no osaron venir a batalla con el campeón burgalés.

Satisfecho su enojo y rico con el botín, dió la vuelta a Zaragoza, donde supo que los almoravides se habían apoderado de Valencia, y entonces fué cuando concibió el pensamiento de arrojarlos de allí y hacerse señor de aquella capital. Valencia, situada sobre el mar, en medio de unos campos fértiles y amenos, bajo el cielo más alegre y el clima más sano y templado de España, era llamada por los moros su paraíso. Pero este paraíso había sido en aquellos tiempos bárbaramente destrozado por el mal gobierno

de los árabes y sus divisiones intestinas. Fué siempre considerada como una dependencia del reino de Toledo, y en tiempo de Almenón gobernada por Abubeker con tal madurez y prudencia, que los valencianos, cuando murió este árabe, dijeron «que se había apagado la antorcha y obscurecido la luz de Valencia». Hiaya, hijo de Almenón, reinaba en Toledo cuando Alfonso la ocupó, y uno de los partidos que sacó al rendirse fué que los cristianos le pondrían en posesión de Valencia, donde se creía que Abubeker, acostumbrado al mando, no se le querría dejar. Pero Abubeker falleció entonces, y Hiaya, siendo admitido pacíficamente a la posesión del reino, con él entraron de tropel todas las calamidades. Manda mal ordinariamente y es peor obedecido aquel que, perdiendo un Estado, se pone a gobernar otro. Hiaya, aunque bien acogido al principio por los valencianos, no tardó en manifestar la flojedad de su espíritu y la inconstancia de sus consejos. La autoridad y las armas del Cid, cuyo amigo y tributario se hizo, le habían salvado de los dos reyes de Denia y Zaragoza, que quisieron arrojarle de Valencia. Pero no pudieron librarle del odio de sus súbditos, ya mal dispuestos con él, y mucho más cuando vieron la cabida que daba a los cristianos y los tesoros que les repartía, acumulados a fuerza de tiranía y de vejaciones odiosas. Viendo, pues, ocupado al Cid en su expedición de la Rioja, entraron en consejo los principales ciudadanos, y siguiendo el dictamen de Abenjaf, alcaide que era de la ciudad, resolvieron llamar a los almoravides, que a la sazón habían tomado a Murcia. Vinieron

ellos, y ocupada Denia, se pusieron delante de Valencia, que a pocos días les abrió las puertas. El miserable Hiaya, sin consejo y sin esfuerzo, quiso a favor del tumulto salvarse del peligro, y abandonando su alcázar, a cuyas puertas ya arrimaban el fuego sus enemigos, huyó disfrazado vilmente en traje de mujer y se acogió a una alquería. Allí fué hallado por Abenjaf, que sin compasión alguna le cortó la cabeza y mandó arrojar a un muladar su cadáver, haciendo tan triste fin el monarca de Toledo y de Valencia por no saber ser hombre ni ser rey.

Entre tanto, la fama de esta revolución llegó al Cid, que, irritado de la muerte de su amigo y de que los cristianos hubiesen sido expelidos de Valencia, juró vengar una y otra ofensa y apoderarse de todo. Dirigióse allá, ocupó el castillo de Cebolla o Juballa, ya muy fuerte por su situación, pero mucho más con las obras que hizo construir en él, y en aquel punto estableció el centro de sus operaciones. Llegados los meses del estío, salió con sus gentes, sentó sus reales junto a la ciudad, destrozó todas las casas de campo y taló las mieses. Los moradores, afligidos de tantos estragos, le pedían que cesase en ellos; él les puso por condición que echasen de Valencia a los almora-vides, pero ellos o no podían o no querían, y se volvieron a encerrar y a fortificarse.

Jucef, en cuyo nombre estos árabes desolaban las partes orientales de España, le había intimado insolentemente que no entrase en Valencia; pero Rodrigo, acostumbrado a despreciar la vana arrogancia de los reyes, después de volverle en su carta insulto por

insulto, publicó en todas partes que Jucef no osaba salir de Africa de miedo; y sin intimidarse por los inmensos preparativos que disponía contra él, estrechó el sitio con el rigor más terrible. Rindiósele primeramente el arrabal llamado Villanueva, y después embistió el de Alcudia, mandando que al mismo tiempo una parte de sus soldados acometiese a la ciudad por la puerta de Alcántara. Defendíanse los valencianos como leones, y rebatidos los cristianos que asaltaron la puerta, se les redobló tanto el ánimo, que la abrieron y dieron sobre sus enemigos. Entonces el Cid, formando de los suyos un escuadrón solo, revolvió sobre el arrabal, y sin dejar descansar un momento ni a moros ni a cristianos, les dió tan riguroso combate, fué tal la mortandad, y el pavor que les causó tan grande, que empezaron los de dentro a gritar: «Paz, paz.» Cesó el estrago y quedó la Alcudia por el Cid, que, usando benignamente de la victoria, otorgó a los rendidos el goce de su libertad y de sus bienes.

Pero mientras los dos arrabales, por su reducción y el buen trato del vencedor con ellos, gozaban de la mayor abundancia, la ciudad, al contrario, se veía reducida al mayor estrecho por la falta de todas las cosas necesarias a la vida. Constreñidos al fin por la necesidad sus moradores, ofrecieron echar a los almoravides de allí y entregarse a Rodrigo, si dentro de cierto tiempo no les venían socorros del Africa. Con estas condiciones consiguieron treguas por dos meses, en cuyo término partió el Cid a hacer algunas correrías en los contornos de Pinnacatel, donde encerró

todo el botín que había cogido, y después pasó a las tierras del señor de Albarracín y las estragó todas en castigo de habersele rebelado aquel moro.

Pasado el tiempo de las treguas, y no habiendo venido el socorro de Jucef, intimó a los valencianos el cumplimiento de lo pactado; pero ellos se negaron a rendirse, fiando en el auxilio que todavía aguardaban. Vino con efecto un ejército de almoravides a sostenerlos; pero ya fuese por miedo, ya por mala inteligencia con los sitiados, ya por causas que se ignoran, estos árabes nada hicieron y se desbandaron, dejando a Valencia en el mismo aprieto que antes.

Valor y constancia no faltaban a sus moradores. Desbarataron con sus máquinas las que el Cid asataba contra ellos; rebatiéronle en los asaltos que les dió, y hubo día en que, precisado a recogerse en un baño contiguo a la muralla para defenderse del diluvio de piedras y flechas que le tiraban, los sitiados salieron, le cercaron en aquel baño y le hubieran muerto o preso a no haber tomado el partido de aporillar una de las paredes y romper por la abertura con los que le acompañaban. Mas la hambre espantosa que los afligía era un enemigo más terrible que las armas del Campeador: seguro de domarlos por ella, había mandado que se diese muerte a todos los moros que se saliesen de Valencia y obligado por fuerza a entrar en la plaza a los que con ocasión de la tregua estaban en el campo y en los arrabales. Agotados todos los mantenimientos, apurados los manjares más viles y asquerosos, caíanse muertos de flaqueza los habitantes por las calles; muchos se

arrojaban desesperados desde los muros a ver si hallaban compasión en los enemigos, que, cumpliendo el decreto del sitiador inflexible, les daban muerte cruel a vista de las murallas para escarmentar a los otros. Ni la edad ni el sexo encontraban indulgencia; todos perecían, a excepción de algunos que a escondidas fueron vendidos para esclavos. Al ver el uso abominable que el hombre hace a veces de sus fuerzas; al contemplar estos ejemplos de ferocidad, de que por desgracia ni las naciones ni los siglos más cultos están exentos, las panteras y leones de los desiertos parecen mil veces menos aborrecibles y crueles. Al fin, perdida la esperanza de socorro, el tirano Abenjaf rindió la plaza a condiciones harto moderadas; pero él no consiguió libertarse del destino que le perseguía. La sangre de Hiaya gritaba por venganza, y su asesino pereció también trágicamente de allí a pocos días, ya por el odio de los suyos, ya por mandato del Cid, que quiso castigar de este modo la alevosía hecha a su antiguo amigo (1094) (1).

Así acabó Rodrigo aquella empresa, igual a la conquista de Toledo en importancia, superior en dificultades y mucho más gloriosa al vencedor. Toledo había

(1) Estas muertes trágicas de los régulos de Valencia se cuentan de muy diversos modos en la *Historia de los árabes*. Primeramente son dos los Hiayas de que allí se habla, y no uno solo, y ambos mueren sucesivamente peleando contra los almoravides en defensa de Valencia. La muerte de Abenjaf es harto más triste: el año de la toma de la ciudad por el Cid, y cuando estaba más seguro por las capitulaciones, fué preso de repente con toda su familia, y después llevado a la plaza pública, donde por mandato de su inhumano vencedor se le enterró hasta la mitad del cuerpo, y así fué quemado vivo, en venganza de no descubrir los tesoros que los Hiayas habían dejado. (Véanse los capítulos 21 y 22 de la *Historia de los árabes*, por Conde.)

sido sojuzgada por el rey más poderoso de España, con cuyos Estados confinaba, y auxiliado de las fuerzas de naturales y extranjeros. Valencia, rodeada por todas partes de morisma, socorrida por el Africa, llena de pertrechos y de riquezas, fué vencida por un caballero particular sin otras fuerzas que las tropas acostumbradas a seguirle. Mas lo que parecía temeridad, y lo fuera sin duda en otro que en él, fué resolverse a mantener aquella conquista, a pesar de las enormes dificultades que lo contradecían. Para ello, lo primero a que atendió fué a establecer una buena policía en la ciudad, de modo que cristianos y moros se llevasen bien entre sí. La *Crónica general* contiene en esta parte particularidades preciosas, que es lástima desterrar entre el cúmulo de las fábulas que refiere el Cid. El prescribió a los suyos el porte cortés y honroso que debían tener con los vencidos, de modo que éstos, prendados de aquel trato tan generoso, decían «que nunca tan buen hombre vieron, ni tan honrado, ni que tan mandada gente trajese». Gobernólos por sus leyes y costumbres, y no les impuso más contribuciones que las que anteriormente solían pagar. Dos veces a la semana oía y juzgaba sus pleitos. «Venid—les decía—cuando quisieréis a mí, y yo os oiré; porque no me aparto con mujeres a cantar ni a beber, como hacen vuestros señores, a quienes jamás podéis acudir. Yo, al contrario, quiero ver vuestras cosas todas y ser vuestro compañero y guardaros bien como amigo a amigo y pariente a pariente.» Volvió después la atención a los cristianos, y temiendo que, ricos con la presa que habían hecho, no se

desmandasen, les prohibió salir de Valencia sin su permiso. La principal mezquita fué convertida en catedral, y nombró por obispo de ella a un eclesiástico llamado D. Jerónimo, a quien los historiadores hacen compañero de aquel D. Bernardo que fué colocado en la silla de Toledo después de ganarse esta ciudad a los moros.

En vano el injuriado Jucef intentó por dos veces arrancarle la conquista enviando ejércitos numerosos a destruirle. Los berberiscos, acaudillados por un sobrino del mismo Jucef, fueron ahuyentados primeramente de las murallas de Valencia con las fuerzas solas del Cid, y derrotados después completamente por él y D. Pedro, rey de Aragón, en las cercanías de Játiba. Estas dos victorias y la rendición de Olocau, Sierra, Almenara, y sobre todo de Murviedro, plaza antigua y fortísima, acabaron de asegurar a Valencia, que permaneció en poder de Rodrigo todo el tiempo que vivió. Su muerte acaeció cinco años después de la conquista de aquella capital (1099), que aun se mantuvo todavía casi tres por los cristianos bajo la autoridad y gobierno de doña Jimena. Mas los moros, libres ya del terror que les inspiraba el Campeador, vinieron sobre ella y la estrecharon tanto, que a ruego de la viuda de Rodrigo tuvo Alfonso VI que acudir a socorrerla. Los bárbaros no osaron esperarle, y él, considerada la situación de la ciudad y la imposibilidad de conservarla en su dominio, por la distancia, sacó de allí a los cristianos con todos sus haberes, entregó la población a las llamas y se los llevó a Castilla.

Dejó el Cid, de su esposa doña Jimena, dos hijas, que casaron, una con el infante de Navarra, y la otra con un conde de Barcelona: algunas memorias le dan también un hijo que murió muy joven en un combate que su padre tuvo con los moros cerca de Consuegra. El cadáver de Rodrigo fué sacado de Valencia por su familia al retirarse de allí y llevado solemnemente al monasterio de San Pedro de Cardeña, junto a Burgos, donde aun se ve su sepulcro, que es siempre visitado por los viajeros con admiración y reverencia.

Tal es la serie de acciones que la historia asigna a este caudillo entre la muchedumbre de fábulas que la ignorancia añadió después. Todas son guerreras, y su exposición sencilla basta a sorprender la imaginación, que apenas puede concebir quién era este brazo de hierro que, arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamás se cansó de lidiar y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos estados, azote terrible de otros, eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo, en aquel siglo de ferocidad y combates, un numen tutelar que adondequiera que acudiese llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador, mío Cid, el que en buen hora nació*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que sus contemporáneos le tenían, del honor y ventura que en él se imaginaban. A primera vista se hacen increíbles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputación, la incredulidad cesará cuando se considere que casi

todas sus batallas fueron contra ejércitos colecticios, compuestos de gentes diversas en religión, costumbres e intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del país, uno de los más deliciosos de España y del mundo. Desgracia fué de Castilla privarse de semejante guerrero: su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquía hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsión total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron, y las hazañas del Cid, dándole a él renombre eterno, no hicieron otro bien al Estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

GUZMÁN EL BUENO

AUTORES CONSULTADOS.—Zúñiga, *Anales de Sevilla*. Mondéjar, *Memorias de Alfonso el Sabio*. Mariana, *Crónicas de D. Alonso, D. Sancho su hijo y D. Fernando su nieto*. *Crónica de la casa de Medinasidonia*, por Pedro de Medina. *Ilustraciones a la casa de Niebla*, por Pedro Barrantes Maldonado, obra inédita. *Historia de la dominación de los árabes en España*, por D. José Conde.

Reinaba en Castilla Alfonso el Sabio, y era ya el tiempo en que la suerte había convertido las glorias de sus primeros años en una amarga serie de desventuras. Fué la señal de ellas su viaje a Francia en demanda del Imperio de Alemania, pues aunque había arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el Estado, todos los males se desataron a un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda a Aben Jucef, rey de Fez, inundan la Andalucía, llevándola toda a fuego y sangre; Don Nuño de Lara, comandante en la provincia, muere en una batalla; el príncipe heredero, gobernador del reino, fallece en Villarreal, y el arzobispo de Toledo, D. Sancho, que salió con un ejército a encontrar al enemigo, empeña un combate con más ardimiento que prudencia, y es hecho prisionero y después muerto.

Debió en tal conflicto la monarquía su salud a la actividad y acertadas medidas del infante D. Sancho,

hijo segundo del rey, ayudado poderosamente del señor de Vizcaya D. López Díaz de Haro, que con toda la nobleza castellana bajó al socorro del Mediodía. Con D. Lope vino entonces D. Alonso Pérez de Guzmán, joven de veinte años, nacido en León, de D. Pedro de Guzmán, adelantado mayor de Andalucía, y de una noble doncella llamada doña Teresa Ruiz de Castro (1). El señor de Vizcaya atajó el ímpetu de los bárbaros, los derrotó junto a Jaén y vengó la muerte del arzobispo. Este fué el primer combate en que se halló Guzmán, y no sólo se señaló por sus hechos entre todos, sino que también tuvo la fortuna de hacer prisionero al moro Aben Comat, privado de Jucef, lo cual fué gran parte para la conclusión de la guerra, porque vuelto Alfonso de su inútil viaje y escarmentados los enemigos con aquel descalabro, empezaron a moverse condiciones de concierto, y Guzmán, que fué el ministro de esta negociación, pudo, con el influjo de Aben Comat, antes cautivo suyo y ya su amigo, ajustar treguas por dos años con el rey de Berbería (1276).

En celebridad de este suceso se hizo un torneo en Sevilla delante de la Corte, donde, del mismo modo que en la batalla, Guzmán se llevó la prez del lucimiento y bizarría. Llegada la noche, el rey, que no había presenciado la fiesta, preguntó a sus cortesanos quién se había distinguido más en ella, a lo que contestaron muchos a un tiempo: «Señor, D. Alonso Pérez es el que lo hizo mejor. —¿Cuál Alonso Pérez?»

(1) Barrantes la llama doña Isabel.

repuso el rey, porque había algunos otros del mismo nombre. Entonces D. Juan Ramírez de Guzmán, hijo del adelantado D. Pedro, que se había criado en palacio, y que después sucedió a su padre en la casa de Toral, dijo al monarca: «Señor, Alonso Pérez de Guzmán, mi hermano de ganancia.» Pareció mal esta razón a todos, y más que a nadie a Guzmán, que creyó ver motejada en ella la ilegitimidad de su nacimiento, porque entonces llamaban hijos de ganancia a los que nacían de mujeres no veladas, y su madre no lo había sido. Viéndose, pues, sonrojado así delante de los reyes, de las damas y caballeros presentes, respondió mal enojado: «Decís verdad, soy hermano de ganancia, pero vos sois y seréis de pérdida; y si no fuera por respeto a la presencia de quien nos hallamos, yo os daría a entender el modo con que debéis tratarme. Mas no tenéis vos la culpa de ello, sino quien os ha criado, que tan mal os enseñó.» El rey, a quien al parecer iba arrojada esta queja, dijo entonces: «No habla mal vuestro hermano, que así es costumbre de llamar en Castilla a los que no son hijos de mujeres veladas con sus maridos.—También es costumbre de los hijosdalgo de Castilla—replicó él—cuando no son bien tratados por sus señores, que vayan a buscar fuera quien bien les haga; yo lo haré así, y juro no volver más hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia. Otorgadme, pues, el plazo que da el fuero a los hijosdalgo de Castilla para poder salir del reino, porque desde hoy me desnaturalizo y me despido de ser vuestro vasallo.» Quiso reducirle el rey, mas siendo vanos sus esfuerzos, hubo

de concederle el plazo que pedía, en el cual Guzmán vendió todo cuanto había heredado de sus padres y adquirido por sí mismo en la guerra, y se salió de Castilla acompañado de algunos amigos y criados, en todos treinta, que quisieron seguir su fortuna.

En las estrechas relaciones que había entonces entre las dos naciones que se disputaban el señorío de España, era muy común ver a los caballeros cristianos irse a servir a los moros, y a los moros venir a los Estados de los cristianos. Estaba todavía en Algeciras Aben Jucef, y Guzmán se resolvió a seguirle, prometiéndole que le asistiría en todas sus empresas menos contra el rey de Castilla o cualquiera otro príncipe cristiano. El monarca berberisco recibió a él y a sus compañeros con el mayor agasajo, y dándole el mando de todos los cristianos que estaban a su servicio, se le llevó al Africa consigo.

La primera expedición en que le ocupó fué la de ir a sujetar los árabes tributarios de su imperio, que, debiéndole ya dos años de contribuciones, se resistían a pagarlas (1). Estos árabes, siguiendo siempre las costumbres de andar divagando, no tenían asiento ni domicilio fijo; no pagaban jamás sino forzados, y entonces, orgullosos con su muchedumbre, llevaron la insolencia hasta amenazar al rey de Fez que le quitarían la corona. Guzmán, encargado de reducirlos, propuso a Aben Jucef que comprase o hiciese dar libertad a todos los cautivos cristianos que hubiese en la

(1) La *Crónica del rey D. Alonso XI* y Barrantes Maldonado les dan el nombre de *rehalies*; y este último dice que son los mismos que los que entre nosotros se llamaban *alarbes*.

ciudad, los cuales, agregados a sus soldados, bastarían a sujetar a los rebeldes, sin necesidad de llevar muchos moros consigo. Hízolo así el rey, y Guzmán, al frente de mil seiscientos cristianos y de algunos moros que también le siguieron, salió en busca de los rebeldes, a quienes arremetió y con grande estrago ahuyentó hasta sus tiendas. Espantados y escarmentados sus alfaquíes, vinieron al campo cristiano, y no sólo ofrecieron las pagas que debían, sino que añadieron muchos dones para sus vencedores a fin de que los dejasen en sosiego. Había muchos en el ejército de Guzmán que opinaban por que no se admitiesen sus ofertas, y, ensoberbecidos con su fortuna, querían que se destruyese del todo y aniquilase aquella gente amotinada. Mas el caudillo español, conociendo que la seguridad de los cristianos de Africa consistía en la necesidad que de ellos tuviese el rey para tener sujetos a los árabes tributarios, no consintió su destrucción y aceptó las pagas y dones que le hicieron. Con esto dió la vuelta a Fez, y el rey hizo generosamente merced de una de las pagas a Guzmán, el cual la partió con sus soldados.

Con este servicio, con su prudencia y sus demás virtudes, se hizo un lugar tan distinguido en aquella Corte, que Aben Jucef ponía en él toda su estimación y confianza. El poder y autoridad que allí disfrutaba resonaban en Castilla a tiempo que la monarquía, desgarrada en dos facciones, estaba en el punto de padecer una revolución lastimosa. En medio de las prendas eminentes que adornaban a Alfonso el Sabio, veíase en sus consejos y determinaciones una irreso-

lución y una inconstancia muy ajenas del carácter entero y firme que tan respetable había hecho a su padre. A los dos grandes errores de su reinado, la alteración de la moneda y la aceptación del imperio, añadió al fin de sus días la intención de variar la sucesión del reino, solemnemente declarada en Cortes a favor de su hijo Sancho. Es verdad que esta declaración había sido hecha en perjuicio de los hijos del príncipe heredero D. Fernando de la Cerda, muerto en Villarreal al tiempo de la invasión de los moros. Pero Sancho había defendido el Estado, y el vigor y la prudencia que manifestó en aquella ocasión, ganándole las voluntades de los grandes, de los pueblos y aun del rey, fueron recompensados con llamarle a la sucesión, excluyendo de ella a sus sobrinos. Si esto fué una injusticia, ya estaba hecha, y cualquiera innovación iba a causar una guerra civil, porque Sancho no era hombre de dejarse despojar tranquilamente del objeto de su ambición, conseguido ya por sus servicios. Estaban anteriormente encontradas las voluntades de hijo y padre con disgustos domésticos, enconados miserablemente por los mismos que debieran concertarlos. Así, cuando el rey propuso una nueva alteración en la moneda y que se desmembrase el reino de Jaén para darle a uno de sus nietos, rompió por todas partes el descontento; y juntos en Valladolid los ricoshombres con D. Sancho, declararon inhábil a administrar y gobernar el reino al legislador de Castilla. Las más de las ciudades, los prelados, los grandes, sus hijos, su esposa, todos le abandonaron, menos Sevilla, que se mantuvo sola

en su obediencia. Los otros príncipes de España aliados y parientes suyos no le acudieron, y el rey de Granada, su enemigo, confederado con su hijo, hacía más espantoso el peligro y más escandalosa la rebelión.

En tan amargo apuro el infeliz monarca, todo entregado a su desesperación, pensó meterse con todas sus riquezas en una nave que hizo preparar y pintar de negro, y, dejando su ingrata patria y su desnaturalizada familia, abandonarse a las ondas y a la fortuna. Mas antes de poner en obra este desesperado designio, volvió los ojos al Africa y se acordó de Guzmán, y quiso implorar la autoridad y el poder que disfrutaba en la Corte de Fez. Entonces fué cuando le escribió la carta citada por casi todos nuestros historiadores, monumento singular de aflicción y de elocuencia, al mismo tiempo que lección insigne para los príncipes y los hombres. Su contexto literal es el siguiente:

«Primo D. Alonso Perez de Guzman: La mi cuita es tan grande, que, como cayó de alto lugar, se verá de lueñe; e como cayó en mí, quera amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mi desdicha e afincamiento, que el mio fijo a sin razon me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios perlados, los cuales, en lugar de meter paz, no a exceso ni a encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador ni valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me fallece

quien me habia de servir e ayudar, forzoso me es que en la ajena busque quien se duela de mí: pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarin. Si los míos hijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome a los mis enemigos por hijos; enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el buen rey Aben Jucef, que yo le amo e precio mucho, porque él non me despreciará ni fallecerá, ca es mi atreguado e mi apazguado. Yo sé cuánto sodes suyo, y cuánto vos ama, con cuánta razon, e cuánto por vuestro consejo fará. Non miredes a cosas pasadas, sino a presentes; catá quien sodes e del linaje donde venides, e que en algun tiempo vos faré bien; e si lo vos non ficiese, vuestro bien facer vos lo galardonará; que el que face bien nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Alonso Perez de Guzman, faced a tanto con el vuestro señor y amigo mio, que sobre la mia corona más averada que yo he, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere; e si la suya ayuda pudiéredes allegar, no me la estorbedes, como yo cuido que non faredes; ántes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro señor a mi viniere será por vuestra mano; y la de Dios sea con vusco.—Fecha en la mía sola leal ciudad de Sevilla, a los treinta años de mi reinado y el primero de mis cuitas (1282).—*El Rey.*»

Guzmán, olvidando el desabrimiento pasado, expuso a Jucef la triste situación del monarca castellano, y le presentó la corona que había de ser prenda

del auxilio que se pedía. «Ve—respondió el generoso moro—, y lleva a tu señor sesenta mil doblas de oro (1) para que de pronto se socorra; consuélale y ofrécele mi ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo. La corona del rey quiero que quede aquí, no en prendas, sino para memoria continua de su desgracia y mi promesa.» Guzmán pasó el estrecho y vino a Sevilla acompañado de una muchedumbre lucida de amigos y criados, y presentó al rey desvalido el tesoro que le traía. Así cumplió con gloria suya la terrible palabra que dió al salir del reino de no volver a él sino cuando pudiesen llamarle verdaderamente de ganancia. Recibido de Alfonso con el honor y agasajo debidos a tal servicio, entre las demás señales de agradecimiento que mereció, fué la de unirle con doña María Alonso Coronel, doncella noble de Sevilla, y por su hermosura, su riqueza y sus virtudes el mejor partido de toda Andalucía (2). Tenía entonces Guzmán veintiséis años, y la boda se celebró en Sevilla, haciendo el rey donación de Alcalá de los Gazules a los desposados. De allí a pocos días dió la vuelta al Africa, de donde vino después acompañando a Jucef,

(1) Estas doblas eran probablemente *marroques*, que, según la valuación que en otro tiempo me comunicó mi difunto amigo don Manuel de Lamas, ensayador mayor y sujeto muy práctico en estas materias, equivalían a sesenta reales de vellón de nuestra moneda actual. Las de la banda correspondían al valor de sesenta y uno a sesenta y dos reales; las moriscas, al de cincuenta y ocho a cincuenta y nueve.

(2) Era hija de Alonso Hernández Coronel, ya difunto, y de doña Sancha Iñiguez de Aguilar; su dote se componía de muchos pueblos y heredades en Castilla, Galicia y Portugal, y también en el reino de Sevilla, con joyas y dineros en abundancia. Guzmán no efectuó su casamiento sin pedir permiso a Jucef, que se le dió, añadiendo que sentía no hallarse presente para regocijarse en su boda.

que, seguido de gran tropel de jinetes berberiscos, trajo el socorro prometido.

Viéronse los dos príncipes junto a Zahara en el campamento moro, rindiendo el africano toda clase de obsequio y de respeto al rey de Castilla. Hizo que entrase a caballo en su tienda magníficamente aderezada, y le obligó a colocarse en el asiento principal, diciéndole: «Siéntate tú, que eres rey desde la cuna, que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser.» A lo que respondió Alfonso: «No da Dios nobleza sino a los nobles, ni da honra sino a los honrados, ni da reino sino al que lo merece; y así Dios te dió reino porque lo merecías.» Tras de estas y otras cortesías trataron amistosamente del plan que habían de seguir en sus operaciones. «Dame un adalid—dijo el moro—, que me lleve por la tierra que no te obedece y la destruiré toda y haré que te rinda la obediencia.» Diósele, con efecto, el rey de Castilla, pero encargándole que llevase a los moros por donde menos mal hacer pudiesen: cuidado paternal, bien digno del que, despidiéndose públicamente de los sevillanos al ir a las vistas con Jucef. «Amigos—les dijo—, vedes a qué so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos e enemigo de mis amigos: esto sabe Dios que non place a mí» (1).

(1) Palabras copiadas a la letra de una crónica antigua que cita Mondéjar. El lector hallará en estas vidas otras muchas sentencias y aun discursos tomados también literalmente de los autores consultados; pero es cuando por su contextura y expresión ha parecido que contribuían a pintar mejor el carácter de los personajes a que se atribuyen y las costumbres del tiempo a que se refieren. La misma diferencia de su lenguaje y estilo los hará conocer sin necesidad de advertirlo.

Las huestes confederadas llegaron a Córdoba, donde ya estaba el príncipe D. Sancho. El moro quiso tentar las vías de negociación y envió a D. Alonso de Guzmán y a un intérprete a exhortarle al deber y a reconciliarse con su padre. Ya eran entrados en la ciudad y admitidos a la presencia del príncipe, cuando éste supo que los moros se habían acercado a las barreras y habían muerto algunos peones. «¿Cómo me venís vosotros con tal mensaje—les dijo irrito—, cuando los moros están dando muerte a los míos? Idos pronto de aquí; no estéis un punto más en mi presencia, pues vive Dios que no sé quién me detiene de haceros morir y arrojaros por encima de los adarves.» Ellos salieron dando gracias al cielo por haberlos salvado de tanto peligro, y causando admiración a todos que, en el justo motivo de la indignación de Sancho, su cólera parase en amenazas.

Su presencia en Córdoba y su diligencia inutilizaron los esfuerzos de los africanos, los cuales, después de haber talado y destruído las dehesas y pueblos de la Andalucía y la Mancha, se volvieron con su presa, sin haber hecho cosa de momento en favor de su aliado. Sospechas y desconfianzas sembradas entre unos y otros, y creídas por el rey de Castilla, que, como tan ultrajado de los hombres, a todos les tenía miedo, los separaron al fin, yéndose Alfonso a Sevilla y Jucef a Algeciras, para desde allí volverse a sus Estados.

Con él se fué al Africa Guzmán, llevándose su esposa, la cual era tratada en Fez con el respeto que su honestidad merecía. El caudillo español asistió al

rey Jucef en todas las guerras que por aquel tiempo tuvo que mantener con sus vecinos, debiendo en todas ellas a su valor y a su consejo la victoria y ventajas que conseguía. Las expediciones más señaladas fueron las dos que se hicieron sobre Marruecos: en la primera las armas de Jucef ayudaban a Budeluz, un moro principal que se había alzado contra el Miramamolín Almortuda, de quien era pariente muy cercano. Guzmán, por cuya dirección se gobernaba el ejército de Fez, presentó y venció en batalla al Miramamolín, a quien dió muerte por su mano peleando con él. Con esto Budeluz fué alzado por rey de Marruecos; pero a poco tiempo, hallándole Jucef ingrato a sus beneficios y viendo que no quería cumplir las condiciones estipuladas en su confederación, envió a Guzmán contra él. Vencido y muerto Budeluz en la batalla que se dió junto a Marruecos, este Estado vino a parar a la dominación de Jucef. La misma fortuna siguió a Guzmán después en la expedición contra Segelmesa, que tuvo también que sujetarse al imperio de aquel rey. Al leerse estas proezas, según las cuentan los cronistas de la casa de Medina Sidonia, y viéndolas seguidas de la aventura de la sierpe y del león, parece que su intento ha sido hacer de su héroe un paladín y de su narración una leyenda caballescaca. Pero aun cuando por ventura haya alguna exageración en sus *Memorias*, lo que no tiene duda es que la fama de los hechos de Guzmán, saliendo de los términos de Africa y de España, llegaba a Italia a oídos del Papa, que le escribía a él y a sus compañeros en términos y elogios magníficos. Las

riquezas adquiridas con tan nobles trabajos fueron tantas, que los dos esposos llegaron a recelar de la codicia de los bárbaros que los perdiesen por ella. La confianza y amor de Jucef hacia Guzmán eran siempre los mismos; pero su hijo Aben Jacob y un sobrino que tenía, llamado Amir, envidiaban su primanza y le aborrecían, siendo de temer que, faltando el rey, el favor y la fortuna que hasta allí había gozado se convirtiesen en persecución y desgracia. Acordaron, pues, separarse, aparentando estar desavenidos y no poderse llevar bien viviendo juntos. El rey creyó el artificio y favoreció la separación, de modo que doña María Coronel se pudo volver a España con sus hijos y la mayor parte de los tesoros de su marido.

Murió de allí a poco Jucef, sucediéndole en el señoría de Fez y de Marruecos su hijo Aben Jacob. Cuanto el padre había tenido de generoso, de franco y de leal, tenía el hijo de feroz, vengativo y alevoso. Aborrecía a Guzmán y a los cristianos defensores de su imperio; y su rencor, atizado por Amir, no tenía más freno que el temor de que el pueblo se sublevase por la desgracia de Guzmán, cuyas virtudes se amaban y respetaban del mismo modo que se admiraban sus hazafías. En esta época es donde los historiadores colocan la batalla con la serpiente monstruosa que tenía aterrada a Fez y a sus contornos; mas las circunstancias increíbles con que se cuenta esta proeza tienen demasiado aire de fábula para adoptarla como cierta, y el valor de Guzmán no necesita de semejantes ficciones para recomendarse a la admiración de los hombres.

Resueltos ya los bárbaros a perderle, tomaron el

arbitrio de enviarle con pocos cristianos a cobrar el tributo de los árabes, avisando a éstos que le atacasen con la mayor muchedumbre que pudiesen, y ofreciendo perdonarles la contribución si acababan con él y sus compañeros. Supo él esta alevosía por Aben Comat, aquel moro que fué su cautivo en la batalla de Jaén y que después se había constantemente mostrado amigo suyo. Estaba ya por aquellos días pensando en los medios de salir de Marruecos, y pareciéndole aquella ocasión oportuna, aceptó la comisión que se le daba y partió con sus cristianos; mas determinado a oponer artificio a artificio, derramó escuchas por todas las veredas para ver si podía coger al mensajero que llevaba a los árabes el aviso acordado. Consiguiólo, y substituyendo otro en que se les decía que Guzmán iba a ellos con gran número de gentes, envió con él a uno de los suyos. Los árabes, que con tanto daño habían experimentado su valor, no quisieron volver a hacer la prueba, y le enviaron con sus alfaquís las pagas atrasadas y muchos dones para él y sus gentes.

Hecho esto, manifestó a los soldados las pérfidas intenciones de la Corte de Fez y les propuso salir del Africa y volver a España. Díjoles que ya tenía avisado al general de las galeras de Castilla que le esperase en una cala junto a Tánger; repartió con ellos las riquezas adquiridas en aquella expedición, y todos a una voz le prometieron seguirle. Revolvió luego hacia el mar, y atravesando por los lugares de la costa, donde echó voz que iba por mandato del rey para defenderla de las invasiones de los castellanos,

se acercó al sitio convenido. Allí le aguardaban las galeras, donde embarcado con sus compañeros, que serían hasta mil, entró por fin en Sevilla con toda la solemnidad y regocijo de un triunfo (1291).

Ya en esta sazón había muerto Alfonso el Sabio, y reinaba en Castilla su hijo Sancho. Guzmán fué a verse con él a poco tiempo de su llegada y a ofrecerle sus servicios. Admitiólos el príncipe, diciéndole cortésmente «que mejor empleado estaría un tan gran caballero como él sirviendo a sus reyes que no a los africanos». Informóse largamente de las cosas de aquel país, del poder de sus jefes y de la manera más ventajosa de hacerles guerra. Había en aquellos días ganado nuestra escuadra una victoria de los berberiscos, tomándoles trece galeras, y a Sancho pareció ocasión oportuna de embestir a Tarifa, plaza importante, situada en la costa, y una de las puertas por donde los africanos entraban fácilmente en España. No había dinero para la empresa; Guzmán lo aprontó, y junto el ejército, atacó a Tarifa por mar y por tierra. Duró el sitio seis meses, siendo siempre Guzmán el voto más atendido en los consejos y el brazo más fuerte en los ataques. Los moros se resistieron con el mayor brío, pero al cabo la plaza fué entrada por fuerza y sus moradores hechos esclavos, y aunque hubo pareceres de que se dismantelase, creyendo imposible mantenerla, por su situación, el maestre de Calatrava se ofreció a defenderla por un año, esperando que, a ejemplo suyo, algún otro caballero se encargaría después de ella, como efectivamente sucedió.

En aquel tiempo, Guzmán, pagando el tributo a la flaqueza humana, se dejó vencer del amor. Su edad no llegaba a los cuarenta años; su esposa, doña María Coronel, por indisposiciones que han llegado a nosotros mal disimuladas en el incidente del tizón, se había hecho inhábil para el uso del matrimonio, y el clima de Sevilla, donde Guzmán de ordinario residía, es a maravilla ocasionado a la galantería y a los amores. Tuvo, pues, de una doncella noble de aquella ciudad, con quien trataba, una hija natural, a quien se llamó Teresa Alfonso de Guzmán. Los festejos y profusiones a que con este motivo se abandonó su corazón franco y generoso fueron tales que, llamando la atención de doña María, la hicieron rastrear el secreto y conocer que, si poseía toda la estimación, respeto y confianza de su esposo, no así su corazón ni su gusto. Disimuló, sin embargo, su desabrimiento y tomó el partido que convenía a una matrona tan prudente y virtuosa como ella. Hizo, en primer lugar, traer cerca de sí a la niña y la crió y educó como si fuera propia suya, y andando el tiempo la casó con un caballero sevillano y la dejó heredada en su testamento. Demás de esto, sin quejarse ni acriminar a su marido, le empezó a insinuar suavemente que sería mejor se fuesen a vivir a algunos de sus lugares o castillos, a la manera que lo hacían los señores en Francia, pues de este modo o harían bien a sus vasallos viviendo con ellos, o desde algún castillo fronterizo harían daño en los moros y servirían al Estado; que la residencia en Sevilla era expuesta a gastos, para los cuales sus rentas no eran bastantes, y que al

cabo tendrían que vender las posesiones y heredades que con tanto trabajo habían adquirido para establecer sus hijos, y solía añadir que las ciudades no se habían hecho para vivir en ellas los caballeros, sino los mercaderes, oficiales y tratantes. Dejóse persuadir don Alonso, como quien tanto la estimaba y conocía a qué fin se dirigían aquellos consejos, y, resuelto a dejar a Sevilla, tomó una resolución verdaderamente digna de su reputación y valor. Cumplíase a la sazón el término que el maestre de Calatrava había señalado a su tenencia de Tarifa, y como ningún otro caballero se ofreciese a sucederle, Guzmán tomó sobre sí aquel servicio, y dijo al rey que él la defendería por la mitad del costo que hasta allí había tenido. Llevó allá su familia, reparó los muros, pertrechóla de todo lo necesario y encerróse en ella, sin prever que el sacrificio de sus bienes y su persona no era nada en comparación del grande y terrible holocausto que había de hacer muy pronto al pundo-nor y a la patria.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse al infante D. Juan, uno de los hermanos del rey. Inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, había abandonado a su padre por su hermano, y después a su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle ni contenerle el favor. A cualquiera sopro de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines

por injustos y atroces que fuesen; ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prisión a que le condenó en Alfaro cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice había sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideración que le dieron en el gobierno pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla se huyó a Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto a D. Sancho. De allí se embarcó y llegó a Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos. Aben Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesía y le envió, en compañía de su primo Amir, al frente de cinco mil jinetes, con los cuales pasaron el estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide ofreciéndole un tesoro si les daba la villa, y la vil propuesta fué desechada con indignación. Atacáronla después con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron, mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos días, y manifestando a Guzmán el desamparo en que le tienen los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir a ellos, le proponen que, pues había hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partía con ellos su tesoro descercarían la villa. «Los buenos caballeros—respondió Guzmán—ni compran ni venden la victoria.» Furiosos los moros, se apres-

tan nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude a otro medio más poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenía en su poder al hijo mayor de Guzmán, que sus padres le habían confiado anteriormente para que le llevase a la Corte de Portugal, con cuyo rey tenían deudo. En vez de dejarlo allí se le llevó al Africa y le trajo a España consigo, y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenía y se le presentó al padre, intimándole que si no rendía la plaza le matarían a su vista. No era ésta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia a Zamora, había cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar, y presentándole con la misma intimación, había logrado que se le rendiese. Pero en esta ocasión su barbarie era sin comparación más horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba a un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oír sus gemidos y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron a los ojos del padre; pero la fe jurada al rey, la salud de la patria, la indignación producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. «No engendré yo hijo—prorrumpió—para que fuese contra mi tierra; antes engendré hijo a mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si D. Juan le diese muerte, a mí dará gloria, a mi hijo verdadera vida, y a él

eterna infamia en el mundo y condenación eterna después de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza y faltar a mi deber, allá va mi cuchillo si acaso les falta arma para completar su atrocidad.»

Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba a la cintura, lo arrojó al campo y se retiró al castillo (1294).

Sentóse a comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entre tanto, el infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, a cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro prorrumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzmán, y cierto de dónde nacía, volvió a la mesa diciendo: «Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa.» De allí a poco los moros, desconfiados de allanar su constancia y temiendo el socorro que ya venía de Sevilla a los sitiados, levantaron el cerco, que había durado seis meses, y se volvieron a Africa sin más fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecía.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España y llegó a los oídos del rey, enfermo a la sazón en Alcalá de Henares. Desde allí escribió a Guzmán una carta en demostración de agradecimiento por la insigne defensa que había hecho de Tarifa. Compárale en ella a Abrahán; le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes a su lealtad y le manda que venga a verle, excusándose de no ir él a buscarle en persona por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y

parientes que de todas partes del reino acudieron a darle el parabién y pésame de su hazaña, vino a Castilla con grande acompañamiento. Salían a verle las gentes a los caminos; señalábanle con el dedo por las calles; hasta las doncellas recatadas pedían licencia a sus padres para ir y saciar sus ojos viendo a aquel varón insigne que tan grande ejemplo de entereza había dado. Al llegar a Alcalá, salió la Corte toda a su encuentro por mandado del rey, y Sancho, al recibirle, dijo a los donceles y caballeros que estaban presentes: «Aprended, caballeros, a sacar labores de bondad; cerca tenéis el dechado.» A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; entonces fué cuando le hizo donación para sí y sus descendientes de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete.

Tuvo, pues, en la estimación pública y en la veneración de aquel siglo, toda la recompensa que cabe en los hombres la acción heroica de Guzmán. Estaba reservado para nuestro tiempo, tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña, achacándola más a ferocidad que a patriotismo. Injustos y mezquinos, medimos las almas grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallando en nosotros el móvil de las acciones sublimes, queremos ajarlas más bien con una calumnia que admirarlas y agradecerlas. ¿Y a quién vamos a tachar de ferocidad? A quien no presenta en toda la serie de su vida un rasgo solo que tenga conexión con semejante vicio; al que en las grandes plagas de hambre y peste que afligieron

la Andalucía en su tiempo tuvo siempre abiertos sus tesoros y sus consuelos a la indigencia y al infortunio; al que mereció, en fin, de la gratitud de los pueblos el renombre de *Bueno* por su índole bondadosa y compasiva, antes que la autoridad viniese a sancionársele por su heroísmo.

El rey D. Sancho falleció en Toledo, aquejado de la enfermedad que contrajo por sus fatigas personales en el sitio de Tarifa. Príncipe ilustre sin duda por su actividad, su prudencia, su entereza y su valor, su memoria sería más respetable si no la hubiera amancillado con su inobediencia y alzamiento y con el vigor excesivo y cruel que a veces usó para escarmentar a los que eran infieles a su partido: triste y necesaria condición de los usurpadores tener que cometer a cada paso nuevos delitos para sostener el primero. Fuera de esto, es innegable que poseía cualidades eminentes. Su mismo padre, aunque injuriado y desposeído por él, le hacía esta justicia, y cuando le dieron la falsa nueva de que había muerto en Salamanca, el lastimado viejo lloraba sin consuelo y exclamaba «que era muerto el mejor home de su linaje». De diez y ocho años salvó el Estado de la invasión de los sarracenos, y declarado heredero, supo mantener y asegurar su derecho incierto al trono contra su mismo padre, que le quería despojar de él, contra las voluntades enemigas de muchos pueblos y grandes, contra la oposición de casi todos los reyes comarcanos. Pero estas circunstancias, que constituían la gloria y mérito de su vida, se reunieron a atormentarle al tiempo de morir. La mano que había sabido

contrarrestarlas iba a faltar, y su hijo, en la infancia, se vería expuesto sin defensa alguna a la borrasca que iba a arreciarse con más ímpetu que al principio. Conociendo los grandes talentos de su esposa, la célebre reina doña María, la nombró por gobernadora, y antes de expirar dijo a Guzmán estas palabras: «Partid vos a Andalucía y defendedla y mantenedla por mi hijo, que yo fío que lo haréis, como bueno que sois, y yo os lo he llamado.»

Muerto el rey, todos los partidos levantaron la cabeza. Los Cerdas, apoyados por Francia y Aragón, querían apoderarse de la corona; el infante D. Juan, desmembrarla, haciéndose rey de Andalucía; el de Portugal, dilatar su frontera; los grandes y pueblos desfavorecidos o castigados por Sancho, vengarse y satisfacerse en la menor edad de su hijo; otros personajes, tener parte en el gobierno para mantener su ambición y su codicia; todos procediendo con una villanía, un descaro y una sed tan hidrópica de Estados y dinero, que difícilmente se encontrarían ejemplares de escándalos iguales en las clases más necesitadas o en las profesiones más viles. A estos males se añadió otro mayor, creyendo que fuese un remedio de los demás. Era venido por aquellos días de Italia el viejo D. Enrique, hermano de Alfonso el Sabio, y habíase acordado en Cortes del reino darle parte en el gobierno, para que su autoridad fuese un freno que contuviese a los otros. Pero este infante era tan malo o peor que su sobrino D. Juan; su genio inquieto y sedicioso le había llevado desde Castilla a Aragón, desde Aragón a Túnez y desde Túnez a Italia, sin

que en parte ninguna se le pudiese tolerar. Ejerció el empleo de senador de Roma, dignidad a que entonces estaba afecta casi toda la autoridad civil de aquella metrópoli del mundo; y haciéndose gibelino, asistió a los príncipes alemanes en su expedición contra Carlos de Anjou. Hecho prisionero después de la batalla de Tagliacozzo, tan fatal a Conradino, estuvo privado muchos años de su libertad, hasta que, al fin, unos dicen que huído, otros que a ruegos, pudo volverse a su patria. Los años le habían privado del esfuerzo personal, única cualidad brillante que tenía, y las desgracias no habían corregido los vicios de su carácter. Ansiando administrar solo la tutela a cuya parte había sido admitido, incapaz de orden ni de sosiego, y abusando torpemente de la confianza que habían hecho de él, trataba a un tiempo con el rey de Portugal, con el de Granada y con los grandes sediciosos, engañando a unos y a otros y destrozando el Estado con sus maquinaciones insidiosas. Su venida a España fué un agüero infausto; su autoridad, una calamidad pública, y su muerte, una alegría universal.

Contra este raudal de males, la reina oponía en las ocasiones pequeñas las artes de su sexo, el disimulo y la condescendencia, y en las grandes, una entereza y una superioridad de espíritu que a nada se doblaba ni vencía. Guzmán, entre tanto, considerado como el principal personaje de Andalucía, defendió aquellos reinos de las invasiones de Portugal y Granada y aseguró su quietud con la prudencia de su gobierno. En una de las salidas que tuvo que hacer de Sevilla para contener a los portugueses estuvo la ciudad

a punto de perderse, porque, de resultas de una diferencia entre los naturales y los genoveses sobre asuntos mercantiles, se alteró el pueblo, dió muerte a algunos de aquella nación y saqueó y quemó sus casas. El hecho era injusto y lastimoso, y exponía la ciudad a todo el resentimiento de la República genovesa, floreciente entonces por sus riquezas, su comercio y sus fuerzas marítimas. En esta crisis volvió Guzmán de su expedición y propuso a los sevillanos satisfacer a los genoveses los daños que habían sufrido, imponiéndose todos una contribución para este fin. Aprobado el acuerdo por los hombres buenos de Sevilla, se hizo el convenio con los genoveses, y los males que amagaban por esta parte se desvanecieron.

No era tan fácil desviar los que amenazaban por la de los moros. Si para ello hubiera bastado vencerlos, la ventaja que les llevó Guzmán con su hueste sevillana en todos los reencuentros pudiera escarmentarlos; pero confiados en las tramas que urdía con ellos el artificioso Enrique, no sosegaban jamás, y esperaban hacerse dueños de Tarifa, ya con las armas, ya con la negociación. Ofrecían por aquella plaza veintidós castillos y pagar todas las parias atrasadas. El infante venía en ello; pero Guzmán tenía a mengua cederles una de las puertas de España, ganada anteriormente con tanta gloria y defendida tan a costa suya. La reina conocía las males artes de Enrique y no se atrevía a hacerle frente; Guzmán, al contrario, se opuso abiertamente a ellas, y le hizo jurar solemnemente en Sevilla que no daría ni sería en consejo de dar a Tarifa a los moros. No

contento con esto, y viéndose sin fuerzas para resistir si los bárbaros, ayudados del infante, se ponían sobre la plaza, escribió al rey de Aragón pidiéndole dinero para pertrecharla y ofreciéndole que la mantendría a su nombre hasta que el rey de Castilla, llegado a mayor edad, pudiese satisfacerle. Recordábale al mismo tiempo la honra que ganaría en amparar a un príncipe huérfano y desvalido contra las injurias de los extraños y contra los engaños y falsedad de sus parientes mismos. El aragonés alabó mucho su lealtad y su celo, y no envió socorro alguno; mas en medio de todas las contrariedades, el esfuerzo y la industria de Guzmán fueron más poderosos que ellas, y Tarifa se mantuvo por el rey.

No toca a nuestro propósito referir todas las inquietudes y agitaciones de aquella minoridad borrascosa. Los príncipes de la Casa Real, la mayor parte de los grandes, a manera de bandidos, siempre con las armas en la mano y siempre destruyendo y guerreando, desgarraban el Estado con su ambición insolente y descarada codicia. La reina acudía con su prudencia a todas partes: contemporizaba con los unos, ganaba a los otros, cedía a éstos lo que no podía defender, y con las fuerzas que así se procuraba resistía el embate de los demás. Consumiéronse en estas agitaciones una gran parte de los labradores, y los campos de Castilla, huérfanos de los brazos que los cultivaban, dejaron de producir. Una hambre espantosa como nunca se había conocido vino a colmar aquellas desventuras. Faltos de los granos alimenticios, recurrieron los hombres a la grama, sin que este pasto

miserable les impidiese caer muertos de hambre por las plazas y por las calles. Así castigaba la Naturaleza la ferocidad de estos bárbaros, y les enseñaba que los brazos se les habían dado para otra cosa que para matar y destruir.

Entre tanto, crecía el rey, y a medida de su edad iba aumentándose el respeto y serenándose la tormenta. Luego que tomó en su mano las riendas del gobierno hizo la guerra a los moros y se puso sobre Algeciras. Cercóla por mar y tierra, y mientras duraba el sitio envió a Guzmán con el arzobispo de Sevilla y D. Juan Núñez a atacar a Gibraltar. Llegado allí, y viendo la obstinación del enemigo, hizo levantar una torre que dominaba sobre la muralla, y los moros, aquejados del estrago que desde ella les hacía, se rindieron por fin, entrando los cristianos en esta plaza por la primera vez desde que los sarracenos la tomaron quinientos años antes. Este fué el último servicio que Guzmán hizo a su patria: de allí a poco, enviado por el rey a contener las correrías de los moros convecinos, que inquietaban el campo de Algeciras, se entró por las cercanías de Gausin, y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, ya los había ahuyentado, cuando, adelantándose imprudentemente, cayó mortalmente herido con las flechas que de lejos le dispararon. Su cadáver, llevado primeramente a los reales del rey de Castilla, fué después conducido a Sevilla por el Guadalquivir. Aquella ciudad, gobernada por sus consejos y defendida por sus armas, le salió a recibir con la pompa más lúgubre y majestuosa. Todos a una vez y llorando le aclamaban su

mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia en 1309, cuando él tenía cincuenta y dos años de edad, y sus huesos fueron depositados en el monasterio de San Isidro del Campo, fundado y dotado por él para que sirviese de enterramiento a sí y a su familia.

Tal fué en vida D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, primer señor de Sanlúcar de Barrameda y fundador de la casa de Medina Sidonia. En un siglo en que la naturaleza degenerada no presenta en Castilla mas que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna a fuerza de hazañas y de servicios, sin desviarse jamás de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consuela al espíritu, del mismo modo que a la vista de un templo bello y majestuoso que se mantiene en pie cercado de escombros y de ruinas. Su memoria excita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personajes más señalados de la antigüedad: un Scipión, por ejemplo, o un Epaminondas; y su nombre, llevando el sello del más acendrado patriotismo, no es pronunciado jamás sino con una especie de veneración religiosa.

ROGER DE LAURIA (1)

AUTORES CONSULTADOS.—Zurita, Mariana, Herrera, Gianone, Nicolao Specialis y Bartolomé de Neocastro en Muratori, Muntaner, Deselot, Gelieu, Capmany. Varios documentos inéditos de aquel tiempo comunicados al autor.

Cuando el infeliz Conradino, último resto de la Casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte a que le condenó su inhumano vencedor Carlos de Anjou, después de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dícese que, sacándose un anillo que traía al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistía al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus Estados al príncipe que le vengase. No faltó allí quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al rey de Aragón, Pedro III, le hiciese entender con ella las voces del príncipe moribundo y le recordase el derecho que tenía a los reinos de Nápoles y de Sicilia, usurpados por los franceses. Estaba Pedro casado con Constanza, hija de Manfredo, tío natural de Conradino, que, señor de aquellos Estados, había sido antes vencido y muerto por Carlos en los cam-

(1) Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo. Los italianos le llaman *Loria* unos, y otros *del Oria*; los catalanes *Luria*, y en su testamento también está escrito así; los franceses y los castellanos, *Lauria*.

pos de Benevento; y esta alianza daba más peso a las pretensiones del monarca aragonés, que entonces se hallaba en el vigor de la edad, lleno de valor y codicioso de gloria y poderío.

Mas la ambición de este príncipe quizá se habría ejercitado solamente contra los sarracenos sin la conducta que tuvieron los franceses en el país conquistado. Su petulancia, avivada con el orgullo de la victoria y apoyada en la persuasión que tenía de la santidad y justicia de su causa, no conociendo límites ni freno, se abandonó a los mayores excesos y atropelló todos los derechos domésticos y civiles. Entonces la indignación rompió los lazos del miedo y enseñó a los hombres oprimidos las fuerzas que en su abatimiento desconocían. Un insulto hecho a una dama por un francés en las calles de Palermo dió ocasión a aquella matanza horrible que se conoce en todas las historias con el nombre de Vísperas Sicilianas (30 de marzo de 1282). Los franceses, sus hijos y sus mujeres, aunque fuesen del país, cayeron a manos de la venganza, sin que les quedase en toda Sicilia mas que un pueblo de corta consideración, llamado Esterlinga.

Cogieron estas alteraciones al rey Carlos en medio de los preparativos formidables que destinaba a la conquista del imperio griego, y parecía humanamente imposible que los infelices sicilianos pudiesen resistir a estas fuerzas, que al instante vinieron sobre ellos. Mecina es sitiada, embestida, y a pesar del ardor de sus defensores, conoce su flaqueza y trata de capitular; pero el implacable enojo del rey se niega a todo

concierto, y sólo quiere entrar en la plaza rodeado de suplicios y de verdugos. Los mecineses entonces juran desesperados comerse primero unos a otros que entregarse a sus duros opresores, y dan con esto lugar a que llegue el defensor y vengador de Sicilia.

El célebre negociador Juan Prochita, que no perdonaba medio ni fatiga para traer socorros a su desvalida patria, había podido confederar entre sí al Papa Nicolao III, al emperador de Grecia y al rey de Aragón. Tres años antes se había hecho esta alianza en ruina y odio del poderío francés, ofreciendo el Papa para la empresa socorros espirituales, que valían mucho en aquel tiempo; el emperador, dinero, y el rey, tropas y su persona. La muerte de Nicolao y la adhesión de su sucesor a los intereses de la Francia no pudieron estorbar los efectos de la liga; y Pedro III, desde la costa de Africa, donde se había acercado con pretexto de hacer guerra a los moros, aportó con su escuadra a Palermo, cuando ya los pobres mecineses se hallaban en el mayor aprieto y agonía. Los habitantes de Palermo le alzaron al instante por su rey, y él envió a Mecina un corto refuerzo de almogávares, que en diferentes salidas que hicieron ahuyentaron siempre al enemigo. El déspota, estremecido, conoce entonces que la fortuna se le trueca, y temeroso de alguna alteración en Nápoles, no se atreve a medirse con su rival y le abandona la Sicilia.

Los sicilianos y aragoneses acometieron al instante las costas de Calabria, y a vista de Regio se dió la primera batalla naval entre ellos y los franceses, siendo éstos vencidos, con pérdida de veintidós galeras y cua-

tro mil prisioneros. Mandaba a la sazón la escuadra aragonesa, como almirante, D. Jaime Pérez, hijo natural del rey: llevado del ardor juvenil, quiso embestir a Regio, contra la orden expresa de su padre, y perdió en aquella facción algunos soldados, sin poder ganar la plaza; de lo que irritado el rey, le quitó el mando de la armada y nombró por almirante de ella a un caballero de su Corte llamado Roger de Lauria (1283).

Era nacido en Scala (1), pueblo situado en la costa occidental de la Calabria superior, y su padre, señor de Lauria, había sido privado del rey Manfredo y muerto a su lado en la batalla de Benevento. Roger fué traído a España por su madre doña Bella, ama de leche, según unos, y dama, según otros, de la reina de Aragón, doña Constanza, a quien vino asistiendo cuando su casamiento con Pedro III. Crióse en la cámara de este príncipe; el rey D. Jaime le heredó en el reino de Valencia, y por su educación y por las mercedes que había recibido estaba incorporado con la nobleza aragonesa. Los historiadores no señalan los hechos y los méritos que le sirvieron para el empleo eminente a que fué elevado, y el diploma del rey no habla de otra cosa que de su probidad, de su prudencia y de su amor a los intereses de su corona. Así puede presumirse que la primera mitad de su vida nada ofreció a la curiosidad y al ejemplo, aunque es fuerza confesar también que semejante obscuridad está am-

(1) Así consta de una carta latina que se conserva en el archivo real de la corona de Aragón, escrita por Roger al rey D. Jaime II en 19 de Julio de 1297.

pliamente compensada con el lustre que sus hazañas dieron a la segunda.

Fué bien glorioso para el monarca aragonés que su enemigo, no atreviéndose a hacerle frente en Sicilia, buscase todos los pretextos de la política para alejarle de allí. Carlos le desafió personalmente, y Pedro aceptó el duelo, que debía verificarse en Burdeos, autorizándole el rey de Inglaterra, señor entonces de aquella parte de Francia. El Papa Martino IV, tan adicto a los franceses como contrario les había sido su antecesor Nicolao, descomulgó al rey de Aragón, puso entredicho en sus Estados, y, según el extraño derecho público que reinaba entonces en Europa, le privó de ellos y dió su investidura a uno de los hijos del rey de Francia. Pedro partió de Sicilia a conjurar esta nube; mas para asegurar a sus nuevos vasallos con la confianza de su protección, hizo venir a la isla a la reina su esposa y a Jaime y Fadrique, sus hijos, y declaró por sucesor suyo en aquel Estado al primero; y dejando a Lauria la instrucción sobre el orden que había de guardarse en el armamento de la escuadra que debía defender a Sicilia, se hizo a la vela para España.

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla para socorrer la ciudadela sitiada por los aragoneses, y al instante se dirigió con las suyas a encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto, y aunque pudo acometerlas de improviso sin ser sentido, quiso más bien esperar el día para la batalla, y les envió un esquite a decirles

que se rindiesen o se apercibiesen a la pelea. Sin duda que quiso dar crédito a sus armas, manifestando a los enemigos que desdeñaba los medios de la astucia, y sólo quería servirse del esfuerzo; mas el éxito únicamente podía absolver de temeraria esta bizarría (1285). Eran las galeras enemigas veinte, y las suyas diez y ocho; al rayar el día embistieron las unas con las otras, y pelearon con tanto tesón y encarnizamiento como si de aquella jornada dependiese la restitución de la Sicilia. Mediodía era pasado, y aun duraba la acción, cuando el general francés vió que sus galeras cedían y se inclinaban a huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido en saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarlo todo de una vez, y con denuedo terrible acometió contra la capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla o destruirla. Abordóla por la proa: él, con una hacha de armas, empezó a hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos. Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que los distinguía y el furor que los animaba. En medio de su refriega, una azcona arrojada clava a Roger por un pie a las tablas del navío, y una piedra derriba a Guillermo el hacha que tenía en la mano; entonces el general español, que había podido desclavarse la azcona, la arrojó a su contrario, que, atravesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lípári, volvieron triunfantes a Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo a mayores cosas, Roger, armando cuantas galeras había en la isla, costeó con ellas toda la marina de Calabria y se dirigió a Nápoles, en cuyas cercanías se puso como provocando al enemigo. Para más irritarle se acercó a los muros y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadizas. Después recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los lugares y talando y destruyendo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas esta devastación, y ardían ya por salir a castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El rey Carlos no se hallaba allí entonces; mas el príncipe de Salerno, su hijo, a quien había dejado el gobierno del Estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los barones y caballeros que con él estaban, y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que había en el puerto, salió él mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que había de una parte y de otra, aunque todos afirman que eran muchas más las enemigas. Roger, viéndolas venir, hízose a la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto; lo cual visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo en tal manera, que ya denostaban a los catalanes y sicilianos y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habían de servir a su esclavitud y a sus suplicios. Cuando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquife, y recorriendo con él por los buques de su armada, exhortaba a los suyos a la pelea y les señalaba la pompa y la ri-

queza de los barones y caballeros franceses como despojos ciertos de su aliento y su destreza; hecho esto, volvió a subir a su galera, puso con ligereza increíble la escuadra en orden de batalla, y partió furiosamente a encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que concurrían, ya por la animosidad de los combatientes, ya por las consecuencias importantes que tuvo, fué el más ilustre de los que hasta entonces se habían dado por mar en aquel tiempo (1284). Animaba a los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados, mientras que los franceses ardían en ansia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponían los contrarios, y aferradas las galeras por las proas, revolviéndose de una parte a otra a buscar el lado en que más pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercanía se disparase tiro que no fuese mortal. Pero aunque las fuerzas del príncipe eran superiores a las de Roger, se vió muy desde el principio del combate cuánta ventaja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales a los cortesanos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas que pudieron desasirse tomaron la vuelta de Nápoles con el genovés Enrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron a su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenían. Roger, desde su navío, animaba a los suyos al seguimiento, y cuando los sentía flaquear los amenazaba furioso si dejaban escapar la

presa. Entre tanto se peleaba terriblemente alrededor de la galera de Capua, donde iba el príncipe de Salerno. Allí estaba la mejor gente; allí, los más bravos caballeros, unidos, apiñados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo, y peleando desesperados, contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros y ponían en balanzas la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera y desfondarla para echarla a pique; entonces el príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar y le entregó su espada, pidiéndole la vida y la de los que iban con él. Roger le dió la mano y le pasó a su galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el general de la escuadra enemiga, Jacobo de Brusson, Guillermo Stendardo y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el suceso, dieron la vuelta a Nápoles y, presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron a excitarla a la sedición y a la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo francés, y en altas voces gritaban: «¡Viva Roger, muera Carlos!» Costó mucho afán a los ciudadanos amigos del orden contener esta agitación, y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina. Pero antes, en la isla de Capri, mandó cortar la cabeza a dos caballeros de los que se habían rendido, por desertores del partido aragonés: ejemplo de rigor que desluce el lustre de su victoria, por más que se autorizase en la necesidad del escarmiento. Más noble

acción fué la de pedir al príncipe que pusiese en libertad a la infanta Beatriz, hermana de la reina Constanza, custodiada en prisión desde la muerte de Manfredo, su padre. Con ella y con sus prisioneros entró triunfante en Mecina y se presentó a la reina, que para disminuir al príncipe la humillación vergonzosa de su situación tuvo la atención delicada de alejar a los infantes, sus hijos, al tiempo de recibirle. Después mandó que se le custodiase en el castillo de Matagrifón, y en la misma fortaleza hizo guardar a todos los caballeros de su comitiva.

Vióse entonces un acontecimiento que manifiesta la necesidad de respetar la justicia en la victoria y el peligro de ultrajar insolentemente a los pueblos. El de Sicilia, a pesar de los triunfos y victorias que conseguía, guardaba vivo en su memoria el mal que había recibido de los franceses. Creyeron los sicilianos que aquellos bárbaros, que tan indignamente abusaron de sus antiguas victorias, no merecían estar al abrigo del derecho de gentes; y amotinándose furiosos, rompieron los encierros donde se guardaban los prisioneros, y antes que los magistrados pudiesen atajar el alboroto, ya eran muertos más de sesenta de aquellos infelices. No contentos con esta demostración tumultuaria, se juntaron en Mecina los síndicos de las ciudades, y en Cortes generales de la isla decretaron que el príncipe cautivo debía pagar con su cabeza la muerte que su padre había ejecutado en Conradino. Cuando Carlos de Anjou hizo morir a este príncipe, estaba bien lejos de pensar que llegaría un día en que su hijo y heredero se vería tratado con la misma

severidad, y que en el aprieto sólo debería la vida a la generosa hija de aquel Manfredo a quien, después de vencido y muerto, había tratado también con una barbarie sin ejemplo. Con efecto, la reina Constanza hizo entender a los feroces sicilianos que un negocio tan grave no podía tratarse sin conocimiento del rey D. Pedro; y al mismo tiempo mandó trasladar al prisionero a otra fortaleza más segura, donde estuviese guarecido de todo insulto popular. Así le salvó, ganándose con esta acción magnánima la veneración de su siglo y de la posteridad, al paso que con ella hacía más detestable la conducta sanguinaria del rey Carlos, condenado a la infamia en todos los tiempos y por todos los escritores.

Tres días después de la derrota de su hijo llegó a Gaeta con grande refuerzo de galeras y gente de guerra, al tiempo que Nápoles estaba alterada de resultas de aquel suceso. Indignóse tanto, que tuvo propósito de entregar la ciudad a las llamas, y duró mucho tiempo en él, hasta que a ruegos del legado del Papa se templó algún tanto y se contentó con hacer perecer en los suplicios ciento cincuenta ciudadanos de los más culpados. Después, sin entrar allí, se dirigió con todas sus fuerzas a la Calabria para cobrar todo lo que los aragoneses habían ganado en la costa y hacer la guerra a Sicilia.

La escuadra de Roger, reforzada con las galeras que el rey D. Pedro le había enviado para que pudiese hacer frente a las de Carlos, se hizo a la vela y costeó la Calabria. Avistó a los enemigos en el cabo de Pallerin, y no osando los franceses venir a batalla, el al-

mirante español saltó en tierra de noche, y atacó y saqueó a Nicotera, plaza fuerte y bien guarnecida, con tal celeridad que, sin ser sentido de la escuadra enemiga, ya al alba se hallaba en el cabo unido al grueso de su armada. De este modo y con igual felicidad saqueó a Castelvetro, tomó a Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, en tanto número, que ya fué preciso enviar de Sicilia un gobernador que por parte del rey de Aragón defendiese y mandase toda aquella parte de Calabria. Después de estas facciones, Roger, dejando aquella costa y acercándose a la de Africa, llegó a la isla de los Gerbes, y saltando en tierra con su gente, los moros, que entonces la poseían, no pudieron resistirle y se la rindieron (1285). Allí mandó alzar una fortaleza y dejó un capitán que la guardase. Para colmar su fortuna, una galera catalana hizo cautivo a un régulo berberisco, y con él y los despojos de los Gerbes dió la vuelta a Mecina con igual gloria que otras veces.

A principios del año de 1285 murió en Foggia el rey Carlos, rendido al dolor que le causaban tantas desgracias. Hombre esforzado, guerrero ilustre si no hubiera manchado sus hazañas y su fama con la inhumanidad y la fiereza que manifestó en toda su vida. Se hacían estos vicios tanto más extraños en él, cuanto más se comparaban a la moderación y dulzura de su hermano el rey de Francia, San Luis. Ganó grandes batallas, se apoderó de grandes Estados, y de simple conde de Provenza se vió rey de Nápoles y de Sicilia, árbitro de la Italia y objeto de espanto a Grecia, adonde ya amagaba su ambición. La fortuna,

que le había acariciado tanto al principio de su carrera, le guardó al fin de ella los amargos desabrimientos que van referidos, frutos todos de la fiereza implacable de su carácter y de la insolencia de su gente; porque si él hubiera regido los pueblos subyugados con alguna especie de moderación y justicia, su dominio, apoyado en la benevolencia de sus súbditos, sostenido por los Papas y defendido con todo el poder de la Francia, no era posible que se resintiese de los débiles embates de un rey de Aragón. Lección insigne dada a los ambiciosos para que se acuerden que los hombres no disimulan ni sufren la usurpación y la conquista sino a quien los hace más felices. El murió, en fin, y el odio que se le tenía publicó que se había ahogado a sí mismo por no poder con su rabia. Pedro, su rival, al saberlo, elogió mucho sus prendas militares, y dijo que había muerto el mejor caballero del mundo. Por su falta, un hijo del príncipe prisionero tomó la gobernación del Estado, auxiliándole el conde de Artois, primo de su padre, y Gerardo de Parma, legado de la Santa Sede.

La guerra entre tanto seguía. El rey de Francia, Felipe el Atrevido, había invadido el Rosellón, apoyando con las armas la investidura que el Papa había dado a uno de sus hijos de los Estados del rey enemigo. Sus preparativos de guerra fueron formidables: ciento cincuenta galeras amenazaban las costas españolas, mientras que las fronteras eran embestidas por cerca de doscientos mil combatientes, entre ellos diez y ocho mil caballos y diez y siete mil ballesteros. El rey don Pedro, excomulgado por el Papa, vendido por su her-

mano el rey de Mallorca, abandonado del de Castilla y acometido de todas las fuerzas de la Francia, lejos de intimidarse en tanto apuro, hizo frente a su enemigo por todas partes. Los franceses ocuparon el Rosellón, atravesaron el Ampurdán y pusieron sitio a Gerona. Defendiéronse los de dentro animosamente, hasta que, de resultas de un choque que hubo entre las tropas del rey D. Pedro y una parte de las francesas, se rindieron a partido y capitularon. Mas la fortuna, favorable hasta entonces, les volvió la espalda: declaróse la peste en el campo francés, y sus capitanes trataron de volverse por tierra a su país. Despidieron además, por economía, una gran parte de las naves que tenían en Rosas, con lo cual, enflaquecida su escuadra, no pudo resistir a la de Roger de Lauria, que, llamado por su rey, venía a toda prisa a socorrerle desde Italia.

Acababa de conquistar la ciudad de Taranto y de reducir casi todo lo que faltaba en la Calabria, cuando D. Pedro le envió orden de que se viniese con su armada a Cataluña. Hízolo así, y llegó a Barcelona sin que los enemigos le sintiesen. Allí fué a encontrar al rey, y le mandó que saliese en busca de las galeras francesas, diciéndole: «Ya sabes, Roger, por experiencia, cuán fácil es a los catalanes y sicilianos triunfar de los franceses y provenzales por mar.» El, con tan buen auspicio, salió a buscarlos, a tiempo que sus almirantes, dejando quince galeras en Rosas, se venían con otras cuarenta hacia Barcelona, adonde el rey de Francia pensaba llegar por tierra. Hallábanse en San Pol cuando avistaron una división de diez ga-

leras catalanas, y destacaron tras ellas veinticinco de las suyas; escapóseles la división, y antes de que pudiesen las veinticinco reunirse a sus compañeras, dieron con la escuadra de Roger, a quien no creían todavía en Cataluña. Era de noche, pero esto no le detuvo en enviarlas a desafiar; cayó en los franceses gran desmayo al saber el adversario que tenían enfrente, y se apercibieron flojamente a la pelea; pero, confiados en la obscuridad, intentaron desordenar la escuadra española, tomando la misma voz y las mismas señales. Decían los nuestros «Aragón», y ellos repetían: «Aragón»; los buques de Roger llevaban un farol encendido, y también le encendieron en los suyos; mezclados así y confundidos los unos con los otros, la batalla se trabó, mas no duró mucho tiempo. Roger acometió a una galera provenzal, y del primer encuentro le derribó todos los remos de un costado, cayendo al mar los remeros y gente que allí había, con grandes alaridos. Igual esfuerzo hacían los demás buques españoles por su parte; y la ballestería catalana, entonces la más formidable del mundo, causaba tal estrago en los franceses, que, perdido el ánimo y la confianza, doce de sus velas escaparon con Enrique de Mar, y las demás se rindieron con Juan Escoto, su almirante. Roger trasladó su gente a las galeras apresadas, por estar en mejor estado que las suyas; éstas las envió a Barcelona y se dispuso a seguir el alcance de las fugitivas.

Pasaron de cinco mil los enemigos muertos en el combate, y a otro día quiso el vencedor tomar en los prisioneros la represalia de los estragos y crueldades que los de su nación habían cometido a su entrada

por el Rosellón. Sólo el almirante y otros cincuenta caballeros fueron exceptuados de esta resolución inhumana; y con fiereza indigna de su gloria mandó arrojar al mar trescientos, ensartados en una maroma, y a doscientos sesenta, que no estaban heridos, les hizo sacar los ojos y los envió al campo francés. Corrió después tras de los que huían, entró en el puerto de Cadaqués, que estaba por el enemigo, rindió el castillo y apresó tres buques, y en ellos el tesoro que venía para la paga del ejército. No estaba todavía en este tiempo ganada Gerona, que había conseguido una tregua de treinta días, para rendirse al fin de ellos si no era socorrida. Los franceses, viendo la actividad y fortuna de Roger, querían que se tuviese por comprendido en aquella tregua, y le enviaron al conde de Fox para que cesase en sus hostilidades. Mas él contestó que ni a franceses ni a provenzales la concedería jamás. Motejóle el conde de soberbio, y le dijo que al año siguiente pondría su príncipe una escuadra de trescientas velas, y que el rey D. Pedro no podría presentarle otra igual. «Yo la aguardaré—replicó—; Dios, que hasta ahora me ha dado victoria, no me dejará sin ella, y yo fío que no osaréis combatir conmigo.» Y creciéndole el orgullo con la contestación: «Sabed—le dijo—que sin licencia de mi rey no ha de atreverse a andar por el mar escuadra o galera alguna; ¿qué digo galera?, los peces mismos, si quieren levantar la cabeza sobre las aguas, han de llevar un escudo con las armas de Aragón.» Sonrióse el conde al oír esta jactancia, y mudando de conversación, se despidió de él y se volvió a sus reales.

Con esta respuesta, los generales franceses, obligados a quemar los buques que tenían en Rosas para que no cayesen en poder del enemigo, desesperanzados de todo socorro por mar, viendo ya entrada la peste en su campo y enfermo de muerte el rey, sin embargo que ya tenían ganada a Gerona, se vieron constreñidos a retirarse a su país. Pusiéronse en movimiento para ejecutarlo, y el desorden y el estrago que sufrieron en su vuelta (1285) fueron iguales a la presunción y pujanza con que entraron. El monarca aragonés, siempre sobre ellos, hostigándoles con encuentros continuos, cortándoles los víveres, no les dejaba ni marchar ni descansar; y aquel ejército que contaba por suya a Cataluña sin haber perdido una batalla, entró en Francia roto, desordenado y disperso, dejando los caminos cubiertos de enfermos y despojos, muerto su rey del contagio, y con poco aliento en los que se habían salvado para venir otra vez.

Gerona al instante se redujo a la obediencia de Pedro, el cual, libre de los franceses, volvió su ánimo a castigar la perfidia del rey de Mallorca, su hermano. Dispuso a este fin una armada, y dió el mando de ella al príncipe D. Alfonso, su hijo. En este estado le acometió una dolencia, de que murió en Villafranca a los cuarenta y seis años de edad. Sicilia conquistada, Nápoles amenazada, su reino defendido de tan formidable invasión, Mallorca castigada, pues se rindió a su hijo, fueron las operaciones brillantes de su reinado. Los aragoneses le dieron el nombre *de Grande*; y si este título es merecido por el valor, la capacidad y la fortuna, no hay duda en que está justamente aplicado

a Pedro III, no sólo para distinguirle de los demás reyes de su nombre, sino de todos los de su tiempo, a quienes se aventajó en muchos grados. Pero después de la extensión que había dado a sus Estados el rey D. Jaime su padre, más grandeza y más gloria hubiera cabido a su sucesor si empleara en civilizarlos las grandes dotes que empleó en aumentarlos con conquistas tan lejanas, despoblando sus reinos para mantenerlas y estableciendo aquella serie interminable de pretensiones, sostenidas por sus sucesores con ríos de sangre española.

Muerto el rey, Roger antes de volver a Sicilia exigió de D. Alfonso, su heredero, palabra real de ayudar con todas sus fuerzas y contra cualquier enemigo al infante D. Jaime, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla.

Con esta seguridad y pacto se hizo a la vela en su armada, y tuvo el contratiempo de una tormenta que dispersó los buques y echó a pique seis, en que iban la mayor parte de los tesoros que había ganado en sus batallas anteriores. Duró el temporal tres días, y sólo la gran diligencia de los pilotos pudieron salvar la armada, que, compuesta de cuarenta galeras, llegó a Trápana en muy mal estado. El almirante fué por tierra a Palermo y dió a doña Constanza la noticia de la muerte del rey D. Pedro. Al instante su hijo D. Jaime tomó el título de rey de Sicilia y se coronó en aquella ciudad; lo cual ejecutado, mandó volver a Roger a España para que manifestase a su hermano el estado de cosas de Sicilia y de Calabria, y para que nada se tratase en perjuicio suyo en las negociaciones

de paz que mediaban con el príncipe de Salerno, a quien D. Pedro poco antes de su muerte había hecho traer a España.

Deseaba la paz el rey de Aragón para atender a la tranquilidad de sus Estados y quitarse de encima un enemigo tan poderoso como la Francia; deseábala el príncipe para recobrar su libertad y disfrutar de su corona; deseábala también el rey D. Jaime para cimentarse en su nuevo Estado, que siempre creía le sería asegurado por las convenciones que se ajustasen. Mediaba el rey de Inglaterra a ruegos del príncipe; pero, a pesar de su influjo y del deseo común, lo estorbaban las miras del Papa y del rey de Francia, que no se mostraban fáciles a acceder a las condiciones con que el rey de Aragón consentía en la libertad de su prisionero. Se ajustaban treguas para hacer la paz, y estas treguas se rompían sin haber concertado nada. El almirante Roger en este intermedio armó seis galeras, y con ellas hizo vela para Aguasmuertas, corrió la costa de la Provenza, combatió a Santueri, Engrato y otros pueblos, hizo grandes presas en ellos, y se volvió a Cataluña (1286) sin que la armada francesa, muy superior en número, pudiese encontrarle ni alcanzarle.

En su ausencia, el rey de Sicilia había dado el cargo de su armada a Bernardo de Sarriá, uno de los más valientes caballeros de aquel tiempo, el cual, con doce galeras armadas de catalanes, corrió toda la marina de Capua, tomó las islas de Capri y de Prochita, entró por fuerza a Astura y se volvió a Sicilia, talando y quemando los casales y tierras de Sorrento y Pasi-

tano, y cargado de un botín inmenso. Estos estragos obligaron a los gobernadores del reino de Nápoles a aprestar una armada y juntar gente para invadir a Sicilia; las atenciones que distraían al rey de Aragón, la ausencia de Roger y la inteligencia que tenían en algunos pueblos de la isla les prometían buen éxito en su empresa, y aplicaron todos sus esfuerzos a conseguirla. Iban por capitanes de la primera armada que enviaron el obispo de Marturano, legado del Papa, y Ricardo Murrone; y por almirante, un caballero muy estimado entonces, llamado Reinaldo de Avellá. Esta armada arribó a Agosta, y el ejército que llevaba saltó en tierra, puso a saco la plaza y fortificó el castillo; hecho esto, la armada dió la vuelta a Brindis, donde el grueso del ejército enemigo esperaba para pasar a Sicilia.

La ausencia de Roger había ocasionado gran descuido en los armamentos navales de la isla, y cuando llegó a ella y supo la rendición y toma de Agosta, empezó al instante a reparar la falta y a preparar la armada. Los sicilianos, que vieron a los enemigos otra vez dentro de su país y amenazados del grande armamento que se hacía contra ellos en Brindis, empezaron a culpar de esta situación al almirante; la envidia apoyaba la queja, y echándole en cara que por piratear en la Provenza había abandonado las obligaciones de su cargo, osó llevar a los oídos del rey aquella odiosa imputación y calumniarle con ella. Llegó a Roger la noticia de esta maquinación a tiempo que se hallaba en el arsenal dando prisa a los trabajos del armamento; y así como estaba,

llo de polvo, mal vestido, ceñido de una toalla, subió indignado a palacio, y puesto delante del rey y de aquellos viles cortesanos: «¿Quién de vosotros —dijo— es el que, ignorando los trabajos míos, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy, diga su acusación, yo le responderé. Si despreciáis mis acciones y mis fatigas, por las cuales tenéis vida y tesoros, mostrad lo que habéis hecho, y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivís, el lujo que ostentáis. Vosotros os divertíais mientras que a mí me oprimía el peso de las armas; ningún cuidado os agitaba mientras que yo disponía mis campañas; ociosos estabais, y no temí ni la muerte ni la fatiga; yo andaba a la inclemencia del mar, y vosotros estabais abrigados en vuestras casas; un banco de remero era mi lecho, y mis manjares fastidiosos y repugnantes a vosotros, acostumbrados a mesas regaladas; en fin, el hambre y el afán me consumían, mientras que, nadando en deleites, hallabais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones, y ved, si la guerra dura, quién ha de ser el martillo de vuestros enemigos, pues no me da tanta vergüenza vuestra calumnia como dolo vuestro peligro si olvidáis lo que valgo y me desecháis de vosotros.» Vuelto entonces a los que le habían acompañado: «Id—exclamó—y traed al instante los testigos de mi valor, los monumentos de mis victorias y de mi gloria: la bandera del príncipe de Salerno, los despojos de Nicotera, Castrovechio y de Taranto; los de la Calabria cuando hice huir al rey Carlos de Regio; traed las cadenas

serviles de los Gerbes, las insignias del triunfo que conseguí en San Feliú y en Rosas y las riquezas conseguidas en Aguas y en Provenza; traedlas, y pues que aun dura y durará la guerra, si entre éstos hay alguno más valeroso que yo, ese dirija las armas y escuadras de Sicilia y defienda el Estado contra sus enemigos.» La magnificencia y dignidad de sus palabras impusieron silencio y admiración a toda la Corte que le escuchaba; los malsines no osaron contradecirle, y él, despreciando sus viles intrigas y su miserable envidia, volvió a entender en la preparación de la armada, que, a fuerza de su increíble actividad y diligencia, a breve tiempo estuvo dispuesta en número de cuarenta galeras bien pertrechadas.

En ellas se hizo a la vela, y salió a buscar a los enemigos, al mismo tiempo que el rey, después de haber asegurado a Catania, que tenía inteligencia con ellos, puso sitio sobre la fortaleza de Agosta para arrojarlos de aquel punto, uno de los más fuertes e importantes de la isla. Los sitiados se defendieron valientemente; pero al fin, siendo mucha gente y faltándoles bastimentos, tuvieron que rendirse a partido de que salvarsen las vidas. Fueron en aquella ocasión hechos prisioneros los tres principales personajes del armamento enviado anteriormente por los gobernadores de Nápoles, que eran el legado del Papa, el general Murrone y el almirante Reinaldo de Avellá. Entre ellos se hallaba un religioso llamado fray Prono de Aydoná, dominicano, el cual había traído letras y provisiones del Papa para alterar la isla. Ya anteriormente, venido con la misma misión

y cogido, había sido perdonado generosamente por el rey, que, respetando su estado, también mandó ahora ponerle en libertad; pero él quiso más bien estrellarse la cabeza contra un muro que sufrir la confusión de parecer a la presencia del monarca ofendido.

Mientras esto pasaba en Agosta, Roger supo que la mayor parte de la armada enemiga se hallaba en Castelamar de Stabia esperando tiempo para pasar a Sicilia. Componíase ésta de ochenta y cuatro velas, y él no tenía mas que cuarenta; pero llevaba consigo su pericia, su esfuerzo, su fortuna y, sobre todo, su nombre. Así, luego que llegó a Sorrento envió un esquife al almirante enemigo, diciéndole que se apercibiese a la batalla, porque él iba a presentársela. Con este aviso, los franceses pusieron en orden su armada, en donde iban un número considerable de condes y señores provenzales. Colocaron en medio en dos grandes taridas los dos estandartes del príncipe y de la Iglesia, y vinieron a encontrarse con los nuestros. Roger dispuso sus galeras en orden de batalla, señaló las que habían de guardar el estandarte real, que colocó en medio, ordenó en cada buque su terrible ballestería, y dió la señal de embestir. Rompióse lá batalla por una galera siciliana, que fué re-deada de cuatro francesas, y al fin rendida; pero acudieron más velas españolas y sicilianas, que la represaron. Otras acometieron el centro enemigo, donde iban los condes, y empeñada así la batalla, los franceses se distinguían por el número y la valentía; los nuestros, por la osadía y la destreza. Véase

a Roger armado sobre la popa de su galera animando a sus capitanes y dirigiendo sus movimientos. A su voz y a sus gritos, que resonaban feroces en medio de aquel estruendo, los suyos se alentaban y se estremecían los enemigos. Declaróse, en fin, la fortuna por la pericia; su misma muchedumbre impedía a los franceses maniobrar con acierto, y moviéndose tumultuariamente y en desorden, más parecía que peleaban por conservar el honor que por alcanzar la victoria. Los nuestros, que sintieron su desconcierto, empeñaron más la acción, y empezaron a hacer grande estrago en ellos, que, ya desbaratados y confundidos, no osaban hacer resistencia. Derribados los dos estandartes, vencidas y ganadas las galeras en que iban los condes y gente principal, apresadas cuarenta y cuatro, el resto se puso en huida con Enrique de Mar, hombre muy diestro en escaparse de estos peligros. Roger envió a Mecina las galeras apresadas con cinco mil hombres que tomó en ellas, y se puso otra vez a vista de Nápoles, que, alborotada con tan grande derrota, se volvió a alterar y aclamar el nombre del almirante español (1287).

En tan gran conflicto, los gobernadores del reino tomaron el partido de asentar treguas con Roger. Este creyó que la suspensión de armas sería útil para el rey, y la ajustó por un año y tres meses, exigiendo que se le había de entregar la isla y la fortaleza de Iscla, que habían cobrado los franceses; pero don Jaime no quiso confirmar esta convención, hecha sin consulta suya, y se tuvo por mal servido del almirante, a quien al instante empezó a acusar la envidia,

imputándole que se había dejado ganar por dinero de los enemigos. El envió un comisionado suyo al rey de Aragón para que la confirmase por su parte; mas tampoco vino en ello este monarca, ya prevenido por su hermano, y le respondió que él la aceptaría y guardaría si D. Jaime la admitiese.

Al año siguiente de 1288 consiguió su libertad el príncipe de Salerno, bajo las condiciones siguientes: que pagase veintitrés mil marcos de plata, diese en rehenes a Roberto y Luis, sus hijos, y alcanzase del Papa y del rey de Francia una tregua de tres años, en la que había de entrar el príncipe mismo. Otras muchas convenciones hubo, que no son de este propósito; baste decir que Nicolao IV, Pontífice entonces, y el rey de Francia no las aceptaron; que el príncipe fué coronado por el Papa mismo rey de Sicilia y señor de Pulla, Capua y de Calabria, y que la guerra volvió a encenderse con más furor que nunca. El rey D. Jaime pasó con su ejército a Calabria a reducir los lugares que se le habían rebelado en aquella provincia, y con intento de dirigirse después a sitiar a Gaeta. Escarmentados y reducidos muchos pueblos y fortalezas y arrojado de allí el conde de Artois, que había con un grueso ejército querido hacer frente a los nuestros, D. Jaime se dirigió a la playa de Belveder para combatir el lugar, que era muy fuerte. Hallábase allí el señor de él, Roger de Sangeneto, que, habiendo sido antes prisionero del rey de Aragón, por medio del almirante había conseguido su libertad, haciendo homenaje de reducirse él y sus castillos a la obediencia del rey, y dejando en rehenes

para seguridad dos hijos que tenía. Pudo más con aquel caballero le fe jurada a su primer señor que el amor de sus hijos, y al punto que se vió libre siguió haciendo toda la guerra que podía desde sus posesiones. Fué, pues, combatido con el mayor tesón el castillo de Belveder; pero Sangeneto se defendía valerosamente, y con una máquina bélica que tenía en la muralla, dirigida contra la parte del real donde se hallaba el rey, hacía en los sitiadores un estrago terrible. El almirante, que asistía a D. Jaime en toda aquella expedición, acudió entonces a uno de los medios condenados en todos tiempos por el derecho de gentes y abominados de la humanidad y de la justicia. Armó una polea con cuatro remos, y puso en alto sobre ella al hijo mayor de Sangeneto, haciéndole blanco de los tiros de la máquina. Todos los triunfos de Roger de Lauria no bastan a cubrir la mancha que deja en su carácter semejante atrocidad, y todo su heroísmo se eclipsa delante de la entereza de aquel infeliz padre que, sordo entonces a los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio. Cayó el mozo inocente a la violencia de un tiro, que le dividió en dos partes la cabeza, y parece que su desgracia despertó en el bárbaro Roger algunos sentimientos de virtud. El cadáver, cubierto con una rica vestidura, fué enviado al padre, y D. Jaime, no queriendo perder más tiempo delante de aquella fortaleza, levantó el sitio y envió a Sangeneto el otro hijo que tenía en su poder (1289).

La armada y el ejército se dirigieron después a Gaeta, en cuyo puerto entraron sin oposición. El rey

intimó a la plaza que se rindiese, y a la repulsa arrogante que de ella recibió mandó hacer todos los preparativos del sitio y comenzó a combatirla. El rey de Nápoles acudió al instante a la defensa con un ejército poderoso, cifrando los dos monarcas rivales su reputación y su fortuna en el éxito de aquella empresa. El de Sicilia tenía a su favor la compañía de los mejores capitanes del mundo, victoriosos por mar y por tierra, y el empeño de salir con una empresa, la primera en que empleaba su persona, mientras que al de Nápoles instigaba el ansia de reparar los daños y afrentas recibidas, el deseo de dar reputación al principio de su reinado, y la esperanza que tenía en el brillante ejército que había juntado en Provenza y en Italia, mandado por uno de los mejores generales de aquel tiempo, que era el conde de Artois. Al principio los franceses embistieron la parte oriental del campamento siciliano, donde se hallaba el almirante Roger, y fueron rechazados y obligados a retirarse del combate. Pero sus fuerzas iban cada día aumentándose con auxilios que les venían del partido güelfo en Italia, y los nuestros parecían ya más sitiados que los de Gaeta. Una batalla era inevitable en esta situación, y de ella iba a depender el destino de Nápoles y de Sicilia; pero el rey de Inglaterra, continuando el bello papel de pacificador con que se mostró en estas sangrientas alteraciones, envió un embajador al Papa, exhortándole a que procurase algún concierto entre los dos príncipes; el Papa condescendió con los deseos de aquel monarca, y envió un legado a Gaeta, el cual, con el embajador inglés,

persuadió a los dos reyes que asentasen treguas por dos años, con la condición de que el de Nápoles levantara primero su real. Así lo hizo, y tres días después don Jaime se volvió con su armada y su ejército a Sicilia.

Mas a pesar de estas ventajas y mediaciones, la suerte de los infelices sicilianos iba a conducirlos al riesgo de volver al yugo de sus antiguos opresores. Ellos no tenían otro escudo ni otros valederos que las fuerzas de Cataluña y Aragón, y éstas iban a faltarles, y quizá a volverse en contra suya. El rey D. Alonso, no juzgándose bastante fuerte para hacer frente a un tiempo a la Francia, a las disensiones intestinas movidas en sus estados por los ricos hombres, celosos de la conservación de sus fueros y privilegios, atropellados por el rey difunto; al rompimiento que amenazaba de parte de Castilla, y a sostener el Estado de Sicilia contra las fuerzas de Nápoles, del Papa y del partido güelfo en Italia, tuvo por más conveniente dar la paz y la tranquilidad a sus Estados que sostener sus pretensiones a costa de una guerra a la cual no veía fin. Hizo, pues, la paz con sus enemigos, ofreciendo, entre otras condiciones, renunciar su derecho a los Estados de Sicilia, sacar de allí sus fuerzas y sus generales, persuadir a la reina su madre y a su hermano que abandonasen el pensamiento de mantenerse en el dominio de la isla, y aun obligándose, en caso necesario, a arrojarlos él mismo de allí con sus propias fuerzas. Mas cuando Cataluña y Aragón empezaban a respirar con la esperanza de la paz, y aquel príncipe se disponía a celebrar sus bodas con una hija

del rey de Inglaterra, falleció arrebatadamente en Barcelona a los veintisiete años de edad, en 1291. Su muerte fué generalmente sentida, así por su amor a la virtud, a la justicia y a la liberalidad, en la cual fué muy señalado y obtuvo por ella el sobrenombre de *Franco*, como por haber mostrado la paz al mundo, según dice Mariana, si bien no se la pudo dar. Llamó por su testamento a sucederle a su hermano D. Jaime, con tal de que dejase el reino de Sicilia a D. Fadrique, substituyendo a éste en primer lugar en la sucesión, y después de él al infante D. Pedro, en caso de que D. Jaime prefiriese quedarse en Sicilia. Pero este príncipe, luego que supo la muerte de su hermano, se hizo a la vela para España y celebró su coronación en Zaragoza, protestando en este acto que no recibía los reinos y señoríos por el testamento de su hermano, sino por el derecho de su primogenitura. Con esto anunció que también quería quedarse con los Estados de Sicilia y de Italia, y al instante empezó a tomar medidas para la seguridad y defensa de ellos.

Dió el cargo de gobernador y general de Calabria a D. Blasco de Alagón, hombre de un esfuerzo a toda prueba y de una capacidad y prudencia consumada. Este guerrero, después de haber con su sagacidad y moderación establecido la autoridad y preeminencia de su encargo en las tropas de la provincia, que se rehusaban a obedecerle, retó a los franceses que el rey de Nápoles tenía también en Calabria y los desbarató, haciendo prisionero a su general Guido Primerano. Esta victoria aseguró la provincia del

estrago que los enemigos hacían en ella y acabó de afirmar la autoridad de D. Blasco. Mas como nunca faltan envidiosos al mérito cuando se levanta, fué acusado ante el rey de haber tomado a Montalto quebrando la tregua que había con los enemigos, y de haber batido moneda, en desdoro de la preeminencia real. Mandado venir a la Corte para responder a estas acusaciones, obedeció y vino a España pero antes hizo homenaje al infante D. Fadrique, lugarteniente de su hermano en aquellos Estados, de que luego que hubiese dado los descargos a las culpas que se le imputaban, y satisfecho su honor, volvería a la defensa de Sicilia.

Roger de Lauria en este intermedio, después del sitio de Gaeta, había corrido con una armada las costas de Africa y tomado a Tolometa por asalto. Enviado a España por D. Jaime, a ruegos de don Alonso, para asegurar las costas, al instante que murió este príncipe navegó hacia Sicilia, de donde vino acompañando al nuevo rey; mas luego, por su mandato, volvió a hacer vela para la isla a defender sus mares y los de Calabria. Mandaba por los franceses en esta provincia Guillén Estendardo, el cual, teniendo noticia de que la armada siciliana iba a surgir junto a Castella, puso en celada cuatrocientos caballos en aquella marina, esperando sorprender a Roger. Mas éste, que prevenía siempre los accidentes y vencía las asechanzas con ellas, hizo desembarcar su gente con tanto acierto como si tuviesen delante los enemigos. No pudo Estendardo excusar de venir a batalla, la cual fué muy reñida, sin embargo de darse con

poca gente (1292); pero herido el general francés, y sacado a duras penas del riesgo, se declaró la victoria por Roger, el cual, siguiendo las fieras instigaciones de su índole inhumana, hizo degollar a uno de los prisioneros, Ricardo de Santa Sofía, porque siendo gobernador de Cotrón por el rey de Aragón, había entregado aquella plaza a los enemigos. Ganada la batalla y recogida la gente a la armada, dirigióse hacia Levante, costegó la Morea, entró de noche y saqueó a Malvasía, taló la isla de Chío, y cargado de presas y despojos, dió la vuelta al puerto de Mecina.

Seguían entre tanto las negociaciones de paz entre los príncipes enemigos y era difícil al de Aragón lograrla a buen partido en aquel estado de cosas. La unión tan estrecha entre las Casas de Nápoles y Francia, la adhesión de los Papas a su partido, por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia; el entredicho puesto en Aragón y la investidura dada a Carlos de Valois, no consentían concierto ninguno que no tuviese por base la renunciación de la isla, a menos de que D. Jaime consiguiese en la guerra unas ventajas tales que obligasen a sus adversarios a consentir en la cesión de aquel Estado. Pero estas ventajas no podían esperarse del poder que le asistía, y mucho menos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del gran D. Pedro su padre. Blandeó, pues, al fin, y ajustó su paz con la Iglesia, con el rey de Nápoles y el de Francia, renunciando su derecho sobre la Sicilia y obligándose a arrojar de ella con sus armas a su madre y a su hermano, en caso de que no quisiesen dejar la posesión

en que estaban. Concertó casarse con una hija del rey de Nápoles, y por un artículo secreto le prometió el Papa la donación de las islas de Cerdeña y Córcega en cambio de la Sicilia.

Al rumor de estas negociaciones, los sicilianos enviaron embajadores a D. Jaime a pedirle que reformase o revocase una concordia tan perjudicial para ellos. Entretúvolos el rey algún tiempo mientras se terminaba el tratado, y cuando ya estuvo confirmado, al tiempo de celebrar sus bodas en Villabertrán con la infanta de Nápoles, les dió su respuesta final, anunciándoles la renuncia que había hecho de los reinos de Sicilia y Calabria en el rey Carlos, su suegro. Oyeron esta nueva como si recibieran sentencia de muerte, y delante de los ricos hombres y caballeros que a la sazón se hallaban presentes, es fama que Cataldo Russo, uno de ellos, se explicó en estas palabras:

¡Conque en vano ha sido sostener tan grandes guerras, verter tanta sangre y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, a quienes juramos nuestra fe, y por quien con tanto tesón hemos combatido, nos entregan a nuestros crueles enemigos! No ganan, no, a Sicilia los franceses, tantas veces derrotados por mar y por tierra; el rey de Aragón es quien la abandona, teniendo menos aliento para sostener su buena fortuna que perseverancia y tenacidad sus contrários para contrastar la adversidad de la suya. Afirmado, como lo está, el reino de Sicilia, conquistada la Calabria toda y la mayor parte de las provincias vecinas, vencedores siempre que hemos combatido, nada nos faltaba a los sicilianos

sino un monarca que nos tuviese en más precio y supiese estimar su prosperidad. ¡Desventurados! ¿Qué nos puede valer ya por nuestra parte delante de un rey que confunde todas las leyes divinas y humanas, y no sólo abandona a sus más fieles vasallos, sino que pone a su madre y hermanos en poder de sus-enemigos? ¡Qué de atrocidades no harán cometer la rabia y la venganza a estos hombres, ya antes tan soberbios y crueles, cuando vuelvan a nuestras casas y las vean teñidas aún con la sangre de los suyos! Decid, ¿a quién queréis que nos demos? ¿Será a aquel que, siendo príncipe de Salerno y prisionero por vuestra causa, y a presencia vuestra, condenamos a muerte? ¿Entregaremos vuestra madre y hermanos al hijo de aquel que en un día quitó el reino y la vida al rey Manfredo, su padre? Pero la miseria y la injusticia producen al fin la independenciam. Los pueblos de Sicilia no son un rebaño vil que se compra y se enajena por interés y dinero. Buscamos a la Casa de Aragón para que fuese nuestra protectora, la juramos vasallaje, y con su ayuda arrojamos de la isla a los tiranos y castigamos sus atrocidades. Si la Casa de Aragón nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos y sabremos buscar un príncipe que nos defienda; desde este momento no somos vuestros ni de quien vos queréis que seamos; mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora; y libres y exentos de todo señorío, volvemos al estado en que nos hallábamos cuando recibimos por rey a D. Pedro, vuestro padre.♦

Estas palabras, acompañadas de lágrimas y demostraciones de desesperación y dolor, conmovieron a todos los circunstantes; pero el rey, que ya había tomado su partido, les admitió la protestación de libertad que habían hecho, dió las órdenes que le pedían y les encargó que cuidasen de su madre y su hermana, añadiendo que nada les decía acerca del infante D. Enrique porque éste, como buen caballero, sabía bien lo que había de hacer (1295).

Ocupaba en aquella sazón la silla pontificia Bonifacio VIII, Papa célebre por su ambición, su sagacidad y sus desgracias. Antes de su elección había tenido algunas relaciones con D. Fadrique; y el infante, luego que le vió Papa, le envió una Embajada a congratularle y hacérsele propicio. Bonifacio le pidió que viniese a verle con Juan Prochita, Roger de Lauria y algunos barones de Sicilia, con el objeto, según decía, de arreglar las cosas de la isla y tratar del acrecentamiento de aquel príncipe. Estas vistas se hicieron en la playa de Roma, y como el Papa viese la gentil disposición del infante y la magnanimidad y discreción que mostraba en sus palabras, desesperó de poderle traer a los fines que quería, y eran que la Sicilia se pusiese bajo de su obediencia sin oposición. Abrazóle, y viéndole armado, dió a entender que sentía ser la causa de que tan mozo se aficionase a las armas. Volvióse después a Roger, y considerándole despacio «¿Es éste—dijo—el enemigo tan grande de la Iglesia y el que ha quitado la vida a tanta muchedumbre de gentes?—Ese mismo soy, Padre Santo—respondió Roger—; mas la culpa

de tantas desgracias es de vuestros predecesores y vuestra.» Tras de estas y otras pláticas, Bonifacio se separó con Fadrique, y persuadiéndole que se conformase con la paz que su hermano había concertado, le prometió casarle con Catalina, nieta de Balduino, último emperador latino de Constantinopla, y ayudarle con las fuerzas de Francia y las suyas a conquistar aquel imperio. El infante admitió la oferta, prometió no oponerse a la restitución de la Sicilia, y se volvió a la isla.

En ella no se creyeron al principio las noticias de la paz ajustada entre el rey de Aragón y sus enemigos. Mas cuando los embajadores enviados a este fin volvieron con la respuesta y declaración definitiva de D. Jaime, sacando fuerzas de su desesperación misma, los sicilianos, en Parlamento general del reino celebrado en Palermo, pidieron al infante don Fadrique que se encargase de aquel Estado, lo cual consentido y admitido por él, se señaló día para juntarse en Catania los barones y señores principales de la isla con los síndicos y procuradores de las ciudades a prestar el juramento de fidelidad. Roger, en aquella ocasión, si bien al principio estuvo perplejo por las relaciones estrechas que tenía con el rey de Aragón y por la incertidumbre en que se hallaba de su renuncia, luego que estuvo cierto de ella y vió el consentimiento general de toda Sicilia, acudió al Parlamento señalado, y en la iglesia mayor de Catania, delante de todo el reino, convocado allí a este fin, él fué quien aclamó rey de Sicilia al infante, y él fué quien probó que esto le era debido por disposición divina (1296),

por la sustitución que había hecho en él su hermano D. Alonso y por general elección de todos los sicilianos.

El Papa, sabiendo esta resolución, envió allá embajadores para estorbarla, pero fueron arrojados de la isla sin ser oídos. Don Jaime publicó un edicto mandando a los guerreros aragoneses y catalanes que estaban en Sicilia se viniesen para él, viendo la necesidad que tendría de ellos en la guerra que ya preveía entre él y su hermano. Algunos obedecieron, pero los más se quedaron en Sicilia a persuasión de D. Blasco de Alagón, que, a despecho de D. Jaime, había vuelto allá, cumpliendo con la palabra que antes había dado a D. Fadrique. Este caballero les dijo que, perteneciendo al infante aquel reino y siendo los franceses enemigos comunes de Sicilia y de Aragón, nadie debía tenerles a mal caso el que ellos le defendiesen con todo su poder de su bárbara dominación, y se ofreció a sustentarlo con las armas delante de cualquier príncipe. Era D. Blasco uno de los más señalados de aquel tiempo por su linaje, sus hazañas y sus virtudes; su autoridad contuvo una gran parte de sus compatriotas, y puede decirse que su presencia en Sicilia fué lo que más contribuyó a mantener su independencia en la gran borrasca que la amenazaba.

Llegaba ya el tiempo en que iba a ser privada de su mejor defensa con la deserción de Roger. Este, aunque había sido nombrado almirante por D. Fadrique y le acompañó en su primera expedición a Calabria, empezaba a flaquear en la fe que le había

prometido. La primera demostración del disgusto se manifestó en Catanzaro, plaza fuerte de la baja Calabria, y que estaba entonces defendida por Pedro Russo, uno de los barones más acreditados de Nápoles. Había el rey ganado a Esquilache, y llamó a sus capitanes a consejo para tratar si había de embestir o no a Catanzaro. El almirante fué de parecer que se acometiese antes a Cotrón y otros pueblos que estaban descuidados, los cuales rendidos, la empresa de Catanzaro sería más fácil. En un hombre tan arrojado como Roger pareció extraño que propusiese el partido más tímido, y todos lo atribuyeron al parentesco que tenía con Pedro Russo. Sin embargo, ninguno osaba contradecirle, hasta que el rey, que deseaba ganar crédito en aquella empresa y autorizar sus armas, dijo que si los enemigos los veían acometer las plazas débiles y huir de embestir a las fuertes menospreciarían su poder, y que por esto convenía acometer desde luego lo más arduo, y con una victoria conseguir muchos triunfos.

Prevaleció este dictamen, y el ejército embistió a Catanzaro. Su defensor, conociendo desde los primeros encuentros que no era bastante a resistir, pidió treguas de cuarenta días, a condición de rendir la plaza si en ellos no era socorrido. Concediósele este partido, y todos los pueblos de la comarca siguieron el ejemplo de Catanzaro y se aplazaron del mismo modo; entre ellos Cotrón, en cuyas cercanías asentó don Fadrique su campo. Sucedió que entre los vecinos del lugar y los franceses que le guarnecían se movió un alboroto y vinieron a las armas. Los veci-

nos llamaron en su ayuda a los sicilianos, y éstos, no teniendo cuenta con las treguas, entraron en la plaza, acometieron a los franceses, que retirados al castillo creyeron que todo el ejército enemigo venía sobre ellos, y no tuvieron aliento para defenderle de aquella poca gente dispersa y desmandada. Cuando la noticia de este tumulto llegó a D. Fadrique, desarmado como estaba subió a caballo y tomando una maza corrió con algunos caballeros hacia el castillo a contener a los suyos, que ya andaban robando. Hirió y mató algunos de ellos; mas el socorro no llegó tan presto que ya los franceses no hubiesen recibido grande daño, y el rey lo reparó en la manera posible, mandando restituir lo que pudo hallarse, pagando el resto de su cámara y haciendo poner en libertad dos franceses de los que tenía al remo por cada uno de los que habían muerto en el rebato.

La tregua había sido ajustada por Roger, y su violación, aunque imprevista, fué para su ánimo orgulloso un desaire a su autoridad. Impaciente de cólera llegó a la presencia del rey, y renunciando su empleo de almirante, se despidió de él diciéndole «que él no era más famoso por sus servicios y sus victorias que por su exactitud y puntualidad en guardar los pactos y conciertos que hacía; que esta fama de leal le hacía ilustre entre italianos, franceses, españoles, moros y orientales; que aquella violación era una mancha en su fe, la cual mancillaba su buen crédito y disminuía su autoridad; que le diese, pues, licencia para retirarse de su servicio, y que presto llegaría tiempo en que sus émulos, confundidos con el peso de los

negocios y defensa de aquel reino, confesarían la sencillez y la fidelidad con que Roger servía a su rey». Este, alterado con aquella resolución, le respondió indignado «que se fuese donde gustase, aunque fuese a sus contrarios, porque si sus servicios eran muchos, no eran menores ni menos conocidos los premios que se le habían dado; sobre todo, era mucho mayor que ellos su soberbia y su jactancia, la cual no quería él sufrir por nada en el mundo». Hubiera pasado a más la alteración a no haber mediado Conrado Lanza, cuñado de Roger, persona de grande autoridad por sus muchos servicios. A su persuasión se aplacó el rey, y Roger pidió perdón de su demasía, y se reconcilió en su gracia. Mas sus contrarios no por eso se desalentaron en sus intrigas y en sus imputaciones. Sabían que el rey de Aragón había intimado públicamente a Roger que entregase al rey Carlos el castillo de Girachi, y que de no hacerlo procedería contra él y sus bienes como señor contra vasallo; sabían que, además de este requerimiento público, había tratos secretos entre el almirante y D. Jaime, y juzgaban que aquel enojo de Roger era un pretexto para dejar el servicio de don Fadrique.

Mas sea que estos tratos aun no tuviesen la correspondiente madurez, o que todavía Roger estuviese de buena fe asistiendo a este príncipe, lo cierto es que después de este lance él mandó la armada siciliana que se envió al socorro de Roca Imperial, sitiada por el conde Monforte. Noticioso de que el sitio se había levantado, costó las marinas de la Pulla,

haciendo a los enemigos de Sicilia toda la guerra que él acostumbraba en esta clase de correrías. Asaltó y puso a saco a Lecce, y volviendo con el despojo a Otranto, entró sin resistencia en esta ciudad, entonces abierta y sin defensa, y viendo la oportunidad de su situación y la excelencia de su puerto, hizo reparar sus murallas y fortalecerla con baluartes. De allí pasó con la armada a Brindis, donde habían entrado de refuerzo seiscientos soldados escogidos del rey Carlos, mandados por un francés distinguido llamado Godofredo de Janvila. Roger desembarcó la caballería que llevaba en sus galeras, fortificó un puesto, y desde él comenzó a talar los campos y estragar la tierra. Al día siguiente, como estuviese sobre el puente de Brindis cubriendo con sus caballos los trabajos de los gastadores, éstos se desmandaron, y Roger, temiéndose alguna celada, salió del puente con gran parte de los suyos a recogerlos. Al instante los enemigos embistieron al puente, casi indefenso. El puesto fortificado por los sicilianos y las galeras donde podían recogerse estaban lejos, y sólo haciéndose fuertes en el puente podían evitar el riesgo de ser muertos o presos. Cargaron, pues, unos y otros a aquel punto, en que consistía la salvación de los unos y la venganza de los otros. Dos caballeros de Sicilia pudieron sostener el ímpetu enemigo, mientras que Roger, animando a los suyos con el nombre de Lauria, que repetía a gritos, entró de los primeros en el puente, y cerrando con el general francés, le hirió en el rostro y le hizo caer del caballo. A esta desgracia juntándose el estrago que hacía en los enemi-

gos la terrible ballestería del almirante, volvieron al fin la espalda y abandonaron el puente, desde donde los nuestros se recogieron libremente a su campo fortificado.

Cuando Roger dió la vuelta a Mecina halló en ella al rey D. Fadrique y a dos embajadores del rey de Aragón, que venían a pedir se viese con su hermano en alguna de las islas de Iscla o Prochita. Traían también una carta para el almirante, en que don Jaime le encargaba persuadiese al rey de Sicilia que consintiese en aquellas conferencias. Para tratar este punto se celebró Parlamento en Chaza, y en él Roger habló largamente sobre la conveniencia y utilidad de acceder a los deseos del rey de Aragón, a quien así D. Fadrique como toda la Sicilia debían reconocer por superior. Las razones en que el almirante fundó su parecer eran tomadas de la pujanza de aquel príncipe, de la flaqueza de la Sicilia y de la esperanza que podía haber en que se venciese por las súplicas y amonestaciones de su hermano para no entregarlos a los enemigos. Pero el parecer contrario, apoyado en el consentimiento de todos los barones y síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazón del rey, saliendo acordado del Parlamento que no se diese lugar a las vistas, y que si D. Jaime venía armado contra su hermano, éste le recibiese a mano armada también y la guerra decidiese su querella.

Vuelta la Corte a Mecina, Roger mostró a don Fadrique una carta del rey de Aragón en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia para ejecu-

tarlo, ofreciendo delante de Conrado Lanza que solicitaría con aquel monarca todo cuanto conviniese a su servicio. Dióselo el rey, y le concedió además dos galeras que pidió para ir a visitar y abastecer los castillos que tenía en Calabria, antes de partir a Aragón. En su ausencia sus émulos acabaron de irritar a don Fadrique en su daño: imputábanle que en su expedición a Otranto y en aquel mismo viaje que hacía para visitar sus castillos se había avistado con los generales del rey Carlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decían que su cuidado en pertrechar sus fortalezas manifestaba su intención de pasarse a los enemigos. Volvió Roger a despedirse del rey, y llegando a su presencia, le pidió la mano para besársela, y el rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desaire, y D. Fadrique le responde que un hombre que se entiende con sus enemigos ya no es su vasallo; mándale además que quede arrestado en palacio, y entonces el almirante, dejándose llevar de la ira a que era tan propenso: «Nadie—exclama—hay en el mundo que pueda privarme de la libertad mientras el rey de Aragón esté con ella, ni es este el galardón que mi lealtad y mis servicios han merecido.» Ninguno osaba llegar a él, y respetando al cabo la palabra del rey, se tuvo por arrestado y se apartó a un lado de la sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palaci, que tenían grande autoridad con el rey, salieron por sus fiadores y le llevaron a su misma casa. En la noche salió a caballo y se dirigió a una de las fortalezas que tenía en Sicilia y las hizo

pertrechar todas. Allí se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir concierto; pagó la suma en que sus fiadores se habían obligado, y el rey, temiéndose un escándalo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

Los embajadores del rey de Aragón llevaban también el encargo de pedir a la reina doña Constanza y a la infanta Violante, su hija, que se fuesen con ellos a Roma a celebrar las bodas concertadas entre la infanta y Roberto, duque de Calabria, heredero del rey Carlos. Vino en ello D. Fadrique, y su madre y su hermana, acompañadas de Juan Prochita y de Roger de Lauria, salieron a un tiempo de Sicilia (1297). Era ciertamente un espectáculo propio a manifestar la vicisitud de las cosas humanas, que a un tiempo y como expelidos dejasen a Sicilia la hija y nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y consejo había libertado la isla, y el guerrero invencible que la había defendido a costa de tanta sangre y con tanta gloria, y que saliendo de allí se dirigiesen a buscar un asilo entre los mismos de quienes eran mortales enemigos. Roger perdía en la separación no sólo los grandes Estados que tenía en Sicilia, sino caudales inmensos que había puesto en poder de mercaderes. El rey D. Fadrique se apoderó de todo y arrojó de las fortalezas a Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno y el otro hijo del almirante, que desde ellas habían empezado a hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de almirante de Aragón, el de vicealmirante de la Iglesia, el Estado de Conchaitana y el enlace de su hija Beatriz con D. Jaime

de Ejérica, primo hermano del monarca aragonés, consolaron a Roger de las pérdidas que hacía en Sicilia y le pagaron su desertión. Es preciso confesar, sin embargo, que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que parecería más grande al frente de las fuerzas sicilianas y defendiendo aquel Estado, objeto de tanta porfía, que no al frente de sus poderosos enemigos, atraído por dones y empleos, todos por cierto desiguales a su mérito y a su fama.

El alma de aquella nueva confederación era el Papa, y a nombre de la Iglesia se hacía todo. El rey D. Jaime fué a Roma, celebró allí las bodas de su hermana con el duque Roberto, recibió la investidura del reino de Cérdeña y se volvió a Aragón a hacer los preparativos del armamento que había de embestir a Sicilia. Entretanto, Roger, acaudillando la gente de guerra que le confió el rey de Nápoles, entró en Calabria con intento de ganar, ya con la fuerza, ya con la astucia, los pueblos que en aquella provincia estaban por D. Fadrique. Hallábase ausente D. Blasco de Alagón, general en Calabria por Sicilia, y en su ausencia el vecindario de Catanzaro alzó banderas por el rey Carlos, y puso el castillo en tanto aprieto, que su guarnición concertó rendirse si dentro de treinta días su rey no enviaba socorro tal que pudiese ponerse en batalla delante de Catanzaro. Un día antes de cumplirse el plazo llegó don Blasco a Esquilache y dió vistas a las tropas enemigas que estaban en la plaza acaudilladas por Roger de Lauria y el conde Pedro Russo. Tuvo por la noche

noticia de haber llegado refuerzo a los enemigos, y ocultándolo a los suyos para no desanimarlos, llegó con su tropa en la tarde del último día concertado, faltándole muchas compañías, que por la precipitación de la marcha no acudieron a tiempo. Púsose con los estandartes tendidos en orden de batalla delante de la ciudad, y el almirante, confiado en el número de los suyos, que eran setecientos contra doscientos hombres de armas y unos pocos almogávares, acometió con todo el vigor y la impetuosidad que solía. Mas la gente que entonces acaudillaba no eran aquellos catalanes y aragoneses que con sólo oír el nombre de Lauria ya se creían seguros de la victoria; el sol era contrario, y el guerrero que tenía contra sí estaba también acostumbrado a pelear, mandaba soldados aguerridos, y sobre todo no sabía ceder. Murieron muchos: Roger, herido en un brazo, caído y abandonado junto a un valladar, fué salvado por un soldado que le subió en su caballo, y aquella misma noche le recogió en el castillo de Badulato. Su herida y su caída, haciendo creer que estaba muerto, desalentaron a los franceses, que huyeron, dejando el triunfo y la victoria en manos de los españoles (1297). Este fué el primero y único desaire que recibió Roger de la fortuna, la cual en aquella ocasión quiso pasar a las sienes del guerrero aragonés los lauros que adornaban las de Lauria.

Roger, furioso de ira por aquel revés, y acusando altamente a los franceses delante del rey Carlos de su cobardía y del desamparo en que habían dejado a su general, salió de Italia y se vino a Aragón a pre-

cipitar los medios de la venganza. Esta se le cumplió, aunque no tan pronto como deseaba ni tan exenta de reveses como estaba acostumbrado. Puesta a punto la armada aragonesa, el rey D. Jaime navegó a Italia, donde recibió de mano del Papa el estandarte de la Iglesia, y después se juntó con todas las fuerzas del reino de Nápoles, que le aguardaban para embestir a Sicilia. Este fué el armamento más considerable que se hizo en aquel tiempo; Roger tenía la principal autoridad militar en él, y parecía imposible que la isla resistiese a una invasión tan formidable. Don Fadrique salió con su armada a la vista de Nápoles y se apostó en la isla de Iscla para combatir a los aragoneses antes de su unión con las galeras francesas. Estando allí, se dice que su hermano le amonestó que no tuviese la temeridad de tentar a la fortuna lejos de su casa y que se volviese a Sicilia. Fadrique siguió el consejo, y vuelto a la isla, se aplicó con gran diligencia a pertrechar y fortalecer los lugares y castillos de la marina. La escuadra combinada llegó a la costa de Patti, y desembarcado el ejército, Patti y otros muchos pueblos y castillos, parte por fuerza, parte por inteligencias del almirante, se dieron al rey de Aragón. Mas como llegase el invierno y la armada necesitase de abrigo, se escogió a este fin el puerto de Siracusa, y la armada dió la vuelta a la isla y entró en aquel puerto. Siracusa se defendió con una constancia que no se esperaba; entre tanto, los vecinos de Patti se volvieron a la obediencia del rey D. Fadrique y estrecharon el castillo, guarnecido con tropas de D. Jaime. Este envió a socorrer

a los sitiados, por tierra al almirante, y por mar a Juan de Lauria, su sobrino, con veinte galeras escogidas, armadas de catalanes. El almirante atravesó la isla: a la fama de su venida los sitiadores alzaron el cerco, y después de provisto el castillo de gente y municiones, se volvió a sus reales. Juan de Lauria pasó con sus galeras el Faro, visitó y pertrechó los lugares y fortalezas de la comarca y marina de Melazo, y dió la vuelta hacia Siracusa. Pero los mecineses le salieron al encuentro con veintidós velas, le atacaron animosamente y le ganaron diez y seis galeras, haciéndole prisionero a él mismo. Fulminósele proceso como a traidor, y sentenciado a muerte por la gran Corte, le cortaron la cabeza en Mecina: rigor quizá tan inhumano como impolítico y que, pareciendo hecho menos en castigo de aquel desdichado mozo que en odio del almirante, anunciaba a éste su destino si algún día venía a parar en manos de sus enemigos.

Para su genio colérico e impaciente debió ser terrible este contratiempo; tanto más que por entonces se le dilataba la venganza, pues el rey de Aragón, desesperando ganar a Siracusa, abatido con las pérdidas que cada día hacía su ejército y con el desastre de su escuadra, levantó el cerco y, como huyendo de su hermano, se fué precipitadamente a Nápoles, y de allí dió la vuelta a España. Mas ardiendo en deseos de lavar la mengua de su campaña anterior, al año siguiente volvió a Nápoles con Roger y con su armada, convocó a la empresa todos los pueblos de la Italia, y luego que estuvieron juntas las fuerzas de los dos reinos pasó a Sicilia. Su hermano, no queriendo

exponer el interior de la isla a los estragos que había sufrido en la invasión pasada, y confiando en la fuerza y destreza de sus marinos, confirmadas por la victoria conseguida contra Juan de Lauria, salió de Messina con su armada, determinado a exponer su estado y persona al trance de una batalla decisiva. Avistáronse las dos armadas en el cabo de Orlando, y era tal la confianza y soberbia de los sicilianos, vencedores siempre en el mar por tantos años, que quisieron acometer sin orden ni concierto a las galeras enemigas, que los esperaban arrimadas a la costa, enlazadas y trabadas unas con otras por disposición de Roger, a manera de un muro incontrastable. Su rey las contenía, y siendo puesto el sol cuando se avistaron unos y otros, pareciéndoles poco el tiempo que quedaba, esperaron al otro día para la ejecución de sus furores.

Fué esta batalla (junio 4 de 1299), sin duda, la más escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la lengua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurriendo uno con otro, no por delito, ni por usurpación, ni por interés que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambición ajena y despojar el uno al otro de lo que su valor y su sangre y la aclamación de los pueblos le habían dado. Apenas había guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa y en compañía de los mismos a quienes iba a ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto a los estandartes de Aragón, recordaban la odiosidad de su actual mi-

nisterio; y en vez de ser señal de paz y de concordia, daban con su intervención a aquella guerra el carácter de sacrilegio, y a las muertes que iban a suceder, el de abominables parricidios.

Roger por la noche hizo sacar de sus galeras todos los caballos y gente inútil, reforzólas con los soldados de los presidios que el rey tenía puestos en los lugares vecinos de la costa, y luego que rayó el día hizo desenlazar sus buques y se lanzó en alta mar. Eran sus galeras cincuenta y seis, y las sicilianas, cuarenta. Los dos reyes se pusieron en medio cada uno en su capitana, siendo los principales guerreros que asistían al de Sicilia D. Blasco de Alagón, Hugo de Ampurias, Vinchiguerra de Palici y Gombal de Entenza, entre quienes repartió el mando de las divisiones de su escuadra. Al de Aragón acompañaban en la capitana el duque de Calabria y el príncipe de Taranto, sus cuñados. Peleóse gran espacio de lejos con las armas arrojadizas; mas Gombal de Entenza, impaciente por señalarse, cortó el cabo que amarraba su galera con las demás de su bando y se arrojó a los enemigos. Salieron a recibirle tres velas, y la batalla empezó a trabarse de este modo, combatiéndose de ambas partes con igual tesón hasta mediodía. El calor era tan grande, que muchos soldados morían sofocados sin ser heridos. Cayó muerto Entenza, y su galera se rindió; otras de Sicilia siguieron su ejemplo, hostigadas de una división que Roger había dejado suelta para que acometiese a los enemigos por la popa. Desmayaban con esto los sicilianos, y el rey D. Fadrique, viendo declararse la fortuna por su her-

mano, determinó morir, y mandó que llamasen a D. Blasco de Alagón, para juntos acometer al enemigo y acabar como buenos. La fatiga y la rabia, ayudadas del calor insufrible que hacía, rindieron sus fuerzas y le hicieron caer sin aliento. Entonces los ricoshombres que le acompañaban acordaron que la galera se retirase de la batalla tras de otras seis que también hufan. Don Blasco, que no quitaba los ojos de la capitana, luego que la vió huir mandó a su alférez, Fernán Pérez de Arbe, que moviese el pendón para acompañar al rey: «No permita Dios jamás—respondió aquel valiente caballero—que yo mueva, para huir del enemigo, el pendón que me entregaron»; y sacudiendo de la frente la celada, se rompió desesperado la cabeza contra el mástil del navío y murió a otro día. No peleó con menos aliento el rey D. Jaime: clavado por el pie con un dardo a la cubierta de su galera, sufrió el dolor sin dar muestras de estar herido, siguiendo peleando y animando a los suyos con el ejemplo. Este tesón era digno de la victoria que conseguía, y la hubiera merecido con más razón si no la dejara manchar con la inhumana venganza que ejecutó Roger en las diez y ocho galeras sicilianas que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mecina, pagaron con su vida el suplicio de Juan de Lauria. Dióseles muerte de diversos modos, y mientras los espectadores de esta crueldad, aunque agitados del combate, se movían a compasión y lloraban de lástima, Roger miraba el estrago con ojos enjutos y en altas voces animaba a la matanza. Saciado ya de muertes, cesó el castigo,

y los prisioneros fueron llevados delante del rey. No faltó entre ellos quien echase a los españoles en cara su inhumanidad y su furor, su olvido de los obsequios y favores que habían recibido en Sicilia; en fin, su ingratitude con aquellos marinos mismos que en San Feliú y en Rosas habían libertado a Cataluña de la invasión de la Francia. Don Jaime oyó estas quejas con indulgencia, y entre los circunstantes había muchos que las aprobaban y aun murmuraban de su victoria.

Con ella las cosas de Sicilia parecían ya desesperadas. El rey de Aragón, creyéndolo así, y que para apoderarse de la isla no tendrían los napolitanos mas que presentarse, dió la vuelta a sus Estados, con gran disgusto del rey Carlos y del Papa, que quisiera que no hubiese abandonado la empresa hasta arrojar él mismo a su hermano de aquel reino. Dejó empero al almirante para que asistiese al duque de Calabria a tomar la posesión de Sicilia, y con él a los principales capitanes que le acompañaban, los cuales todos se dirigieron a la costa oriental de la isla y se pusieron sobre Rendazo.

La resistencia que hizo esta plaza y la variedad que tuvieron los sucesos dieron al mundo un nuevo ejemplo de que no es fácil poner a un pueblo un yugo que él unánimemente desecha, y que la constancia, la entereza y el horror a la tiranía prestan a las naciones, por desvalidas y abatidas que estén, una fuerza sobrehumana. Los sicilianos, abandonados a sí solos, vencidos completamente por mar, con dos ejércitos enemigos en la isla, hicieron frente por todas partes

al peligro y le sacudieron de sí. Vuelto D. Fadrique a Mecina con las naves que le quedaron de la derrota, dió aviso de ello a los pueblos, y manifestándose con confianza en medio de aquella adversidad, les enseñó a no desmayar por ella, y todos se apercibieron a la resistencia. El duque de Calabria y el almirante no pudieron tomar a Rendazo, se dilataron por el Val del Noto, rindiéndoseles de fuerza o de grado casi todos los castillos y plazas fuertes, entre ellos Catania, Noto, Cásaro y Ragusa. Ya un legado del Papa había venido a aquella parte a reconciliar los pueblos con la Iglesia; y el rey Carlos, para apresurar el suceso, había enviado otra armada y otro ejército, con su hijo el príncipe de Taranto, a apoderarse del Val de Mázara. Estas fuerzas arribaron a Trápana, y luego que D. Fadrique tuvo noticia de su llegada, determinó ir a encontrarse con el príncipe y darle batalla. El con su ejército estaba en medio de sus dos adversarios, cubriendo el país que no ocupaba y conteniendo al duque de Calabria. Don Blasco de Alagón, su principal caudillo, no era de parecer que aventurase el rey su persona en aquella empresa, y se ofrecía con toda la seguridad de su esfuerzo y de su fortuna a buscar al príncipe y vencerle. Pero D. Fadrique, por su ánimo y su constancia, era digno de su elevación: tuvo a cobardía este consejo, y quiso arriesgar su persona y su reino al trance de la batalla. Salió, pues, en busca del príncipe, que, confiado en la suerte que favorecía su partido, no dudó de aceptar el combate que los sicilianos le presentaron. Al principio el éxito fué muy dudoso, y aun adverso a D. Fadrique, y se

dice que uno de los barones que le acompañaban le requirió que saliese de la batalla. «¿Salir yo?—respondió el rey—. He aventurado hoy mi persona por la justicia de mi causa; huyan los traidores y los que quieran imitarlos, que yo o he de morir o he de vencer.» Dicho esto, mandó al caballero que llevaba su estandarte que le tendiese enteramente, y con los que tenía a su lado arremetió el primero adonde el peligro era más grande. Fué herido en el rostro y en un brazo; pero al fin hizo suya la victoria, contribuyendo mucho a ella la disposición que D. Blasco de Alagón dió al ejército y el valor y destreza de los terribles almogávares. El príncipe de Taranto fué hecho prisionero, y el rey mandó que se le custodiase en el castillo de Celafú, guardado por Martín Pérez de Oros, el mismo caballero que en la batalla le había rendido.

Roger había previsto esta desgracia, conociendo la sagacidad y actividad de D. Fadrique y D. Blasco; y su dictamen en el consejo que tuvo el duque de Calabria cuando supo la llegada de su hermano al Val de Mázara: era de que al instante los dos ejércitos marchasen uno a otro a coger en medio al rey de Sicilia y unirse para concertar sus operaciones. Púsose esto por obra, pero ya fué tarde; y sabida la derrota y prisión del príncipe, se volvieron tristemente a Catania. Con este suceso y la victoria que junto a Gallano consiguió D. Blasco en un encuentro que tuvo con los franceses mandados por el conde de Brena, que fué hecho también prisionero, los sicilianos, confiados y orgullosos, armaron veintisiete galeras, y juntándose a ellas otras cinco genovesas, salieron al

encuentro a Roger, que con la armada napolitana había ido a Nápoles a buscar refuerzos de gente para el duque de Calabria. Era almirante de ellas Conrado de Oria, genovés, muy estimado de D. Fadrique y uno de los mejores marinos de su tiempo. Pero ¿quién podía arrostrar a Roger de Lauria en el mar sin nota de temerario? Las galeras genovesas no osaron entrar en batalla, y las sicilianas, inferiores con mucho en número, y más todavía en fuerza y en destreza, fueron vencidas y apresadas casi todas. La capitana, en que venía Conrado de Oria, hizo una resistencia digna del nombre y reputación de aquel caudillo y acreedora a mejor suerte. Rodeada por todas partes, sola y sin esperanza, contrastó por gran tiempo su mala fortuna, haciendo una gran carnicería en los contrarios con la ballestería genovesa que llevaba a bordo. Viendo Roger que ni se rendía ni era posible entrarla, mandó que la desfundasen, y como ni aun esto pudiese ejecutarse, determinó que se acostase una galera y la pegase fuego; entonces Oria se rindió, y entregó el estandarte real. Fué esta batalla junto a la isla de Ponza, y Roger, según su inhumana costumbre, manchó la gloria adquirida en ella con la crueldad que usó en los ballesteros genoveses de la capitana de Sicilia, a quienes hizo sacar los ojos y cortar las manos, en venganza del daño que le habían hecho. Apenas él había dado este ejemplo de barbarie tan odioso, Oria y el rey D. Fadrique dieron uno bien loable de generosidad y entereza. Fué Oria tratado en su prisión con todo rigor y aun amenazado de muerte si no entregaba el castillo de Francavila, que tenía en Sicilia; él

se negó a la propuesta (1300) diciendo que el castillo era del rey D. Fadrique, y éste, estimando más la persona de aquel caballero, mandó rendir el castillo, sin embargo de la importancia de su posición.

Esta fué la postrera batalla y última victoria señalada de Roger. Cansado ya de vencer y fatigado de triunfos, se avistó con D. Blasco de Alagón, para que entre los dos acordasen un medio de concierto entre aquellos príncipes. Púdose extrañar mucho en el carácter duro del almirante este movimiento a la paz: tal vez desconfiaba ya de sojuzgar la Sicilia y temía que se le trocase la fortuna. Mas cualquiera que fuese el motivo que le instigase, ni él ni D. Blasco fueron los mediadores de la paz, que dos años después se ajustó al fin entre Carlos y D. Fadrique. Habían sitiado los franceses a Mecina, y a pesar de la estrechez en que la pusieron, fuéles forzoso levantar el sitio, porque el hambre y miseria que sufrían los cercados las empezaron a padecer los sitiadores. Concertáronse treguas por medio de la duquesa de Calabria, hermana de D. Fadrique, y no habiéndose efectuado la paz, los franceses quisieron hacer el último esfuerzo para sujetar la isla. A este fin pasó a ella el conde de Anjou, hermano del rey de Francia, con una poderosa armada y un florido ejército. Las cosas de Sicilia estaban tan desesperadas, que parecía ya temeraria la resistencia. Don Blasco había muerto de enfermedad en Mecina durante el sitio; los pueblos que estaban por D. Fadrique se hallaban en el estado más miserable, sin comercio y sin recursos; una gran parte del reino en poder de los enemigos. Mas el invencible corazón

del rey sobrepujó a todo; el conde de Anjou entró en la isla, ganó algunos lugares, y se detuvo en Siacca, que defendida por un hombre de valor no quiso rendirse y le hizo perder cuarenta y tres días. La peste que se declaró en el campo, matando gran número de hombres y caballos, los disminuía y hostigaba, cuando D. Fadrique, aprovechándose de esta situación, se acercó a los franceses con intención de darles batalla. El conde entonces, no queriendo aventurarse al trance de la pelea ni dejar vergonzosamente el sitio comenzado, creyó que lo más oportuno sería inducir a los príncipes a hacer la paz. Esta al fin se concertó, quedándose D. Fadrique con el reino de Sicilia, renunciando lo que tenía en Calabria y casándose con Leonor, hija del rey Carlos.

Tal fué el fin de esta célebre contienda, que duró veinte años y en que Roger de Lauria fué el principal y más glorioso concurrente. En los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debía con su persona y no se estipuló recompensa alguna o indemnización por los grandes Estados que había perdido en Sicilia, ni por los servicios señalados que había hecho a los reyes de Aragón y de Nápoles en los últimos años de la guerra. Pero era preciso que así fuese: el rey de Nápoles perdía a Sicilia a pesar de sus triunfos, y a pesar también de ellos, quedaba siendo rey de la isla D. Fadrique. Asentada la paz, él se retiró a España y murió en Valencia en 17 de enero de 1305. Su cuerpo está enterrado en el monasterio de Santas Cruces, del Orden de San Bernardo, en Cataluña, debajo del panteón del rey D. Pedro III, cuyo mayor

amigo había sido; allí mandó él enterrarse, en el testamento que otorgó en Lérida, año de 1291, en caso de que su muerte acaeciese en alguno de los Estados de Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca. Su epitafio, aunque algo gastado por el tiempo, dice así, traducido de la lengua catalana, en que está escrito: «Aquí yace el noble Roger de Lauria, almirante de los reinos de Aragón y de Sicilia por el señor rey de Aragón, y pasó de esta vida en el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo 1304, a 16 de las kalendas de febrero.»

La sencillez y modestia de esta inscripción hace resaltar más la gloria de Roger, y avergüenza a los que, habiendo sido nulos en vida, quieren después engañar a la posteridad con los pomposos epitafios que se les ponen en los sepulcros. Ningún marino, ningún guerrero le ha superado antes y después en virtudes y prendas militares, en gloria ni en fortuna. Era de estatura más pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura, grave y moderada, anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que había de tener. En las ocasiones de lucimiento y en los torneos y justas nadie podía igualarle en magnificencia ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que juntase a tan grandes y bellas cualidades la dureza bárbara que las deslucía; su corazón de tigre no perdonó jamás, y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacía indigno de las victorias que conseguía. Puede excusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió y con la naturaleza de

aquellas guerras, verdaderamente civiles. Mas distinguiéndose él entonces en la crueldad y en la venganza, parece que su corazón era más terrible y más inhumano que las circunstancias y los tiempos. Fué casado dos veces: la primera, con una hermana de Conrado Lanza, deudo de doña Constanza, mujer del rey D. Pedro; la segunda, con una hija de D. Berenguer de Entenza, y su descendencia, enlazada a las primeras Casas de Aragón y Cataluña, todavía dura, conservando entre sus apellidos el nombre ilustre del almirante. Si, a pesar de haber nacido fuera de España y ser su linaje extranjero, le he colocado entre nuestros hombres célebres, es porque, venido a Aragón desde muy niño, aquí se educó, se formó, se estableció; por Aragón combatió, y al frente siempre de fuerzas aragonesas; su pericia, sus combates, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos, nos pertenecen

EL PRÍNCIPE DE VIANA

AUTORES CONSULTADOS.—Zurita. Alesón, *Continuación de los anales de Navarra*, de Moret. Mariana. *Historia de Poblet*. *Crónicas de D. Juan II y D. Enrique IV de Castilla*. Nicolás Antonio. Varios manuscritos auténticos del tiempo, comunicados al autor.

El teatro de crímenes y sangre en que se hallaron los personajes pintados hasta aquí se hacía menos horrible con la admiración de sus hazafias y el lustre de su gloria y su fortuna. Los mismos escándalos y mayores delitos se van a recordar ahora, con el desconsuelo de ver los talentos malogrados, los lazos de la sangre rotos del modo más bárbaro y más vil, la virtud perseguida y sacrificada, la injusticia triunfante, y al escribir la vida del desdichado príncipe de Viana, no pudiendo contenerse en la indiferencia histórica, la pluma se baña en lágrimas y el estilo se tinte con los colores que le prestan la indignación y el dolor.

Nació en Peñafiel a 29 de mayo de 1421, de D. Juan, infante de Aragón, y doña Blanca, hija y sucesora de Carlos III, rey de Navarra, llamado, por la excelencia de su carácter, *el Noble*. Ardía en aquella sazón Castilla en guerras civiles, atizadas por la ambición de los grandes, que, viendo la flaqueza y la incapacidad de Juan II, querían a porfía apoderarse de la administración y del gobierno. El infante hacía un papel

muy principal en estas discordias, aunque por entonces favorecía el partido al parecer más justo, que era el de la Corte. Aragón sufría la calamidad de la guerra que sostenía su rey D. Alonso en demanda del reino de Nápoles. Francia se hallaba desgarrada con sus divisiones intestinas y la invasión de los ingleses. Sólo el pequeño Estado de Navarra gozaba de una profunda paz, debida a la prudencia de su rey y a la habilidad con que había sabido granjearse el amor de las potencias vecinas, sin chocar jamás con ninguna. Carlos su nieto, que, según los pactos matrimoniales ajustados entre doña Blanca y D. Juan, había de criarse en Navarra, fué llevado a ella por su madre y puesto bajo la tutela y la educación de su abuelo. Un año había cumplido entonces, y el rey, que tenía puesta en él toda la esperanza de su sucesión y de la felicidad del Estado, quiso condecorarle como su heredero, y erigió en principado el Estado de Viana, para que fuese de allí en adelante el título y patrimonio de los primogénitos de Navarra. Institución que fué aprobada en Cortes generales del reino celebradas en Olite (1422), al mismo tiempo que el niño jurado solemnemente heredero y rey de Navarra para después de los días de su abuelo y su madre doña Blanca.

Don más augusto y más grande que el del principado fué la excelente educación que recibió, y que, si bien no pudo completarse en vida del rey anciano, fué seguida bajo el mismo plan por su virtuosa madre. Todo contribuyó a ello: ejercicios varoniles, máximas de virtud, estudios a propósito para enriquecer su en-

tendimiento y formar su corazón; sobre todo, el espectáculo de un reino tranquilo y floreciente bajo una administración sabia y moderada. El fruto que se sacó de estos desvelos fué grande en los adelantamientos del príncipe, cuya conducta y escritos son una insigne prueba de ellos; pero las esperanzas que los pueblos pudieron prometerse fueron tristemente anegadas en la borrasca de sus desventuras.

Era aun muy niño cuando murió su abuelo; mas el fallecimiento de su madre le cogió ya en la edad de veintiún años cumplidos (1442). Nombróle por heredero suyo universal en los Estados de Navarra y de Nemours, según le competía de derecho y estaba pactado en las capitulaciones matrimoniales de su desposorio con D. Juan; mas le rogó que para usar del título de rey tuviese por bien tomar la bendición y consentimiento de su padre. Había muerto doña Blanca en Castilla, y por su ausencia era el príncipe gobernador del reino, encargo en que quedó después con beneplácito de D. Juan. Sus despachos de aquel tiempo manifiestan que el príncipe, conformándose con los deseos de su madre, se intitulaba en ellos príncipe de Viana, primogénito, heredero y lugarteniente por su padre; particularidades que, aunque parecen demasiado menudas en la historia, son, sin embargo, necesarias para sentar la justicia del príncipe en las divisiones que después se siguieron, viéndose por ellas que su moderación y su modestia fueron siempre iguales a su derecho.

Dejaba doña Blanca al tiempo de su muerte, además del príncipe de Viana, una hija de su mismo nom-

bre, casada con el príncipe de Asturias D. Enrique, y otra llamada doña Leonor, que casó con Gastón, conde de Fox. El padre de todos estos príncipes, don Juan, había empleado casi todo el tiempo de su matrimonio en guerras intestinas dentro de Castilla, en cuya Corte quería mandar solo. Pudo a los principios conseguirlo, cuando contra su mismo hermano don Enrique favoreció el partido del rey; mas después que se alzó con la privanza y el poder D. Alvaro de Luna, hombre que no cedía a ninguno de aquella época en valor, en astucia y en orgullo, el rey de Navarra no logró con sus sediciosos esfuerzos otra cosa que hacerse aborrecible en todas partes. Los castellanos se quejaban porque no se iba a mandar y gobernar en sus Estados, y los navarros se resentían de tener que contribuir para sus empresas, de ningún momento ni utilidad para ellos. Cuando murió su mujer, la guerra civil se hallaba algo apaciguada en Castilla, y D. Juan y sus parciales habían logrado el triunfo momentáneo de hacer salir de la Corte al condestable D. Alvaro de Luna. Para mayor seguridad se habían convenido todos en mantenerse en igual valimiento con el rey; convención absurda, contraria a lo que cada uno de ellos deseaba, e imposible de verificarse, atendida la flojedad y flaqueza de Juan II, el cual era incapaz de mantener su favor en un equilibrio prudente. Advirtió el rey de Navarra que el almirante de Castilla don Fadrique Enríquez adelantaba en la confianza del rey, y como ambicioso, empezó a odiar aquel estado de cosas, recelando que D. Alvaro iba a volver al mando o que el almirante iba a alzarse con él; y aun-

que éste era parcial suyo, ya le miraba con los ojos de un cortesano desgraciado y le reputaba delincuente porque el monarca le favorecía. El conde de Castro, su amigo y gran confidente, viéndole desabrido y ocupado de estos pensamientos, después de manifestarle la injusticia de sus sospechas contra el almirante, que siempre le había sido fiel, para acabarle de sosegar le dijo que, si quería asegurarse enteramente, estrechase los vínculos que le unían con aquel caballero; y puesto que doña Blanca era muerta, y concurrían en doña Juana Enríquez, hija de D. Fadrique, todas aquellas prendas que podría imaginarse para un enlace digno, la pidiese en casamiento a su padre, y de este modo el nudo de su amistad y alianza sería indisoluble.

No bien fué dado el consejo cuando se puso en ejecución; y un rey de Navarra, lugarteniente al mismo tiempo por su hermano en los Estados de Aragón y heredero presuntivo de ellos, después de hacer en la Corte de Castilla el papel de un cortesano intrigante, buscaba la hija de un particular en apoyo de sus pequeñas miras y de su ambición subalterna. El matrimonio se efectuó; pero ni el almirante ni D. Juan consiguieron de esta alianza el fruto a que aspiraban, porque, vuelto D. Alvaro de Luna a la privanza y asistiéndole la mayor parte de los grandes, los infantes de Aragón fueron vencidos en la batalla de Olmedo; y D. Enrique, muerto de sus heridas, y el rey de Navarra, huído, perdieron de una vez sus Estados y su autoridad en Castilla.

Gobernaba entre tanto el príncipe de Viana el reino

de Navarra, que disfrutaba de la felicidad conseguida a los sabios y moderados principios establecidos por Carlos el Noble. Alguna vez llegaban a él las chispas de la guerra que se hacía en Castilla, pero eran desvanecidas al instante, y aunque en el año de 1451 el rey de Castilla y su hijo D. Enrique entraron poderosamente en Navarra y sitiaron la ciudad de Estella, el príncipe, cuyas fuerzas no eran bastantes a resistir al castellano, tomó la resolución de irse desarmado a sus reales, y habló a padre y a hijo con tal persuasión, manifestándoles la injusticia de aquel procedimiento en la larga unión que había entre los dos Estados, que ellos, convencidos de su razón y movidos de su elocuencia, alzaron el sitio de Estella y se volvieron a Castilla. No falta quien dice que esta condescendencia tuvo otro fin más político y profundo, y que D. Alvaro de Luna, deseoso de librarse de los continuos tiros que hacía a su poder el rey de Navarra, quiso darle en qué entender en sus propios Estados, para quitarle la ocasión de venir a inquietar los ajenos, y que hizo unirse estrechamente al rey y príncipe de Castilla con el de Viana, inspirando a éste desconfianzas hacia su padre o abultando las quejas que ya tenía de él.

Los sucesos que siguieron dan verisimilitud a esta presunción. El rey de Navarra estaba muy malquisto de sus naturales; ellos eran los que sostenían la mayor parte de los gastos a que le obligaban las continuas empresas de su genio turbulento; ellos sufrieron el amago y aun los golpes de la venganza castellana, y parecían que nada debían a un rey que sacrificaba su provecho y su quietud al interés de lo que deseaba

en Castilla. Sentían que, según lo pactado anteriormente entre los reyes y con el reino, no hubiese ya entregado el dominio y la autoridad real en poder de su hijo, a quien competía por edad, por mérito y por derecho; por último, habían llevado muy a mal que se hubiese casado con la hija del almirante sin haber dado cuenta de ello ni a su hijo ni al reino, y murmuraban que ningún respeto ni contemplaciones debían a un rey extraño, que no tenía por aquel Estado atención ni amor alguno.

Estas centellas de descontento tomaron la fuerza de un volcán cuando la venida de su mujer a Navarra, con título de gobernadora, en compañía del príncipe (1452). «¿Con qué derecho—decían—nos envía una mujer extraña a que nos mande, y hace esta injuria a su hijo, que ha gobernado tantos años con tal prudencia y acierto?» Los modales de la reina, que en vez de ganarse las voluntades con la afabilidad y dulzura propias de su sexo afectaba una arrogancia y un imperio siempre odioso, pero más a ánimos descontentos, acabaron de apurar la paciencia y soplaron la llama de la sedición. Había dos parcialidades en Navarra, la agramontesa y beamontesa, nacidas anteriormente de celos de privanza. Toda la autoridad y cuidado de doña Blanca en el tiempo de su gobierno no pudieron extinguirlas, y se volvieron a encender de nuevo con más furia que nunca al darse la señal de la división entre padre e hijo. Había sido ayo de Carlos, y principal consejero en su gobierno, D. Juan de Beaumont, gran prior de Navarra y hermano de D. Luis, conde de Lerin y condestable, casado con una hija na-

tural de Carlos el Noble. Estos eran los jefes del bando beamontés, mientras que los agramonteses seguían por caudillo al mariscal del reino D. Pedro de Navarra, señor de Agramont. Declaráronse los primeros por el príncipe, y los segundos, por ser contrarios a aquel partido, favorecieron el del rey. Dícese, en prueba de ello, que poco antes del rompimiento, saliendo el príncipe un día a caza, se encontraron con él D. Pedro de Navarra y su amigo Pedro de Peralta, y le dijeron: «Sepa vuesa Alteza que os conocemos por nuestro rey y señor, como es razón y somos obligados, y nadie en esto debe pensar otra cosa; pero si ha de ser para que el condestable y su hermano nos manden y persigan, sabed, señor, que nos hemos de defender con la mayor honradez que pudiéremos; porque nuestra intención no es de faltar a vuesa Alteza, sino defendernos de nuestros enemigos, que nos quieren deshacer.» A lo cual respondió el príncipe: «Yo no entiendo que el condestable y su hermano os procuren tanto mal como decís; no penséis en eso, que Dios dará remedio a todo, y proveerá que mi padre y yo conozcamos que sois tan fieles servidores como debéis.»

Rompieron, en fin, padre e hijo, queriendo el primero mantener en Navarra su autoridad soberana como hasta entonces, y el segundo entrar en la posesión de ella, como estaba convenido anteriormente. A cuál de ellos asistía la razón no es necesario ya manifestarlo; pero siempre hubiera sido más sano que el príncipe no apoyase la suya con las armas, porque este partido tenía siempre el mal aspecto de la irreverencia y el inconveniente y los escándalos de una

guerra civil. El rey de Castilla y el de Aragón pudieran ser unos mediadores autorizados y poderosos para ajustar las diferencias, y él quizá hubiera adquirido la autoridad a que aspiraba sin llegar a la extremidad de alzar el brazo contra su padre. Las fuerzas no eran iguales, pues aunque la más sana parte de Navarra estaba por el príncipe, casi todas las fortalezas, y el mismo Estado de Viana, llevaban la voz del rey, que desde que murió su mujer doña Blanca, y mucho más desde su segundo casamiento, había tenido cuidado de entregar los castillos y las alcaidías a sus servidores más fieles. Si a esto se añade la ventaja que le daban en la lucha su actividad, su artificio y el largo uso que tenía de la guerra, por sus alborotos en Castilla, se ve claramente que el partido más justo no era el más fuerte ni sería tampoco el más feliz.

Negóse el rey a confirmar los conciertos que su hijo había hecho con Castilla, y Carlos, o que ya estuviese cansado de ejercer una autoridad subalterna correspondiéndole la soberana, o que fuese arrastrado del partido beamontés, dió la señal de la guerra y, ayudado de los castellanos, tomó a Olite, Tafalla, Aivar y Pamplona. Pasó después con sus aliados a sitiar a Estella, donde estaba la reina, su madrastra. A su peligro voló el rey, ayudado de las fuerzas de Aragón y contando con las que le había prevenido la parcialidad agramontesa; mas, sin embargo, hallándose menos fuerte para entrar en batalla, se volvió a Aragón por nuevos refuerzos, encargando a los suyos que entretuviesen mañosamente a los contrarios. «Engañó a D. Carlos —dice Mariana— su buena, sencilla y man-

sa condición»; creyó que la ida del rey a Aragón era para no volver tan presto; detestaba la guerra, y tal vez no quería hacerse odioso a los navarros teniendo por más tiempo en el reino tropas castellanas. Estas, a persuasión suya, levantaron el sitio y se volvieron a Burgos, a tiempo que el rey, nunca más activo que entonces, después de haber juntado con increíble celeridad las fuerzas que tenía en Aragón, volvió presuntamente a Navarra y se puso sobre Aivar con intento de tomarla.

Acudió el príncipe a socorrerla, y sentó su campo a vista del de su padre. El rey quiso dar luego la batalla para impedir que se engrosase el ejército enemigo, a quien llegaban por momentos nuevas compañías. Pusiéronse unos y otros en orden de pelear, cuando algunos eclesiásticos, conociendo la abominación de semejante contienda, hicieron aquella vez el papel que correspondía a su ministerio, y a fuerza de súplicas, de ruegos y amonestaciones, pudieron traer a concierto los ánimos de los combatientes. Dió al instante el príncipe oídos a la composición, y propuso a su padre una concordia concebida en los términos siguientes: que recibiese en su gracia a él y a los suyos, se le restituyese el principado de Viana y sus fortalezas, y a los de su partido los lugares y villas que los contrarios les hubiesen usurpado; que él había de quedar en su plena libertad y en la de disponer su casa como le pareciese; que había de gobernar el reino, como hasta allí, en las ausencias de su padre; que aprobase éste los conciertos hechos con Castilla y se le diese tiempo de avisar a su rey de esta nueva concordia.

No eran éstas seguramente proposiciones de un rebelde, puesto que en ellas se dejaba al padre toda la autoridad soberana, por la cual se contendía. El rey condescendió con algunas, negó y modificó otras, y al cabo el príncipe, por amor de la paz, cedió a todo, y dijo que, cómo su padre le recibiese en su gracia, volvería con todos los suyos a su obediencia. Firmóse la concordia primero por él y después por el rey; juróse solemnemente, y a pocas horas de haberse jurado, los dos ejércitos vinieron a las manos. Cuál fuese la causa de esta revolución tan repentina y tan escandalosa no se sabe, aunque se hace verisímil la sospecha de Alesón, que conjetura que, en la enemistad que se tenían las dos parcialidades, no es de extrañar saltase alguna chispa que causó aquel incendio, sin que ni hijo ni padre pudiesen contenerle. Por mucho tiempo tuvieron ventaja los del príncipe. Su vanguardia encontró tan furiosamente con la del rey, que, aunque compuesta de sus mejores batallones, le fué forzoso ciar. Pero hallábase en ella Rodrigo de Rebolledo, camarero mayor de D. Juan, hombre de un esfuerzo extraordinario, acreditado ya en otras ocasiones. Este se mantuvo peleando; a su ejemplo, los fugitivos cobraron el valor perdido y volvieron a la pelea. Huyeron de su encuentro los jinetes andaluces que habían venido al socorro del príncipe, y él, viéndose arrancar de las manos la victoria, redobló su esfuerzo y osadía y atacó con los que le acompañaban el batallón en que estaba su padre. Ya se hallaba éste acosado y próximo al peligro de venir a las manos del príncipe, cuando su hijo natural, D. Alonso de

Aragón, voló a socorrerle, y acometiendo por un costado con treinta lanzas a los beamonteses, que ya se juzgaban vencedores, los rompió y dió lugar a los realistas para que los desbaratasen y ganasen la victoria. El príncipe, hostigado a rendirse, no quiso hacerlo sino a su hermano D. Alonso, a quien dió el estoque y una manopla (23 de octubre de 1452), que el otro recibió apeado del caballo y besando al príncipe la rodilla.

El padre, irritado, no quiso verle; y él tenía la imaginación tan herida, que temía le diesen veneno en la comida, y ni en el real, ni en el castillo de Tafalla, adonde fué llevado, quiso probar bocado alguno si antes no le hacía la salva su hermano. Con este rigor de la una parte, y tales sospechas de la otra, los ánimos se enconaban más por momentos y todos los medios de concordia parecían imposibles. Era signo de aquel tiempo feroz ser condenado a ver el espectáculo de estas guerras parricidas. El príncipe de Castilla trataba de quitar por fuerza la gobernación a su padre; el rey Carlos de Francia estaba en lid abierta con su hijo, el que fué después Luis XI, y Navarra vió darse la batalla de Aivar en su recinto.

Ganada esta victoria, el rey partió a Zaragoza, donde le llamaba el cuidado de las Cortes de Aragón, que iban a celebrarse allí. En ellas se determinó que se nombrasen cuarenta diputados de los que asistieron entonces, y que éstos interviniesen en la expedición de los muchos y graves negocios que en aquella sazón ocurrían; acuerdo molestísimo a D. Juan, porque conocía la oposición que en esta comisión halla-

ría para sus miras ambiciosas. Ningún asunto más grave que las discordias de Navarra y la prisión de D. Carlos: sus parciales, en vez de desmayar con aquella desgracia, tomaron fuerzas de su misma indignación, y ayudados del príncipe de Asturias, soplaban con más fuerza el fuego de la guerra civil; se apoderaron de varios lugares y acometieron las fronteras de Aragón. Lo mismo amenazaba por su parte el rey de Castilla; de modo que los cuarenta diputados trataron seriamente de concordar las cosas de Navarra, para atajar el incendio que iba apresuradamente entrándose por su casa. A estas razones políticas se allegaba también la conmiseración natural que inspiraba el rigor del rey con el príncipe prisionero. Del castillo de Tafalla fué llevado al de Mallén, de Mallén al de Monroy, sin que el rencor sospechoso de su padre le creyese asegurado en parte alguna. Los ánimos más templados se ofendían y murmuraban viendo al príncipe, propietario de Navarra, heredero presuntivo de los Estados de Aragón y joven de tan grandes esperanzas por sus virtudes y sus talentos, conducido de prisión en prisión como un vil criminal.

La primera demostración que los cuarenta hicieron de su disgusto y de su resolución fué hacer jurar a las tropas que juntaban para hacer la guerra en las fronteras que no asistirían al rey D. Juan en la oposición a su hijo: «Si vos, como rey de Navarra —le decían— y lugarteniente de Aragón, tenéis dos guerras, nosotros no queremos tener mas que una, y nos basta la de Castilla.» Después, sabiendo que todas las fuerzas de este reino se juntaban para entrar en Navarra y fa-

vorecer el partido beamontés, formaron los capítulos de una concordia por la cual se había de poner al príncipe en libertad; se le entregaba su Estado de Viana; él había de rendir a su padre a Pamplona y Olite, que seguían su voz; las rentas del reino se dividirían entre ambos; todas sus diferencias se ponían en manos del rey de Aragón, que se hallaba en Italia; además de esto, el hijo debía disponer su casa a su gusto, y había de concederse perdón recíproco a los parciales de uno y otro bando.

El príncipe firmó este convenio; el rey, aunque le firmó, hizo limitaciones que no agradaban a su hijo; tales eran la de que no había de ir sin su permiso a verse con el rey de Aragón, su tío, y que su casa se había de componer de sujetos de las dos parcialidades, beamontesa y agramontesa. Creía D. Juan que, a trueque de conseguir su libertad, vendría en cualquier concierto, por duro que fuese; y Carlos, seguro del armamento que en su favor se hacía en Castilla, quería mejorar su partido, aunque fuese a costa de alguna dilación. Pasábase así el tiempo sin concluir cosa alguna. Aragón veía amenazadas sus fronteras; su rey ausente no le acudía, y sus diputados no sabían qué hacerse para sacar el reino de aquel conflicto. Enviaron embajadores a Pamplona para tratar de concordia, y la ciudad contestó que sus armas no se movían en daño de Aragón, sino en defensa de su príncipe, cuya libertad y gobierno querían. Hicieron más los navarros, que fué enviar embajadores a las Cortes de Aragón a asegurar esto mismo y agradecer los buenos oficios que hacían en favor del príncipe, y ordenaron

que en los lugares de la frontera se pregonase la paz entre los dos reinos.

La misma ciudad de Pamplona, viendo que en nada se adelantaba en cuanto al príncipe, nombró una diputación de tres sujetos principales, para que, auxiliándose de la intervención de las Cortes de Aragón, se la pidiesen al rey. Este no pudo ya resistir a los ruegos reunidos de los dos reinos y a la fuerza de las circunstancias, y sacando a su hijo de la fortaleza de Monroy, le llevó a Zaragoza y le entregó en la sala de las Cortes en 25 de enero de 1453. Mas la libertad concedida no era absoluta: había de tener por prisión a Zaragoza, y cuidaban de su custodia dos diputados de los cuarenta. Diéronsele treinta días para que concluyese la concordia; término que, no siendo suficiente para fenecer tantos puntos como se ventilaban, fué precisó prorrogarle por dos veces, queriendo siempre el rey apretar el rigor de la convención y no allanándose su hijo sino a lo que fuese justo. Por último, consiguió su libertad, quedando en poder de su padre, en rehenes de lo pactado, el condestable de Navarra y sus dos hijos, D. Luis y D. Carlos de Beamonte, con otros caballeros que generosamente se ofrecieron a ello por ver libre al príncipe que adoraban.

Mas no por eso cesó la guerra en Navarra. El príncipe de Asturias, D. Enrique, que aborrecía mortalmente al rey D. Juan, su suegro, no quería entrar en ajuste ninguno y siempre estaba armado sobre la frontera de Castilla, enviando fuerzas a la parcialidad beamontesa. Por este tiempo hizo también a la princesa su mujer el agravio de repudiarla y enviarla a

su padre, pretextando que por algún hechizo oculto era impotente con ella. No había para esto, en caso de ser verdad, otro hechizo que haber estragado aquel príncipe su temperamento con los placeres ilícitos e infames a que se dió en la primera juventud. La desdichada Blanca fué arrojada de un lecho que sus virtudes honraban, para que después le ocupase aquella Juana de Portugal, cuya imprudente conducta fué la ocasión de todas las desgracias de Enrique IV. Vivió algún tiempo en Aragón, y después se fué a Pamplona con el príncipe su hermano, a quien amaba entrañablemente, motivo por el cual vino a incurrir en el odio que su padre tenía a D. Carlos. La discordia, pues, siguió en Navarra con el mismo furor que antes, sin que se remitiese mas que el breve espacio de tiempo en que se ajustaban algunas treguas por las negociaciones, que siempre estuvieron abiertas. Mediaban en ellas Ferrer Lanuza, justicia de Aragón, enviado por el rey de Navarra al de Castilla a ajustar las diferencias que hubiese, y la reina de Aragón, a quien su esposo, Alonso V, justamente afligido de los males que padecía España, envió desde Italia a componerlas todas. La paz se ajustó al fin con Enrique IV, que acababa de suceder a su padre Juan II, muerto en aquella sazón; pero las discordias de Navarra no pudieron apaciguarse. Estorbábalo el rencor de las dos parcialidades, y sólo pudo conseguirse que se concertasen treguas por un año (1455), que aunque no muy bien guardadas, todavía excusaban algún derramamiento de sangre.

Mas, cumplido el término de aquella suspensión,

las hostilidades volvieron con más furor que nunca. Ardía de saña el rey porque no se acababan de entregar las fortalezas que, según el pacto hecho cuando la libertad del príncipe, se habían de poner en poder de aragoneses; amenazaba con hacer morir a los rehenes que tenía; el príncipe amagaba hacer lo mismo con algunos que tenía en su poder, de villas que habían tomado su partido, entre ellas la de Monreal. Hubo, no hay duda, exceso de parte de don Carlos en esta ocasión, pues que faltó a lo que él mismo había firmado y sus apoderados prometido. Pero así él como sus parciales conocían bien el ánimo del rey, que en todo el proceso de las negociaciones con la reina de Aragón se había mostrado duro, inflexible, sin querer ceder nada del rigor y nulidad a que quería reducir a su hijo. Llegó en esta parte su furor al extremo de hacer una alianza con su yerno el conde de Fox, por la cual éste se obligaba a socorrer al rey con todo su poder y entrar en Navarra a castigar a los rebeldes, y el rey a desheredar a sus dos hijos Carlos y Blanca, substituyendo en su sucesión para después de sus días al conde y condesa de Fox. Así, este insensato disponía de una herencia que no era suya y daba un derecho que no tenía, y añadiendo la barbaridad a la injusticia, se obligaba también a no recibir jamás a reconciliación alguna ni perdonar a sus dos hijos, aunque quisiesen reducirse a su obediencia.

Ya el conde había entrado en Navarra con sus tropas y unido a los realistas ponía espanto en los parciales del príncipe, no bastantes en número ni en

fuerzas a resistirle. Ya habían sido sitiadas y rendidas Valtierra, Cadreíta y Mélida; Rada, famosa por su fortaleza, arrasada; Aivar también, que Carlos había recobrado, tuvo que rendirse a su madrastra, que en persona la había cercado y combatido. Aquel reino, que tan floreciente y tranquilo se había mantenido en los felices días de Carlos el Noble y Blanca, ya era un teatro sangriento de robos, escándalos, desolación y homicidios, frutos propios de la guerra civil, cuyos móviles no son ni el interés ni la gloria, sino el rencor y la venganza. El conde instaba por la desheredación de los dos príncipes, y don Juan había nombrado letrados y juristas que les formasen el proceso por contumaces y rebeldes. Pero el rey de Aragón, irritado de la entrada de los franceses en España, y mal contento del rigor y dureza de su hermano, le envió a decir que pusiese en sus manos la querrela que tenía con su hijo, como ya éste lo había hecho, y que de no hacerlo así, le quitaría el gobierno del reino de Aragón y ayudaría con toda su fuerza el partido y la razón del príncipe. Temió el rey de Navarra la amenaza de su hermano y suspendió el proceso abierto contra sus hijos. Don Carlos, no sintiéndose fuerte contra su padre y su cuñado, a quienes se creía que ayudaría también el rey de Francia, no fiando en los socorros del rey de Castilla, tuvo por más seguro irse a poner en manos del conquistador de Nápoles y pacificador de Italia, el cual, por sus hazafías, por su mérito personal y por la magnificencia de su Corte, era entonces el primer monarca de Europa. Así, dejando encargado el gobierno de la parte de

Navarra que le obedecía a D. Juan de Beamonte, tomó por Francia el camino de Italia (1457).

Desde Poitiers envió a su tío un secretario suyo a que le informase largamente de los hechos ocurridos en aquel último tiempo, para que a su llegada estuviese bien prevenido a su favor. En la carta que le dió para que le sirviese de credencial le decía que por dos y tres veces había enviado a su padre gentes suplicándole que le quisiese tener como hijo y se compadeciese del pobre reino de Navarra, que tan bien le había servido en otro tiempo; y que cuando las cosas estaban a punto de concordarse, el conde y la condesa de Fox lo habían estorbado, «los cuales (son sus palabras), como se debía esperar que fuesen propicios á la dicha concordia, han empachado aquella, é han revuelto en tanto grado los escándalos é el mal entre nos, que no espero el reparo de ellos, si ya la piedad de Dios et vuestra autoridad é decreto, con aquella razon que ha sobre nosotros, no extingue este fuego».

Mas no sólo habían hecho este mal los condes de Fox, sino que también malquistaron al príncipe con el rey de Francia Carlos VII, imputándole que había favorecido a los ingleses en Bayona, donde se hallaban sus parciales al tiempo que la ganaron los franceses: querían con esto ponerle de su parte, y le incitaban a que, haciendo alianza con ellos y el rey su padre, entrase por Guipúzcoa y entretuviese así las fuerzas del rey de Castilla, que, confederado con el príncipe, se preparaba a socorrer poderosamente su partido. Carlos, que como señor de Navarra y duque

de Nemours tenía tantas relaciones con la Corte de Francia, siguió su camino a París, donde fué recibido por aquel monarca con todo honor y cariño; descargóse de las calumnias levantadas por sus hermanos y separó al rey de su rompimiento con Castilla. Hecho este bien a su país, se dispuso a partir a Nápoles, donde ya le llamaba el rey su tío. Era su intento, si no le favorecía, pasar su vida en destierro para no causar más enojo a su padre y separarse de la guerra civil, que aborrecía. Por todas las ciudades que pasaba recibía los honores y aplausos que nacían de la estimación de sus virtudes y talentos y del interés que inspiraban sus desgracias. El Sumo Pontífice Calixto III, español, le agasajó mucho en Roma; mas, requerido por él de que mediase en sus negocios, no se atrevió a hacerlo, y de allí partió el príncipe a Nápoles por la vía Apia.

Recibióle el rey de Aragón con las mayores muestras de honor y de cariño; bien es verdad que le reprendió la resistencia que había hecho a su padre con las armas, diciéndole que, aunque la razón y la justicia estaban claramente de su parte, debía obedecer y sujetarse al que le engendró y disimular su dolor, aunque justo, y así hubiera cumplido con las leyes divinas y humanas. A esto replicó el príncipe que sus vasallos y buenos amigos habían llevado muy a mal el gobierno de su padre después de la muerte de su madre doña Blanca; que todos deseaban le entregase a él el reino, que le tocaba según los pactos hechos, y que por su estado y su edad era capaz de gobernar. Confesó que él había dado muestras de conformarse

con su voluntad en esta parte; mas que las cosas no habrían llegado a aquel extremo si la hija del almirante no hubiera venido a gobernar con tanta ofensa suya y de su reino; que así él como sus vasallos habían tenido esto a grande afrenta y mengua de su reputación, que no podía disimularse. Y concluyó diciendo: «Cortad, señor, por donde os diere contento: sólo ruego que os acordéis que todos los hombres cometemos yerros, hacemos y tenemos faltas; éste peca en una cosa, aquél en otra. ¿Por ventura los viejos no cometisteis en la mocedad cosas que podían reprender vuestros padres? Piense, pues, mi padre que soy mozo y que él mismo lo fué también en algún tiempo.»

Fuera de este cargo, no recibió de aquel monarca sino aplausos y favores. Es cierto que, aunque no hubiesen mediado los lazos del parentesco estrecho que los unían y la calidad de heredero de todos los Estados de Aragón y Navarra, que acompañaba a D. Carlos, sólo la afición a las letras y buenos estudios que sobresalía en él y por la cual ya era célebre, bastaba a darle autoridad y consideración a los ojos de Alfonso V. Es sabida de todos la pasión de este rey por la lectura y la sabiduría, y en esta parte su sobrino debía tener mucho más precio a sus ojos que su hermano, el cual jamás hizo otra cosa que intrigar, alborotar y destruir. Tratólo, pues, como a hijo, pagó todas las deudas que había contraído en el camino, le hizo una consignación para sus gastos ordinarios, y así él como su hijo le daban cada día nuevas señales de cariño en joyas, en caballos y otras dádi-

vas con que a porfía le agasajaban. Escribía Carlos todas estas particularidades a su leal ciudad de Pamplona con aquella efusión de alegría que tiene un desdichado al ver por la primera vez reír el rostro a la fortuna. «Presto—les decía—, placiendo a Dios, irán tales personas de la parte del dicho señor rey nuestro tío, que reglarán estos fechos en la forma que cumple... E non danzarán más a este són los que con nuestros daños se festejan.»

Luego que en España se supo la buena acogida que había tenido en Nápoles, su padre mudó de tono y empezó a darle en los despachos el título de «ilustre príncipe y muy caro y muy amado hijo», cuando antes se contentaba con llamarle a secas «príncipe don Carlos». Pero los condes de Fox, que ya devoraban con el deseo la sucesión de Navarra, intrigaron tanto con aquel rey rencoroso, que al fin dió el escándalo de juntar Cortes de su parcialidad en Estella, y desheredó allí (1457) a sus dos hijos don Carlos y doña Blanca, pasando la sucesión a su tercera hija la condesa de Fox, y por ella a su marido. Acto por su naturaleza nulo si se atiende a la justicia, pero que de algún modo podía desconcertar el partido opuesto, engañando a los simples, abatiendo a los cobardes y determinando a los indecisos. Mas los parciales del príncipe, y D. Juan de Beamonte, que estaba a su frente, no desmayaron por eso, y oponiendo a aquel acto otro más justo sin duda, aunque temerario por las circunstancias, convocaron a Cortes en Pamplona a los de su bando, y en ellas aclamaron y juraron por rey a D. Carlos con todas las solemnidades

legales en 16 de marzo del mismo año, llamándole rey de allí adelante en los despachos que emanaban del gobernador y del Consejo.

Indignóse terriblemente D. Juan, llamando des-acato y desafuero lo que él mismo había provocado con su injusta y bárbara desheredación; y achacando aquella medida generosa y atrevida a las instrucciones que había dejado su hijo, redoblaba su cólera y su indignación contra él. En esta posición le halló Rodrigo Vidal, enviado por su hermano para ajustar un concierto, y como es de presumir no era sazón de recabar cosa alguna. Entre tanto llegó al príncipe la noticia de su aclamación, y no pudo dar otra prueba mayor de su inocencia que apresurarse a escribir al gobernador, a los Consejos y a la Diputación de Pamplona el sentimiento que le causaba aquella determinación y la desaprobación solemne del acto que se le imputaba. Existe aún la carta que escribió entonces, cuyo contexto puede verse en el Apéndice, y toda ella es una respuesta convincente a la calumnia que los historiadores, de acuerdo con la injusticia, le han levantado después.

No fué esta sola la gestión que hizo el príncipe para allanar el camino a la concordia. Escribió también a su primo el rey de Castilla que restituyese las plazas y castillos entregados a él por los beamonteses para seguridad de la alianza y del socorro que le pedían, al tiempo de los preparativos del conde de Fox. Pero estas gestiones, hechas por el amor de la paz, no impedían que en otras ocasiones el príncipe sostuviese con entereza sus derechos cuando veía

que, de abandonarlos, habían de resultar inconvenientes. Así, cuando murió el obispo de Pamplona, él presentó al Papa para aquella dignidad a don Carlos de Beamonte, hermano del condestable y del gobernador. Su padre se dió más prisa y pidió el obispado para D. Martín de Amatriain, deán de Tudela, que a la sazón estaba en Roma, y el Pontífice se le había concedido. No cedió el príncipe, conociendo que la intención de su padre era poner en Pamplona un obispo de su partido, y así, representó eficazmente al Papa que revocase la gracia; ni cedió tampoco a las sumisiones y ofertas que desde Roma le hizo el nuevo electo, y el Papa, vencido de sus instancias y creyendo que D. Carlos no estaría tan firme sin la anuencia del rey su tío, confirió la administración del obispado al célebre cardenal Besarión.

Todas estas incidencias cebaban el resentimiento del rey de Navarra, sin que las satisfacciones del príncipe bastasen a calmarle. Rodrigo Vidal, después de haber apurado todos los medios de convenio que sus instrucciones le sugerían, propuso una suspensión de armas entre los dos partidos. Venían en él los beamonteses; pero el rey, orgulloso y fiero con su poder, no quiso consentirle. Vidal, entonces, creyendo que su misión era hacer la paz a cualquier costa, pensó otros medios de conseguirla más favorables al partido del rey: propúsolos al gobernador Beamonte, quien le preguntó si aquellos artículos se habían propuesto con anuencia del monarca aragonés: respondió Vidal que no, y entonces el generoso navarro: «Yo no tengo—dijo—orden del príncipe sino para obedecer

lo que el rey de Aragón ordene, y pues esos partidos son diversos de los que él quiere, yo y todos mis parciales nos exponremos a todo riesgo por obedecerle antes que tener paz y sosiego tan infame.»

Por este tiempo (mayo 1457) tuvieron vistas los reyes de Navarra y de Castilla para negociar la paz entre sí: vino la Corte de Navarra a Corella y la de Castilla a Alfaro, a cuya villa acudió también el gobernador Beamonte, y propuso que se entregasen en secuestro al rey de Aragón todas las plazas fuertes del reino, así de un partido como del otro, y que estuviesen con bandera y gobernadores de su mano hasta que el mismo rey diese la sentencia que cortase aquellos disturbios. Tampoco quiso el rey D. Juan venir en este partido; tenía fundadas esperanzas de reducir al rey Enrique IV, así por sus gestiones propias como por las que hacía su mujer doña Juana con la reina de Castilla. Las dos se veían y se festejaban, y es de ver en los momentos de aquel tiempo la extrañeza que causaba en los procuradores del príncipe el lujo, la riqueza y la extravagancia que ostentaban las damas castellanas. Acostumbrados a la modestia con que se habían presentado siempre la reina doña Blanca y la princesa Ana de Cleves, mujer del príncipe, no podían menos de admirar la locura de las damas que acompañaban a la reina de Castilla. «La una trae bonet, la otra carmagnola, la otra en cabellos, la otra con sombrero, la otra con troz de seda, la otra con un almaizar, la otra a la vizcaína, la otra con un pañuelo; é de ellas hay que traen dagas, de ellas cuchillos victorianos, de ellas cinto para

armar ballesta, de ellas espadas y aun lanzas y dardos y capas castellanas, cuanto, señor, yo nunca vi tantos trajes de habillamientos.» Así escribía al príncipe su procurador patrimonial Martín Irurita, añadiéndole al fin: «Nuevas de acá otras, señor, buenamente no sé qué escriba, sino que tierra de vascos de ocho días acá está en vuestra obediencia, et todas las montañas, sino Gorriti; é los vuestros se esfuerzan lo más que pueden; mas por Dios, señor, son pocos é pobres, é á la larga no se podrán sostener.»

No era, pues, extraño que el rey D. Juan, fiero con su preponderancia, se negase a toda composición que no humillase completamente a su hijo. A las esperanzas que le daban sus tratos con el rey de Castilla debieron unirse para este efecto las sugerencias de la condesa de Fox, que también se halló en aquellas vistas, y trataría de impedir toda concordia que perjudicase a sus miras codiciosas sobre la sucesión del reino de Navarra. Estaba entonces lisiada de una dolencia que no la dejaría alternar en bizarría con las dos reinas concurrentes, y que hacía decir con gracia a Rodrigo Vidal, escribiendo al príncipe: «Dícese, señor, que la condesa de Fox, vuestra hermana, está cerca de perder un ojo. A la mi fe, señor, no tengais dolor o penar, car quien entiende en la perdicion de un tal hermano bien merece perder un ojo, aun el derecho. Ella viene sintiendo estos fechos a más que de paso, e hoy debe entrar de Tudela.»

Así todo se conjuraba en España en ruina del desdichado D. Carlos: su partido desmayaba, el del rey su padre se hacía cada día más fuerte en Nava-

rra; sus hermanos atizaban el fuego y sus aliados le abandonaban; pero el monarca de Aragón creyó ya comprometida su autoridad en hacer obedecer a su hermano y le envió nuevos embajadores que le hiciesen entender su voluntad y abandonar a su decisión los negocios de Navarra. Y aunque hasta allí lo había repugnado mucho, porque así se desvanecían sus tratos con los condes de Fox, mal grado suyo al fin tuvo que rendirse y firmó a últimos del año 1457, en Zaragoza, el compromiso en que puso las diferencias todas con su hijo en manos del rey su hermano. Con esto cesó la guerra en Navarra, se dió libertad a los prisioneros, y después, a principios del año siguiente, revocó el rey D. Juan los procesos que tenía abiertos contra el príncipe y princesa, sus hijos, con la reserva de que si su hermano no daba sentencia en el término señalado, pudiese abrir otros nuevos; reserva inventada por el rencor y mala fe, a fin de que no le faltase nunca pretexto para perseguirlos.

Mas las esperanzas que el príncipe de Viana concibió de este tratado se desvanecieron todas con la muerte del rey de Aragón, que falleció en Nápoles en junio del año siguiente (1458). Conquistador de un reino, que supo hacer feliz con la prudencia de su gobierno; pacificador de la Italia, que le debió su sosiego; espléndido en su Corte, la más civilizada y culta de Europa; honrador y apreciador apasionado del saber; monarca paternal, buen amigo, hombre amable, rey, en fin, de los reyes de su tiempo, reunió todos los respetos, se concilió todas las voluntades, y a su muerte el sentimiento de los pueblos y de las

naciones fué universal. La Italia y la España perdieron a muy mala sazón un moderador que contenía con su respeto y su autoridad toda la ambición de los diversos partidos que las agitaban. Pero nadie perdió más que el príncipe de Viana; sus diferencias iban a ajustarse, y según el amor que le tenía el rey su tío, era de esperar que fuese muy a satisfacción suya la sentencia: la autoridad y poderío del juez arbitrador aseguraban la estabilidad del partido que iba a formarse, y cesaban al fin aquellos escandalosos debates que ni hacían honor a su carácter y moderación, ni eran favorecidos de la fortuna, ni podrían venir a parar en otro fin que en destruirle a él y destruir su miserable reino. ¿Cómo ya, sin nota de insensatez, ponerse a luchar con el poder del rey su padre, señor, por muerte de su hermano, de todos los Estados de Aragón? ¿Ni qué esperanzas fundar en la protección de su primo el heredero de Nápoles, cuyo poder e influjo eran ya tan inferiores?

Si el príncipe hubiera sido tan ambicioso como algunos quieren, ocasión se le presentó en la muerte de Alfonso, cuando mucha parte de los barones y nobles napolitanos se ofrecía a aclamarle rey suyo, no queriendo obedecer a D. Fernando, hijo natural del conquistador. Dicen que él daba oídos a estos tratos y que por no ver probabilidades de buen éxito se embarcó prontamente y se dirigió a Sicilia. Mas lo cierto es que nunca se rompió la buena armonía entre él y su primo, y que éste le pagó puntualmente mientras vivió la manda de doce mil ducados anuales que el rey difunto le dejó en su testamento.

El mismo amor y reverencia de los pueblos que se había granjeado en Nápoles por su moderación, mansedumbre, sabiduría y prudencia, le siguieron a Sicilia, donde se llevó también las voluntades de todos. Su padre, que conocía este atractivo de su persona, sabiendo las aclamaciones y el afecto de los sicilianos, hubiera entonces venido en cederle a Navarra y su independencia con tal de sacarle de la isla. Y ¿qué hacía él entretanto para dar motivo a estas sospechas odiosas? Declarar en Cortes del reino que su intención era volver a la obediencia y servicio de su padre; negarse a las repetidas instancias que se le hicieron para coronarle rey de Sicilia; castigar a tres sujetos principales que no quisieron hacerle homenaje en nombre del rey, y negarse a las gestiones de los barones de Nápoles, que otra vez le convidaban con aquel Estado. Ocupado, además, en leer los excelentes libros de los monjes benedictinos de San Plácido de Mecina, en escribir algunas obras en prosa y en verso y en corresponderse con los hombres eruditos y humanistas de su tiempo, no aspiraba sino a reposar de tantas agitaciones y torbellinos y volver al seno y amistad paternal.

Para esto exploró la voluntad del rey por medio de embajadores enviados por él a darle razón de su conducta y negociar la reconciliación. Fué contento el rey de que se viniese a España, y dió la vela desde Sicilia en una armada que se aprestó al efecto; pasó por Cerdeña (1459), donde tuvo las mismas aclamaciones y respetos, y arribó a Mallorca, donde se le aposentó en el palacio real, entregándole el cas-

tillo de la ciudad. No se hizo lo mismo con el de Belver, según se lo había ofrecido su padre, y esto le dió a entender que la indulgencia y amistad que le prometía eran inciertas y sospechosas. Escribióle, en fin, una carta, que todos los analistas copian, y cuya sustancia viene a ser reducirse a su obediencia, cederle lo que por él se mantenía en Navarra, pedirle con ahinco la libertad y el perdón de sus parciales, suplicarle que diese estado a su hermana doña Blanca y a él mismo, proponerle que pusiese por gobernador de Navarra un aragonés libre de toda pasión, quitando aquel encargo a doña Leonor, su hermana, y pedirle la restitución de su principado de Viana y ducado de Gandía, quedándose el rey con los castillos para más seguridad. Entre otras razones, le dice ésta, que pudiera ablandar a otro padre menos rencoroso y prevenido: «Y non tema ya usía de mí; ca dejadas las razones que Dios y naturaleza quieren, ya estoy tan farto de males y ausadas de mar, que me podeis bien creer.»

El rey condescendió con unos artículos, alteró otros y se negó a algunos, pero al fin el convenio se hizo (23 de enero de 1460): la parte de Navarra que obedecía al príncipe se entregó al rey, con poco gusto de los beamonteses, que se resistían a ello; el condestable y demás rehenes se pusieron en libertad, diéronseles sus bienes; al príncipe se le restituían las rentas de su Estado de Viana, y quedaba desterrado de los reinos de Navarra y de Sicilia, donde su padre no quería que estuviese. Era tal el ansia que tenía de concluir el ajuste, que hizo venir de Navarra a dos hijos natura-

les que tenía: D. Felipe y doña Ana de Navarra, y a la princesa doña Blanca, para que estuviesen al lado de su padre, cosa que ponía en gran sospecha a todos los suyos, que decían era entregarlos a sus enemigos para que completasen su perdición.

Hecho esto, dió la vela desde Mallorca y se vino a Cataluña; no había creído que para ponerse en manos de su padre debiese esperar su aviso; pero el rey llevó a mal esta determinación, como una ofensa hecha a su autoridad. Temíale dondequiera que estuviese; temía a la correspondencia que seguía en Sicilia y Nápoles, España y Francia; temía a aquel interés que inspiraban sus desgracias, al respeto que se granjeaban sus virtudes, a la seducción que llevaba en la amabilidad de su carácter y en la moderación de sus costumbres. El aspecto de estas bellas prendas, y el de las esperanzas que prometían, hacía en la imaginación de los pueblos una oposición terrible con los sentimientos que inspiraba el rey D. Juan, hombre de pocas virtudes o ninguna, ya anciano, gobernado por una mujer ambiciosa y arrogante, que, por lo mismo que era nacida particular, insultaba a los pueblos con la ostentación de su imperio y de su tiranía. Llegó a Barcelona, donde sus moradores quisieron recibirle en triunfo: él entró modestamente, pero no pudo negarse a las luminarias, a los vivas y a las diversiones que el contento de verle inspiraba. Tratáronle con la solemnidad de primogénito, y el rey se ofendió también de esto y ordenó que hasta que él le declarase por tal no se le diesen más honores que los debidos a cualquier infante hijo suyo. Quería el príncipe verse

a solas con su madrastra para terminar los puntos de diferencia; ella constantemente se negó, y en compañía del rey vino a verle a Barcelona, saliendo el príncipe a recibirlos hasta Igualada. Al encontrarse con ellos se postró a los pies de su padre, le besó la mano, le pidió perdón de todo lo pasado y su bendición; con el mismo respeto hizo reverencia a la reina, y correspondiéndole los dos con muestras de benevolencia y de amor, entraron juntos en Barcelona, que hizo en aquella ocasión muchos festejos públicos en demostración de su alegría.

Pero no se acaba tan presto rencor tan largo y cebado con tantos agravios, sobre todo de parte de los ofensores. El rey tenía ya apagado todo cariño hacia su hijo; entregado enteramente a su mujer, no veía sino por ella y para ella; la reina aborrecía personalmente al príncipe; el interés de su hijo le aconsejaba su pérdida, y su corazón, ardiente y perverso, no desdafiaba medio ninguno de conseguirla. ¿Qué acuerdo, pues, podía tomarse, ni qué concordia ajustarse que fuese estable y segura? Faltaba casar al príncipe y declararle los derechos y prerrogativas de primogénito y sucesor. El rey se negaba a lo último, a pesar de los ruegos que le hacían los Estados de Aragón y Cataluña, que creían ser éste el medio más seguro para afirmarse la paz y evitar nuevos disturbios. No estaba tan negado en cuanto a casarle; pero quería fuese con doña Catalina, hermana del rey de Portugal. Accedió el príncipe a este enlace, viendo que su padre le deseaba, aunque era más de su gusto y de su interés el de doña Isabel, hermana del rey de Castilla,

unión que estrecharía más los nudos de la larga alianza que había tenido en aquella Corte y de la protección que había hallado en ella. Mas los reyes de Aragón querían a Isabel para su hijo Fernando, y es preciso confesar que esta boda, por la edad igual de los dos príncipes, era más acertada que la de D. Carlos, el cual llevaba treinta años a doña Isabel. Todo entregado a este trato, el rey D. Juan descuidaba el casamiento del príncipe como una cosa de poca importancia, y repugnaba el declararle su sucesor como si fuera una injusticia.

En este tiempo, los grandes de Castilla, descontentos del gobierno de Enrique IV, conspiraron a reformarle, entrando en esta liga, a ruegos del almirante Enríquez, el rey de Aragón. Esperaba él, por favor de los descontentos, recobrar los muchos Estados que había perdido en aquel reino: miserable achaque de hombre no contentarse con tantos dominios y señoríos como tenía, y aspirar a revolver todavía el dominio ajeno para poseer lo que por sus turbulencias y agitaciones había perdido. Enrique IV y sus ministros, hábiles esta vez, creyeron conjurar la nube estrechando la confederación que tenía aquel rey con el príncipe de Viana y ofreciéndole la mano de la infanta doña Isabel. Enviaron a este fin un emisario que secretamente se lo propusiese, y el príncipe dió gustoso oído a este nuevo trato. Cuánta fuese su culpa o su imprudencia, o bien su razón y su derecho, en dar la mano a esta negociación, no es fácil determinarlo ahora; sería preciso para ello tener noticia de todos los chismes, de todas las palabras, de todas las acciones, indiferentes

en la apariencia, que, llevadas de una parte a otra y exageradas por la oposición, causan sospechas, incitan a venganza o a temor y hacen revivir los odios mal apagados. Lo cierto es que el príncipe, por la concordia, se había atado las manos y privado de todos los recursos, sin querer mas que las prerrogativas de primogénito y sucesor de su padre; y que el rey, retardando esta declaración, dilatando el darle estado y teniéndole alejado de sí y de su cariño, se mostraba más en disposición de favorecer los intentos de sus enemigos que de cimentarle en su gracia.

Celebrábase a la sazón Cortes de Cataluña en Lérida y de Aragón en Fraga. Los diputados de este reino habían pedido la jura del príncipe, sin poderla conseguir, cuando el almirante de Castilla, que llegó a averiguar el trato secreto que había entre su rey y el príncipe de Viana, dió aviso de todo a los reyes de Aragón. Dicen que D. Juan no quiso al principio dar asenso a esta noticia, y que fué menester para que la creyese que la reina se la confirmase, llorando y maldiciendo su fortuna. El consentimiento y aun el poder que había dado D. Carlos para ajustar su matrimonio con la infanta de Portugal pudo servir de fundamento a la incredulidad del rey. Viéndose, pues, engañado, y teniendo a traición las pláticas de su hijo, determinó arrestarle, y envió a llamarle a Lérida, donde entonces se hallaba celebrando las Cortes de Cataluña. Ibanse éstas a concluir, y el príncipe, viendo que no se trataba de jurarle en ellas sucesor del rey su padre, mostraba desesperación y abatimiento, como adivinando lo que iba a sucederle. Muchos de sus amigos

y consejeros le advertían que no fuese allá a ponerse en manos de sus encarnizados enemigos. Su médico desenfadadamente le decía: «Señor, si sois preso, sed cierto que sois muerto, porque vuestro padre no os prenderá sino para haceros matar; y aunque os hagan la salva, os darán un bocado con que os enviarán vuestro camino.» Unos opinaban que debía escaparse a Sicilia, otros a Castilla; todo era propósitos y proyectos; y él, constituido en extrema urgencia, avisaba a varios pueblos de Cataluña que le socorriesen con dinero. Al fin resolvióse a obedecer a su padre, fiado en el seguro que daban las Cortes. Llegó a Lérida, y al otro día, después de fenecidas, llamado por su padre, se presentó a él (2 de diciembre de 1460). Dióle el rey la mano y le besó, según costumbre de entonces, y al instante le mandó detener preso. A este terrible mandato, el príncipe se echó a sus pies, y le dijo: «¿Dónde está, ¡oh padre!, la fe que me disteis para que viniese a vos desde Mallorca? ¿Adónde la salvaguardia real que por derecho público gozan todos los que vienen a las Cortes? ¿Dónde la clemencia? ¿Qué significa ser admitido al beso de su padre y después ser hecho prisionero? Dios es testigo de que no emprendí ni imaginé cosa alguna contra vuestra persona. ¡Ah, señor!, no queráis tomar venganza contra vuestra carne ni mancharos las manos en mi sangre.» A éstas añadió otras razones, que el rey escuchó sin conmovirse, y fué entregado a los que estaba ordenada su custodia.

A la nueva imprevista de esta prisión, toda Lérida se alteró, como si de repente fuese asaltada de enemi-

gos. Atónitos al principio y pasmados, no sabían qué creer y qué juzgar, y pensaban si había alguna conspiración contra el rey; mas cuando fueron ciertos de lo que era y se dijeron los motivos y las circunstancias de aquella novedad, entonces los ánimos, vueltos a la conmiseración, empezaron casi a gritos a exaltar las virtudes del príncipe, a llorar su desgracia y a deprimir al padre inhumano que le perseguía. Los diputados de las Cortes de Cataluña se presentaron al rey, le recordaron el seguro que daban las Cortes, le pidieron que se les entregase la persona de Carlos; salían por fiadores de su seguridad y ofrecieron servir al rey con cien mil florines por esta condescendencia. Las Cortes de Aragón, que aun se tenían en Fraga, enviaron también una diputación reclamando la clemencia del padre para con el hijo y expresando el interés que todo el reino tomaba en su libertad y seguridad; pedían también que se les entregase el príncipe y ofrecían condescender con las demandas que el rey había hecho en ellas. Negóse ásperamente el monarca a todo concierto, y por suma gracia concedió a su hijo que le llevaría a Fraga desde Aytona, en donde le había puesto; pero para ello le hizo renunciar todas las libertades y fueros de Aragón, y le dió a entender que esto se lo concedía a ruegos de la reina, su madrastra.

Entre tanto mandó que se ordenase de nuevo el proceso que anteriormente había fulminado contra él. Imputábanle sus enemigos que quería matar a su padre, valido del auxilio que esperaba en los facciosos de todos los Estados que le obedecían; que tenía

concertado irse secretamente a Castilla, y para ello había venido a la frontera gente de este reino, y se hablaba de una carta del príncipe a Enrique IV, donde estaban las pruebas de su horrible conspiración. Mas no existiendo tal carta, inventada sólo por el rencor y la calumnia, apelaron los perseguidores a otras pruebas. Había sido preso al mismo tiempo que el príncipe su grande amigo y consejero don Juan de Beaumont, prior de Navarra, aquel que en la guerra civil defendió los intereses del príncipe con tanto heroísmo y constancia. Este fué llevado a la fortaleza de Azcón, tratado con rigor y preguntado acerca de los capítulos de acusación que se hacían contra su señor. Horrorizóse él al oír la inculpación de parricidio, y aunque declaró los diversos propósitos en que vacilaba el príncipe, atosigado de las sospechas y del peligro que le mostraban los procedimientos y el rigor de su padre, todos ellos eran dirigidos a la seguridad de su persona y ninguno al perjuicio del rey ni del Estado. Estas declaraciones no contentaban a la ira ni la apaciguaban, y el príncipe desde Aytona fué llevado por el rey a Zaragoza, luego a Miravet, y desde allí a Morella, donde al fin le creyó seguro, por la fortaleza de su situación.

Los catalanes, viendo desairadas las representaciones que sobre el caso habían hecho en Lérida las Cortes al rey, acordaron formar un Consejo de veintisiete personas, las cuales, juntas con los diputados de las Cortes, ordenasen todas las providencias y actos concernientes a este negocio, y enviaron al rey una diputación de doce comisarios, y al frente de

ellos al arzobispo de Tarragona. Este prelado pidió al rey que usase de clemencia; le representó los males que iba a causar su repulsa, lo extraño que aquel rigor parecería a los pueblos, todos persuadidos de la inocencia del príncipe, y le recordó la obligación en que estaba de mantener en ellos la paz en que se los habían dejado sus antecesores. Respondió el rey que las desobediencias de su hijo, y no odio o enojo particular que le tuviese, le habían precisado a prenderle; que el príncipe estaba continuamente poniendo asechanzas a su persona y Estado; que nada aborrecía mas que su vida; que había hecho liga con el rey de Castilla contra la corona, y, al decirlo, maldijo la hora en que lo engendró. Viendo los veintisiete el poco progreso que habían hecho estos embajadores, hicieron poner a toda Barcelona sobre las armas, y diputaron otras cuarenta y cinco personas, con un acompañamiento de caballos armados tan numeroso que más parecía ejército que Embajada. El abad de Ager, que iba al frente de ella, representó al rey que el principado pedía a voces la libertad de su hijo; que sólo con ella podían sosegar los pueblos, alterados con semejante novedad; que tuviese piedad del príncipe y de sí; y por si acaso fiaba en los socorros del conde de Fox y del rey de Francia, recordóle que los franceses habían llegado un tiempo hasta Gerona, y se volvieron vencidos, pocos y sin rey, a su país, y le amonestó, por fin, que no diese lugar con su tenacidad a los últimos extremos de la indignación pública. Esto era más bien una amenaza que una súplica, y el monarca, fiero y temoso por

carácter, contestó que él haría lo que la justicia y la obligación le mandaban, y amenazándoles, añadió: «Acordaos que la ira del rey es mensajera de muerte.»

En un dietario de la Diputación general del principado, que tengo a la vista, se dice que el rey no quiso aguardar en Lérida a estos últimos embajadores, y que, teniendo miedo a su acompañamiento, salió para Fraga, huyendo a pie, de noche y sin cenar. Otros hacen esta salida posterior, cuando, convertida la amenaza en amago, vió ya la llama de la sedición arder en toda Cataluña y la asonada de guerra retumbar en sus oídos.

Con efecto, no esperando ya remedio alguno de la sumisión ni de las representaciones, el principado apeló a las armas. A gran toque de trompetas se tremolaron sobre la puerta de la Diputación las banderas de San Jorge y la Real, se proclamó persecución y castigo contra los malos consejeros del rey, se mandaron armar veinticuatro galeras, se cerraron unas puertas de la ciudad, se puso presidio en otras, y los diputados y oidores se encerraron en la casa de la Diputación con propósito de no salir de allí hasta la conclusión de aquel gran negocio. Empezáronse a convocar y alistar gentes de armas y ballesterías, y los terribles gritos de *via jora somaten* resonaban por todas partes, encendiendo y exaltando los ánimos a la defensa de su príncipe. No habían podido contener esta agitación el maestro de Montesa y don Lope Jiménez de Urrea, enviados antes por el rey a este fin; el gobernador Galcerán de Requesens, a quien tenían por uno de los acusadores del prin-

cipe, huyó de Barcelona al acto de tremolar las banderas; pero fué preso en Molins del Rey, llevado a Barcelona y puesto en la Veguería. Los capitanes catalanes que estaban en Lérida salieron tendidas sus banderas y se dirigieron a Fraga, de donde el rey huyó a Zaragoza, y la villa y el castillo se rindieron a los malcontentos. En esta ocasión ya toda España estaba en armas en favor del príncipe. El rey de Castilla arrimó sus tropas a la frontera de Aragón amenazando; los beamonteses alzaron la frente en Navarra, y su caudillo el condestable, ansioso de vengar las injurias del príncipe y las de su familia, revolvió sobre Borja con mil lanzas castellanas; Zaragoza, alterada, pedía también a voces la libertad del primogénito de la corona, y el contagio cundiendo desde el centro hasta las extremidades, los mismos clamores se oían y el mismo daño amenazaba en Mallorca, Cerdeña y en Sicilia.

Triunfaba en su prisión el príncipe de Viana de sus viles enemigos, que, faltos de consejo, desnudos de recursos, no sabían qué partido tomar. No era entonces como después de la batalla de Aivar, cuando, socorrido de una facción y ayudado de sus fuerzas aragonesas, el rey oprimía la facción contraria y dictaba leyes a los vencidos; ahora todos los Estados del reino pedían a voces al prisionero, y la conmoción universal y los progresos que hacía la gente armada no dejaban respiro a la agonía ni lugar a la dilación. Cejó, en fin, y concedió la libertad al príncipe, dándosela como a ruegos de la reina su madrastra. Ella se hizo este honor en la carta que escribió a los dipu-

tados del principado de Cataluña, avisándoles que ya había recabado del rey la libertad de su hijo, y que ella misma iría a Morella para sacarle del castillo y llevarle a Barcelona. Así lo hizo, y el príncipe dió al instante parte de su libertad a Sicilia, a Cerdeña y a todos los príncipes sus amigos y confederados. La carta que en aquella ocasión escribió a los de Barcelona es la siguiente: «A los señores, buenos y verdaderos amigos míos, los diputados del principado de Cataluña: Señores, buenos y verdaderos amigos míos: Hoy a las tres de la tarde ha venido la señora reina, la cual me ha dado plena libertad; y ambos vamos a esa ciudad, donde personalmente os daremos las debidas gracias. Escrita de prisa en Morella el día 1.º de marzo.—El príncipe, que os desea todo bien, *Carlos.*»

Estas demostraciones no engañaban a nadie, y menos a la Diputación, que envió embajadores a recibir y encargarse de la persona del príncipe y a intimar a la reina que no llegase a Barcelona si quería evitar los escándalos que su presencia iba a ocasionar. Ella se quedó malcontenta en Villafranca del Panadés, y el príncipe siguió su camino y entró en Barcelona el día 12 de aquel mes a las cuatro de la mañana. Su entrada fué un triunfo más solemne que el que pudiera celebrarse por una gran victoria sobre los enemigos, y más apacible, siendo inspirado por la alegría y el amor general de todo un pueblo. Desde el puente de San Boy hasta la ciudad, todo el camino de una y otra banda estaba lleno de ballesteros y de gente armada a dos filas: salíanle también al encuen-

tro cuadrillas de niños, que armados puerilmente a la manera de los hombres, mostrando gozo por su libertad y venturosa venida, le saludaban gritando: «¡Carlos, primogénito de Aragón y de Sicilia, Dios te guardel!» Toda Barcelona salió a recibirle en sus diputados, eclesiásticos y nobles, no en congregación, sino cada cual por sí y a caballo, llevando así el concurso, no el aspecto de ceremonia, sino el de regocijo ingenuo y alegría. Las filas de hombres armados estaban tendidas alrededor de la muralla por donde había de pasar, y la Rambla guarnecida de más de cuatro mil menestrales armados también. Barcelona en aquel aparato manifestaba los esfuerzos que había hecho para conseguir tan buen día, y las grandes luminarias que encendió por la noche completaban la demostración de su contento.

Comenzóse después a negociar para sosegar los movimientos de guerra que por todas partes amenazaban. El rey de Castilla se hallaba en Navarra con un poderoso ejército, y ya había tomado a Viana y Lumbierre. Al rey de Aragón, a pesar de su poder, le faltaban fuerzas para acudir a aquel reino, pues no podía servirse de las de Cataluña, y los aragoneses no se prestaban gustosos a ser opresores de los navarros ni a intervenir en lo que no les importaba. Por tanto, necesitaba hacer la paz con prontitud. Las proposiciones que el príncipe hizo al rey no eran, seguramente, de hombre orgulloso y desvanecido con su victoria: pedía ser declarado primogénito y sucesor; gozar las prerrogativas de tal; que se pudiese en Navarra otro gobernador que la condesa de

Fox, dando este encargo a una persona de la corona de Aragón, y las plazas y castillos los tuviesen hombres del mismo reino por el rey hasta su muerte, quedando después la sucesión expedita al príncipe. También negociaba la reina desde Villafranca, pero los diputados que Barcelona le envió al efecto, quizá en odio de ella, hicieron unas proposiciones tan duras que más parecían escarnio que composición. Pedían que se declarasen válidos y firmes todos los actos hechos por ellos sobre la libertad del príncipe y en defensa de sus privilegios; que se pusiese al instante en libertad la persona de D. Juan de Beamonte; que fuesen declarados inhábiles y destituídos de los empleos todos los consejeros que tuvo el rey desde que fué hecha aquella prisión, sin que pudiesen ser habilitados jamás; que el príncipe fuese jurado primogénito y, como tal, sucesor de todos los reinos de su padre y gobernador de ellos; que la administración del principado y condados de Rosellón y Cerdeña fuese suya, con título de lugarteniente irrevocable; que el rey no entrase en el principado; que no interviniesen en el consejo del rey ni del príncipe sino catalanes; que en caso de morir don Carlos sin hijos fuese nombrado al mismo fin don Fernando, su hermano, con las mismas facultades: ofrecían heredarle allí, y al rey, si venía en estas condiciones, un don de doscientas mil libras. Pidieron también que nunca se pudiese proceder contra alguna de las personas reales y sus hijos sin intervención del principado de Cataluña o de los diputados y consejo de la ciudad de Barcelona. Y, por último, no

contentos con dar la ley en su casa, querían también ordenar las cosas de Navarra, y propusieron que la jurisdicción y fuerzas de este reino se encomendasen a aragoneses, catalanes y valencianos.

La reina, asombrada de tales pretensiones, no atreviéndose a concertar nada, se vino a Aragón a comunicárselas con el rey, y al instante dió la vuelta a Barcelona a dar en persona su contestación. Mas por segunda vez sufrió el desaire de que la diputación del principado le intimase que abandonase el intento de entrar en la ciudad. Sintió ella en gran manera estas demostraciones del odio que la tenían, y perseveraba en pasar adelante, cuando el príncipe tuvo que enviarle nuevos embajadores, excusándose de aquella necesidad, pero intimándola que no se acercase ni con cuatro leguas a Barcelona, y pidiéndola que declarase a estos mismos la voluntad del rey sobre los capítulos que se la propusieron en Villafranca. A este nuevo desabrimiento se añadió otro, que acabó de confirmarla en la inutilidad de sus gestiones sobre entrar en la capital. Pasó a Tarrasa con ánimo de detenerse allí a comer; pero los del lugar le cerraron las puertas, se alborotaron furiosos y tocaron las campanas a rebato, como si sobre ellos viniese una banda de malhechores o forajidos. Ella con esto hubo de pasar a Caldas, donde comunicó a los catalanes la resolución del rey.

¡Cosa verdaderamente extrañal Este monarca, tan temoso y tan fiero, vino en conceder al principado todos los artículos que se le propusieron, menos la jurisdicción real que se pedía para el sucesor y la

facultad de presidir y celebrar las Cortes; y aun ofrecía, a pesar de la vergüenza y humillación que le costaba, no entrar allí hasta que enteramente se sosegasen las diferencias; pero en lo que no quería consentir de modo alguno era en lo que se le pedía acerca del reino de Navarra, como si todo su honor y su gloria consistiesen en negarse a la condición más justa de las que se le proponían, que era restituir lo usurpado. De esto mostraron los embajadores tanto descontento, que ni aun quisieron oír el resto de las declaraciones que llevaba la reina. Ella, viendo su tenacidad, les dijo que sus poderes para ajustar la concordia eran amplios, y así, que la dejasen entrar en Barcelona, y en el término de tres días compondría las cosas al gusto de la Diputación. Volvieron los emisarios con esta respuesta; mas como en Barcelona se susurraba que había en la ciudad quien tenía inteligencia con la reina, fué tal el tumulto del pueblo y tan grande su movimiento para salir contra ella, que tuvo que volverse a Martorell y desde allí pasar a Villafranca.

En esta villa se firmó, al fin, por la reina el convenio, cuyas condiciones principales eran que el príncipe fuese lugarteniente general irrevocable del rey en Cataluña, y que su padre se abstendría de entrar en ella. Esta nueva causó gran regocijo en Barcelona, que hizo procesiones, luminarias y toda clase de funciones para celebrarla. El príncipe juró solemnemente conservar las constituciones del principado, los usos de Barcelona y las demás libertades de la tierra; armó en aquel punto caballeros a varios ciudadanos,

y salió de la iglesia paseando por las calles con estoque delante de sí, como correspondía a su dignidad, y seguido de las aclamaciones y aplausos de todo el pueblo.

Este nuevo poder no fué empleado en perseguir y destruir a los que en el proceso de todo aquel gran negocio habían sido contra él. Galcerán de Requesens, antes gobernador de Cataluña, acusado de muchos crímenes y grandes daños hechos a las libertades de la provincia y creído uno de los instigadores del rey contra su hijo, no sufrió otra pena que la del destierro. De los demás que tenía por sospechosos y poco afectos a su partido se contentó con enviar una lista a la Diputación, rogándola que no eligiesen a ninguno de ellos en adelante por diputados ni oidores. Un día salió de Barcelona a perseguir en Villafranca a un revoltoso, y llegado allá le perdonó.

Mas a pesar de la concordia hecha, como su situación era violenta y su padre había venido en aquel ajuste a más no poder, la desconfianza de los dos partidos seguía siendo la misma. Los catalanes, para empeñar más su acción, hicieron al príncipe juramento de fidelidad como a primogénito en 30 de julio. Este acto se celebró solemnemente en la sala del palacio mayor. Cuando trató de leerse la fórmula, no permitió el príncipe que se leyese, diciendo que ya sabía él que aquella ciudad y sus regidores eran tales que no harían mas que lo debido, así como sus antepasados lo tenían de costumbre; y cuando los síndicos nombrados, después de prestar el juramento, fueron a besarle la mano, él con el rostro afable y palabras

cortesés los hizo levantar, alzándose de su sitio, inclinándose a ellos y poniéndoles las manos sobre los hombros. Toda su confianza la tenía puesta en Castilla; pero su rey era de un carácter tan débil, que en esta parte no podía afianzar más seguridad que la que hubiese en los intereses del marqués de Villena, que absolutamente le gobernaba. El partido castellano del rey de Aragón, a cuyo frente estaban el almirante y el arzobispo de Toledo, procuraba hacer suyo al marqués, y ponía ya en balanzas los conciertos que después de libre el príncipe se habían seguido sobre su casamiento con la infanta doña Isabel. Demás que el rey de Castilla, cansado de lo poco que adelantaba en Navarra, trataba de volverse a su reino y dejar aquella empresa. En esta incertidumbre, D. Carlos y el principado enviaron al rey de Aragón una solemne Embajada para que confirmase de nuevo la concordia ajustada con la reina, y después pasase a Castilla a concluir el concierto de matrimonio.

El rey, que aborrecía este enlace más que la muerte, detuvo a los embajadores bajo pretexto de que no era decente seguir en aquel concierto mientras el rey de Castilla tenía una guerra tan furiosa contra él. Envió, además, a Cataluña al protonotario Antonio Nogueras, el hombre de su mayor confianza, para que diese la causa de esta detención. Llegó, y presentado ante el príncipe, éste, después de haber recibido su salutación, sin dejarle comenzar su mensaje y saliendo por entonces de su moderación y mansedumbre acostumbrada, le dijo: «Maravillado estoy, Nogueras, de dos cosas: una, de que el rey mi señor

no haya escogido persona más grata que vos para enviarme, y otra, de que vos hayáis tenido osadía de poneros en mi presencia. ¿No os acordáis ya de que estando preso en Zaragoza tuvisteis el atrevimiento de venir con papel y tinta a examinarme y a entender por vos mismo que yo depusiese sobre las maldades que entonces me fueron levantadas? Quiero que sepáis que jamás me acuerdo de este paso sin dejarme arrebatado de la ira, y sed cierto que si no fuera por guardar reverencia al rey mi señor, de cuya parte venís, yo os hiciera salir sin la lengua con que me preguntasteis y sin la mano con que lo escribisteis. No me pongáis, pues, en tentación de más enojo; yo os ruego y mando que os vayáis de aquí, porque mis ojos se alteran al ver un hombre que tales maldades pudo levantarme.» Quería responder Noguerras para satisfacerle, y él le dijo: «Idos, vuelvo a decir, y no sopléis el carbón que está ardiendo.» Salióse el enviado aquel mismo día de Barcelona; pero a ruego de los diputados permitió que volviese a entrar en ella y les dijese su embajada, sin consentir que se pusiese otra vez en su presencia.

Sintióse mucho el rey de este caso, y el príncipe no estaba menos indignado de la oposición que su padre ponía a sus designios. Sus quejas resonaban en España, en Francia y en Italia, al mismo paso que su poder y su dignidad eran respetados de muchos potentados de Europa, que ya se correspondían con él como con un soberano. A pesar de esto, siempre se temía de las intrigas de su padre y su madrastra, que ya tenían casi vuelto a su favor al rey de

Castilla, y tentaban la fidelidad y resfriaban el celo de muchos señores principales de Cataluña, que trataban de reducirse a su obediencia. En este conflicto buscó el socorro del rey de Francia Luis XI, que acababa de suceder a su padre y con quien había tenido alianza mientras era delfín. Quería que le ayudase a cobrar su reino de Navarra contra su padre y el conde de Fox, principal promovedor de los disturbios de aquel país, y le decía que pues Dios le había constituido en tan alto lugar, le ayudase como deudo suyo, por ser su primo y como mayor cabeza, por el reino que tenía y descender los dos de una cepa; y decía que casaría con una hermana de aquel rey, ofreciendo también unir a su hermana doña Blanca con Filiberto, conde de Ginebra, príncipe heredero de Saboya y sobrino del rey Luis. Con estos enlaces y confederación pensaba él recuperar su dominio de Navarra y suplir la fuerza que perdía en la deserción del rey de Castilla.

Pero el desenlace de esta tragedia llegaba por momentos. La salud del príncipe, que no había gozado día bueno desde que salió de la prisión de Morella, acabó de arruinarse con los cuidados e incertidumbre en que todavía veía su suerte, y adoleciendo gravemente a mediados de septiembre (1461), falleció en 23 del mismo mes. Asistieron a su enfermedad los consellers de Barcelona, y conociendo que ya se acercaba su último momento, les dijo: «Mi proceso va a publicarse.» Después recibió los auxilios de la Iglesia, y pidió perdón a todos de las molestias y afanes que les había causado, con una mansedum-

bre y dulzura tal, que prorrumpieron en lágrimas; de allí a poco expiró entre las tres y las cuatro de la mañana. Moviése gran duelo en Barcelona, por el amor que le tenían y las esperanzas que en él se malograban; y en sus exequias, que fueron celebradas con toda la pompa y majestad dignas de un rey, lo más hermoso y solemne fué el llanto y sentimiento universal que en aquel concurso inmenso sobresalían. Su cuerpo estuvo muchos años en el presbiterio de la catedral, hasta que el rey su padre lo mandó llevar a Poblet, donde yace en una arca cubierta de terciopelo negro, en el mismo panteón de los duques de Segorbe.

El fanatismo, y quizá la política de los catalanes, quisieron hacer de él un santo, y se empezaron a publicar al instante milagros que Dios había hecho por su intercesión. Pero sin recurrir a estos medios, que hoy día la razón y la circunspección desechan igualmente, se puede decir que en él se perdió el príncipe más cabal que entonces se conocía. Su padre, don Juan II de Aragón, fuera de sus talentos militares, no puede ser considerado sino como un hombre faccioso y turbulento, que ni de particular ni de rey tuvo ni dió sosiego; Enrique de Castilla era un imbécil; Luis XI, un déspota capcioso y sanguinario; Fernando de Nápoles, otro político suspicaz, pérfido y malquistado; Alfonso de Portugal, inquieto, ambicioso y desgraciado, es sólo conocido por sus tristes y malogradas pretensiones sobre Castilla. El emperador de Alemania, Federico III, débil, supersticioso, indolente y avaro, fué el desprecio universal de Italia

y Alemania. Todos ellos, a excepción de Fernando, rudos y bárbaros: todos reinaron, y aquel que recibió de sus mayores la mejor educación; que, criado en costumbres pacíficas, se dió al estudio, no para pasar el tiempo vana y ociosamente, sino para instruirse en aquella parte de la sabiduría sin la cual los Estados no pueden ser bien fundados ni instituídos; aquel que en los nueve años de su gobierno en Navarra hizo la prueba de su moderación y de su justicia; aquel a quien los votos, los aplausos y las aclamaciones de todos los pueblos que le conocían le llamaban al mando y al gobierno, éste acabó desgraciadamente, luchando por su existencia, aborrecido y perseguido de su padre y despojado de lo que era suyo.

Tenía cuarenta años cumplidos cuando murió. Estuvo casado con Ana de Cleves, la cual falleció sin darle sucesión en 1445; de sus tratos y amores con otras mujeres tuvo después a D. Felipe de Navarra, conde de Beaufort, en doña Brianda Vaca; a doña Ana, en doña María Armendáriz, y a don Juan Alonso, en una siciliana de clase humilde, pero de extremada hermosura. Fué de estatura algo más que mediana; su rostro era flaco; su ademán, grave, y su fisonomía, melancólica. Su madre, para enseñarle a ser liberal, le hacía distribuir diariamente, cuando era niño, algunos escudos de oro, y su magnificencia y su generosidad cuando joven y hombre hecho correspondieron a este cuidado. El estudio fué el consuelo que tuvo en la adversidad y el compañero y amigo de su soledad y retiro. La lectura de los autores clásicos, la composición de algunas obras

en prosa y verso, y la correspondencia con los hombres sabios de su tiempo llenaban aquellas horas que en otros príncipes hubieran sido de aflicción y de amargura o de crápula y disipación. Entre los hombres de letras con quienes se correspondía, el principal en su estimación fué el célebre Ausías March, príncipe de los trovadores de su tiempo. Duraba aún en Sicilia cien años después, cuando el analista Zurita pasó por allí, la memoria de las ocupaciones del príncipe y de su afición a los libros. Escribió una historia de los reyes de Navarra, tradujo la filosofía moral de Aristóteles y compuso muchas trovas, que solía cantar a la vihuela con gracia y expresión. Deleitábase mucho con la música, y tenía particular talento para todas las artes, especialmente para la pintura. Traía por divisa dos sabuesos muy bravos, que sobre un hueso reñían entre sí: emblema de la porfía que los dos reyes de Francia y Castilla tenían por el reino de Navarra, que con sus contiendas tenían ya casi consumido. Su condición y costumbres fueron las que se han pintado en el curso de esta relación, no amancillada por la parcialidad y la envidia, sino tal cual resulta de los hechos que las Memorias del tiempo nos han transmitido. Hasta los historiadores, que en la mayor parte son del partido que vence y han querido dar a su carácter algunos visos de ambición y rebeldía, no pueden dejar de confesar aquel atractivo que la reunión de los talentos, de las virtudes, de la discreción y de la liberalidad ponía en su persona y arrastraba tras de sí la afición de los hombres y de los pueblos. Al contemplarlas se ve la razón con

que el severo Mariana, acabando de pintarle, dice: «Mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre más manso.»

Cuando sus amigos le vieron cercano a morir quisieron todavía ser fieles a su memoria y no obedecer sino a su sangre; para esto le aconsejaron que celebrase su casamiento con doña Brianda Vaca y legitimase al hijo que de ella había tenido, D. Felipe. El no lo consintió, ya fuese por no dar ocasión a más disturbios, ya por no contemplar digna a aquella mujer del honor a que se la quería elevar. Poco satisfecho de su conducta, habíala poco antes apartado de su hijo, encomendándole al celo de un caballero de Barcelona llamado Bernardo Zapila, y a ella la puso bajo la guarda de D. Hugo de Cardona, señor de Bellpuig.

Al punto que su padre tuvo noticia de su muerte, hizo jurar heredero del reino de Aragón a su hijo don Fernando, y la reina le llevó a Cataluña para que el principado le hiciese el mismo homenaje, según estaba sentado en los artículos de Villafranca. No se negaron los catalanes a este acto, pero resistieron constantemente la entrada del rey, a quien aborrecían. La reina, o por ceremonia o por complacencia, fué a ver con sus damas la capilla donde estaba el cadáver del príncipe, y llegando a él hizo encima una cruz y la besó. Si el príncipe hubiera hecho milagros, como sus parciales querían, debió entonces con alguna demostración repeler de sí aquel obsequio, que, por quien le daba y al tiempo que se hacía, era un verdadero y escandaloso sacrilegio. A pocos días después

falleció su repostero, y se comenzó a decir que su muerte venía de ciertas píldoras que había gustado de las que se sirvieron al príncipe en el castillo de Morella. La reina dió licencia para que le abriesen, y se le hallaron los pulmones podridos, como se habían encontrado los del príncipe. Estas señales, unidas a la sospecha que antes ya habían levantado los furores de la madrastra y sus condescendencias después que logró la libertad, irritaron los ánimos de tal modo, que de allí a poco tiempo los catalanes, apellidando a su rey parricida y enemigo de la patria, le alzaron el juramento de fidelidad y se pusieron en rebelión abierta contra él. Diéronse primero al rey de Castilla, que, aunque al principio oyó gratamente su oferta, al cabo se negó a ella o por moderación o por flaqueza. Llamaron después a D. Pedro, infante de Portugal, a quien aclamaron rey de Aragón y conde de Barcelona, y éste murió de venenc. Trataron a su muerte de constituirse en república, pero prevaleció la idea de traer socorros de fuera, y llamaron a Renato de Anjou, que, aunque viejo y cascado, vino a apoderarse de aquella dignidad con muchos franceses que trajo. Su muerte, acaecida de calenturas en lo más próspero de sus sucesos, destruyó las esperanzas de los catalanes, los cuales, después de una vigorosa resistencia, vinieron al cabo a la obediencia del rey D. Juan, bajo condiciones muy favorables. De este modo los estragos y los escándalos siguieron en Cataluña diez años después, y las muertes que esta guerra civil ocasionó fueron otras tantas víctimas que los catalanes consagra-

ron a la memoria infausta del príncipe que fué su ídolo.

Los cronistas antiguos de Castilla aseguran que murió de perlesía, y que la acusación de veneno es una fábula como la de los milagros y la de la aparición del alma del muerto pidiendo venganza contra su madrastra, que dicen ellos fueron inventadas para alterar los pueblos y fomentar la sedición. En acusación tan grave no puede afirmarse nada sin una circunspección prudente; pero estos cronistas eran pagados por el rey Fernando el Católico, que fué el que sacó partido de la ruina de Carlos; por otra parte, el rencor de la reina, la ambición de que reinase su hijo, el enojo del padre, la rabia de tener que soltarle de la prisión a los clamores de los pueblos indignados, el no haber tenido día ninguno bueno en su salud después que salió del castillo de Morella, la costumbre que aquel tiempo hacía de esta alevosía infame, la muerte del repostero, igual a la de su amo, todas son circunstancias que inclinan mucho a creer la acusación; y si a ellas se añade la manera bárbara con que el rey trató a la princesa doña Blanca, su hermana, toman el carácter de una evidencia casi completa.

Tenía esta desdichada contra sí parecerse mucho a D. Carlos, haber seguido siempre su suerte y ser legítima señora del reino de Navarra después de sus días. Háblala envuelto el rey su padre en la misma proscripción del príncipe, y las condiciones con que el conde de Fox vino de Francia a ayudarle en su guerra de Cataluña eran que Blanca había de renun-

ciar el derecho de sucesión, o hacerse religiosa, o ser entregada en poder del conde. Después de la muerte de su hermano la había el rey tenido custodiada en diversas fortalezas, por que no cayese en poder de los beamonteses; mas cuando ya se resolvió a cumplir su inhumano concierto, le anunció que se preparase a pasar los montes con él, para ir a ver al rey de Francia y casarla con el duque de Berri, su hermano. Ella respondió que no quería ser homicida de sí misma, y que de ningún modo iría. Sus lágrimas y sus ruegos, en vez de ablandar aquel corazón de fiera, no hicieron mas que endurecerle, y al fin mandó que la llevasen por fuerza, doblándola las guardias. Para más asegurarla dió el encargo de su persona a Pedro de Peralta, el agramontés más acérrimo y más duro. Este la condujo a Marcilla y la aposentó en su misma casa. Dícese que allí la desventurada le pidió «que se compadeciese, como caballero, de una dama, la más afligida y desamparada que se vió jamás; y como buen vasallo, de la hija de su reina doña Blanca y nieta de D. Carlos, a quien él y su familia habían debido su exaltación; que su padre llevaría a bien esta resolución cuando la mirase con ojos serenos; que no la sacase de su casa y no la llevase a Bearne, adonde la acabarían, como en España habían hecho con su hermano». Aquel hombre bárbaro la arrancó con violencia de allí y la llevó al convento de Roncesvalles, donde ella tuvo forma de engañar a sus guardias y de hacer una renunciación de su derecho en favor del rey de Castilla o el conde de Armefiac, y declarando ser nulas cualesquiera renunciaciones que se viesen de

ella en favor de su hermana la condesa de Fox o del príncipe D. Fernando, porque serían arrancadas por la violencia y el miedo. Sabiendo después que iba a ser puesta en poder de sus enemigos y que se trataba no sólo de la sucesión, sino de la vida, volvió a privar solemnemente de su herencia a sus hermanos, e hizo donación de sus Estados de Navarra y demás que le pertenecían al rey D. Enrique IV de Castilla, pidiéndole «que la librase o vengase las desgracias suyas y de su hermano, y se acordase de su amor y unión antiguos, que, aunque desgraciados, al fin habían sido como de marido y mujer. En San Juan de Pie del Puerto la entregaron, en nombre de los condes de Fox, al capital de Buch, el cual la llevó al castillo de Ortez, donde a poco tiempo fué envenenada de orden de su hermana, y murió en 2 de diciembre de 1464. Así el camino del trono fué allanado a la iniquidad ambiciosa: por premio de un fratricidio, la condesa de Fox reinó en Navarra; el hijo de doña Juana Enríquez fué monarca de Aragón, de Sicilia y de Castilla, y si sus grandes talentos y la prosperidad brillante de su reinado templaron algún tanto el horror de tantos crímenes, no le han desvanecido enteramente todavía.

APENDICES

APENDICES A LA VIDA DEL CID

Los autores que principalmente se han seguido en esta narración son Sandoval en sus *Cinco Reyes*, y Risco en la historia que ha publicado del Cid. Estos dos escritores han dado a los hechos del héroe burgalés más verisimilitud, más conexión y concierto con la historia general del tiempo y con la cronología. No ignoro las dudas y objeciones que Masdéu ha acumulado en el tomo XX de su *Historia crítica de España*, así sobre la existencia del códice donde está el antiguo manuscrito producido por Risco, como también sobre la del Cid mismo; pero a veces no se prueba nada por querer probar demasiado. El códice estaba extraviado al tiempo que Masdéu se hallaba en León; después ha parecido, y me consta que en julio del año de 1806 se hallaba en la biblioteca del real convento de San Isidro de aquella ciudad, donde Risco le halló. Los caracteres con que está escrita la vida del Cid, de cuyas primeras líneas he visto una copia exacta, manifiestan, según el dictamen de inteligentes, ser del siglo XII o principios del XIII. Mas, dejando estos puntos de controversia a la pluma encargada de defender la buena memoria de Risco, yo me contentaré con decir que Rodrigo Díaz es un personaje muy principal de nuestra historia y que he debido escribir su vida según las relaciones más probables.

Doce años después de la publicación de estas Vidas salió a luz la *Historia de la dominación de los árabes en España*, extractada de diferentes autores árabes por el difunto D. José Antonio Conde; y aunque en muchos de los sucesos particulares no convengan sus relaciones con las de nuestros autores, en la existencia, sin embargo, de *Ruderik el Cambitur*, como ellos le llaman, en sus alianzas con algunos régulos moros, en sus correrías contra otros, en el temor que inspiraba a los almoravides, y en la conquista de Valencia, están acordes los escritores árabes con los españoles. Nueva prueba que destruye las cavilaciones escépticas de Masdén. (Véanse los capítulos 18, 21 y 22 del tomo II de Conde.)

Otra prueba más incontestable es el privilegio concedido por D. Alonso VI a Rodrigo Díaz, para todas sus heredades y benfetrías de Vivar y demás partes, dándole ciertas exenciones y franquezas, fecho a 28 de julio de 1075. Existe en el real archivo de Simancas, y ha sido publicado en el tomo V de la *Colección de privilegios y fueros*, dada a luz por D. Tomás González en 1830.

I

Linaje de Rodrigo Díaz, y sumario de sus hechos, que se hallan en el tumbo negro de la iglesia de Santiago, escritos en la era 1301, según Sandoval, *Cinco Reyes*, fol. 56.

Este es el linaje de Rodrio Diaz el Campiador, que decían mio Cid, como vino dereitamente del linaje de Lain Caluo, que fo compainero de Nueño Rasuera, et foron amos iuices de Castiella. De linaje de Nueño Rasuera vino el emperador. De linaje de Lain Caluo vino mio Cid el Campiador. Lain Caluo hobo dos fillos, Ferrant Lainez et Bermut Lainez. Ferrant Lainez hobo fillo Rodric Bermudez, e Rodric Bermudez hobo fillo a Ferrant Rodriguez. Ferrant Rodriguez hobo fillo a Pedro Ferrandiz, et una filla que hobo nombre doña Elo. Nueño Lainez prisó mui-

ller a doña Elo, et hobo en ella á Lain Lueñez. Lain Lueñez hobo fillo á Diego Lainez, el padre de Rodric Diaz el Campiador. Diaz Lainez prisó muller filla de Roy Alvarez de Astúrias, et fui muy bono home et muy rico home, é hobo en ella á Rodric Diaz. Cuando morió Diaz Lainez, el padre de Rodric Diaz, prisó el rey D. Sancho de Castiella á Rodric Diaz, é criólo, é fizole caballeiro, et fo con él en Zaragoza. Cuando se combatió el rey D. Sancho con el rey D. Ramiro en Grados non hobo mejor caballeiro que Rodric Diaz, é vino el rey D. Sancho á Castiella, é amólo muito, é dióle su alferecia, é fo muy buen caballeiro. Et quando se combatió el rey D. Sancho con el rey D. García en Santarem, non hobo y mejor caballeiro de Rodric Diaz, é seguró su seinnor, que le llevaban priso é prisó Rodric Diaz al rey D. García con ses homes. Et quando se combatió el rey D. Sancho con el rey D. Alfons su hermano en Volpellerá, prop de Carrion, non ya hobo millor caballeiro que Rodric Diaz. Et quando cercó el rey D. Sancho su hermana en Zamora, ay allí desbarató Rodric Diaz gran compaña de caballeiros, et prisó muitos de illos. Et quando mató Heli el Alfons al rey D. Sancho a traicion, encalzó Rodric Diaz entro, á que lo metió por la puerta de la ciudad de Zamora, et le dió una lanzada, pues combatió Rodric Diaz por su seinnor el rey don Alfons con Ximenez Garceis de Torreillolaf, que era muy buen caballeiro, et matólo. Pues lo getó de tierra el rey D. Alfons á Rodric Diaz á tuerto, así que non lo mereció, et fo mesturado con el rey, et egió de su tierra. E pues pasó Rodric Diaz por grandes trabajos et per grandes aventuras. E pues se combatió en Tebar con el conde de Barcelona, que había grandes poderes, é venciólo Rodric Diaz, é prisol con gran compaña de caballeiros et de ricos homes; et por gran bondad que había mio Cid, soltóles todos. Y en pues cercó mio Cid Valencia, é hizo muitas batallas sobre ella, é venciólas. Plegáronse grandes poderes de aquent mar et da aillen mar, et vinieron á con-

querir Valencia, que tenía mio Cid cercada, et hobo y catorce reyes: la otra gent non había conto; et lidió mio Cid con ellos, et venciólos todos, et prisó Valencia. Morió mio Cid en Valencia, Dios aya su alma, era mil ciento treinta y siete, el mes de mayo, et leváronlo sus caballeiros de Valencia á soterrar á Sant Pedro de Cardeña, prop de Burgos. El mio Cid hobo moiller doña Ximena, nieta del rey D. Alfons, hija del conde D. Diego de Astúrias, é hobo en eilla un fillo et dos fillas. El fillo hobo nome Diego Roiz, et matáronlo moros en Consuegra. Estas dos fillas, la una hobo nome donna Cristiana, la otra donna María. Casó donna Cristiana con el infant D. Ramiro. Casó donna María con el conde de Barcelona. L'infant D. Ramiro hobo en su moiller, la fija del mio Cid, al rey D. García de Navarra, que dijeron D. García Ramirez. Et el rey D. García hobo en su moiller la reina donna Margerina al rey D. Sancho de Navarra, á quien Dios dé vida honrada.

I I

Provisión del emperador Carlos V al monasterio de Cardeña, con motivo de la traslación que se había hecho de los cuerpos del Cid y doña Jimena.

EL REY.—Venerable abad, monjes y convento de San Pedro de Cardeña. Ya sabéis cómo nos mandamos dar y dimos una nuestra cédula para vosotros del tenor siguiente:—**EL REY.**—Concejo, justicia y regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la ciudad de Burgos: Ha sido hecha relación, que bien sabíamos, y á todos es notorio, la fama, nobleza é hazañas del Cid, de cuyo valor á toda España redundó honra, en especial á aquella ciudad donde fué vecino y tuvo origen y naturaleza; y que así los naturales de estos reinos como los extranjeros de ellos que pasan por la dicha ciudad, de las principales cosas que quieren ver en ella es su sepulcro y

lugar donde él y sus parientes están enterrados, por su grandeza é antigüedad; é que había treinta o cuarenta días que vosotros, no teniendo consideración a lo susodicho, ni mirando á que el Cid es nuestro progenitor, y los bienes que dejó á esa casa, y la autoridad que del estar él ahí enterrado se sigue al dicho monasterio, habéis desechado y quitado su sepultura de en medio de la capilla mayor, donde ha más de cuatrocientos años que estaba, y le habéis puesto cerca de una escalera y lugar no decente, y muy diverso en autoridad y honra del lugar y honra que es fama. También habéis quitado de con él á doña Ximena Díaz, su mujer, y puéstola en la calostrá del dicho monasterio, muy diferente de como estaba. Lo cual aquella ciudad, así por lo que toca á nuestro servicio como por la honra de ella, ha sentido mucho; y que como quiera que luego se supo, fueron á ese monasterio el corregidor é tres regidores de ella á procurar con vosotros que restituyésedes los dichos cuerpos al lugar en que solían estar, no lo habéis querido hacer; y que si esto así pasase, la dicha ciudad se tenía por muy agraviada; allende de que es cosa de mal ejemplo para monasterios é religiosos, que viendo la facilidad con que se muda la sepultura de una tan famosa persona, tomarán el atrevimiento de alterar y mudar cualesquier sepulturas y memorias, de que se seguirá mucho daño á nuestros reinos; suplicándonos y pidiéndonos por merced fuésemos servidos de mandar que restituyésedes los cuerpos del Cid y su mujer en la sepultura, lugar é forma que antes estaban. E porque habiendo sido el Cid persona tan señalada como está dicho, y de quien la corona real de Castilla recibió tan grandes y notables servicios como es notorio, estamos maravillados de cómo habéis hecho esta mudanza en sus sepulturas; vos mandamos que si es así que los dichos cuerpos ó sus enterramientos están mudados, luego que ésta recibáis los volváis al lugar y de la forma y manera que estaban; y en caso que no estuvieren mudados, no los mudéis ni toquéis

en ellos agora ni en ningún tiempo; y habiendo cumplido primero con lo susodicho, si alguna causa ó razón tenéis para hacer la dicha mudanza, enviarnos heis relaciones de ello y de cómo volvisteis los dichos cuerpos y sepulturas á su primero lugar dentro de cuarenta días, para que lo mandemos ver y proveer en ello lo que más convenga. Fecha en Madrid, á ocho días del mes de julio de mil quinientos y cuarenta y un años.—*Joannis Cardinalis*.—Por mandato de Su Majestad, el gobernador en su nombre, *Pedro de Cobos*. (Berganza, *Antigüedades de España*, tomo I.)

I I I

Elegía árabe sobre la ruina de Valencia en tiempo del Cid, traducida en castellano, según se halla en la *Crónica general*, folio 329.

Valencia, Valencia, vinieron sobre ti muchos quebrantos, é estás en hora de morir; pues si ventura fuere que tu escapes, esto será gran maravilla á quien quier que te viere.—E si Dios fizo merced á algún lugar, tenga por bien de lo facer á ti, ca fuese nombrada alegría é solaz en que tódos los mozos folgaban, é habien sabor é placer.—E si Dios quisier que de todo en todo te hayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados é por los tus grandes atrevimientos que hobiste con tu soberbia.—Las primeras cuatro piedras, caudales sobre que tú fuese formada, quiérense ayuntar por facer gran duelo por ti, é non pueden.—El tu muy noble muro, que sobre estas cuatro piedras fué levantado, ya se estremece todo, é quiere caer, ca perdido ha la fuerza que habie.—Las tus muy altas torres é muy fermosas, que de lejos parescien é confortaban los corazones del pueblo, poco á poco se van cayendo.—Las tus brancas almenas, que de lejos muy bien relumbraban, perdido han la su lealtad con que bien parescien al rayo del sol.—El tu muy noble río caudal Guadalaviar, con todas las otras aguas de que te tú muy bien ser-

vies, salido es de madre, é va onde non debe.—Las tus acequias muy cralas, de gente mucho aprovechosas, retornaron torbias; é con la mengua de las limpiar van llenas de muy gran cieno.—Las tus muy nobres é viciosas huertas que en derredor de ti son, el lobo rabioso les cavó las raíces, é non pueden dar fructo.—Los tus muy nobres prados en que muy fermosas flores é muchas habie, con que tomaba el tu pueblo muy grande alegría, todos son ya secos.—El muy noble puerto de mar de que tú tomabas muy grande honra, ya es menguado de las noblezas que por él te solien venir á menudo.—El tu gran término, de que te tú llamabas señora, los fuegos lo han quemado, é á ti llegan los grandes fumos.—A la tu gran enfermedad non le puedo fallar melecina, é los fisicos son ya desesperados de te nunca poder sanar.—Valencia, Valencia, todas estas cosas que te he dichas de ti, con gran quebranto que yo tengo en el mi corazon las dixé é las razoné.—Ya quiero departir en la mi voluntad que me lo non sepa ninguno, si non quando fuere menester de lo departir.

APENDICES A LA VIDA DE GUZMAN EL BUENO

I

Se han omitido de propósito en esta *Vida* dos sucesos que, aunque creídos comúnmente por los cronistas de la casa de Medina Sidonia y por los historiadores, parecen hijos del amor a lo maravilloso que siempre reina en los siglos de ignorancia. Para que el lector pueda formar juicio, he creído debía hacer mención de ellos en este lugar.

El primero es el combate con la sierpe. Dícese que, al tiempo en que ya reinaba Aben Jacob, una sierpe, dejando la selva donde hasta entonces se había ocultado, se vino a las cercanías de Fez y empezó a infestar los caminos, devorando los ganados y asaltando y despedazando a los hombres. Su grandeza era monstruosa; su piel, cubierta de conchas durísimas, era impenetrable al acero, y las alas que tenía la hacían más ligera que un caballo. Nadie se atrevía a atacarla, y el envidioso Amir aconsejaba a su primo el rey que mandase a Guzmán ir contra ella a ver si perecía en la demanda. No quiso Aben Jacob dar la orden; pero Guzmán, noticioso del consejo, salió una mañana con sus armas y caballo, acompañado de solo un escudero desarmado, y se dirigió al sitio donde el monstruo hacía sus estragos. Al acercarse encontró con algunos hombres que huían espantados, y de ellos supo que la sierpe no lejos de allí reñía con un

león. Guzmán los hizo volver, y llegando al sitio, vió la lucha de las fieras, y que el león herido se defendía a saltos de los ataques de su enemigo. El héroe acometió con su lanza a la sierpe, que le salió a recibir con la boca abierta, y por ella entró la lanza hasta las entrañas. En esto el león, más atrevido, la arre-metió impetuosamente y acabó de derribarla: murió, y Guzmán hizo venir a los hombres, mandó que la cortasen la lengua, y llamó al león, que se vino para él haciéndole mil halagos con la cola, y le acompañó hasta Fez. La presencia de este animal agradecido, la lengua de la fiera y la admiración de aquellos hombres fueron allí los testimonios de su victoria, cuya fama se extendió a lo lejos por Africa y por España. Los discípulos de Buffón y de Linneo podrán decir si hay en la naturaleza individuo que se parezca a la sierpe que va pintada, y si en la índole y costumbres conocidas del león cabe la conducta que se le asigna en este cuento, que el historiador sensato deterrará sin reparo alguno al país de las fábulas caballerescas.

A esta misma época pertenece la historia del tizón, que algunos atribuyen a la esposa de Guzmán, doña María Coronel. Cuentan que a los tres años de haberse venido de Africa, donde quedaba su marido, fueron tan vivos en ella los estímulos del apetito sensual, que, para libertarse de ellos sin mengua de su virtud, se abrasó con un tizón ardiendo la parte misma en que los sentía; remedio que no sólo los apagó por entonces, sino que la dejó inhábil por el resto de su vida para el uso del matrimonio. La naturaleza estremecida se niega a creer semejante esfuerzo, que más parece acto violento de una frenética bacante que medio acomodado a la condición de una dama virtuosa. La variedad con que se cuenta el hecho, atribuyéndole otros a una señora del mismo nombre que vivió después y añadiendo que se le siguió la muerte al instante, ayuda a la incredulidad, sin embargo de haber sido adoptado por tantos.

A él alude Juan de Mena en la copla 79 de sus *Trescientas*:

Poco más abajo vi entre otras enteras
 La muy casta dueña, de manos crueles,
 Digna corona de los Coroneles,
 Que quiso con fuego vencer sus hogueras.
 ¡Oh, ínclita Roma, si de ésta supieras
 Cuando mandabas el gran universol
 ¡Qué gloria, qué fama, qué prosa, qué verso,
 Qué templo vestal a la tal hicieras!

II

Carta del rey D. Sancho a Guzmán, después de alzado el cerco de Tarifa por los moros.

Primo D. Alonso Pérez de Guzmán: Sabido habemos lo que por nos servir habéis fecho en defendernos esta villa de Tarifa de los moros, habiéndoos tenido cercado seis meses y puesto en estrecho y afincamiento. Y principalmente supimos y en mucho tuvimos dar la vuestra sangre y ofrecer vuestro hijo primogénito por el mi servicio y del de Dios delante, y por la vuestra honra. En lo uno imitasteis al padre Abrahán, que por servir á Dios le daba el su hijo en sacrificio; y en lo leal quisisteis semejar la sangre de donde venides, por lo cual merecedes ser llamado *el Bueno*, y yo así vos lo llamo, y vos así vos llamaredes de aquí adelante. Ca justo es que el que face la bondad tenga nombre de Bueno, y no finque sin galardón de su buen fecho, y á los que mal facen les tollan su heredad y hacienda. Vos, que tan gran ejemplo y lealtad habéis mostrado y habéis dado á los mis caballeros y á los de todo el mundo, razón es que con mis mercedes quede memoria de las buenas obras y hazañas vuestras, y venid vos luego a verme; ca si malo no estobiera y en tanto afincamiento, naide me tollera que no vos fuera á ver y socorrer. Mas haredes conmigo lo que yo no puedo hacer con vusco, que es

veniros á mí, porque quiero hacer en vos mercedes que sean semejables á vuestros servicios. A la vuestra buena mujer nos encomendamos la mía é yo, y Dios sea con vusco. De Alcalá de Henares á 2 de enero, era de mil y trescientos y treinta y tres años.—*El Rey.*—(Medina, *Crónica de la casa de Medina Sidonia*, capítulo 27, libro I.)

APENDICES A LA VIDA DE ROGER DE LAURIA (1)

I

Título de almirante expedido a Roger por Pedro III de Aragón.
(20 de abril de 1283.)

Noverint universi præsentem paginam inspecturi. Quod nos Petrus, etc. Attendentes merita probitatis prudentiæ et devotionis nobilis Rogerii de Loria dilecti militis censilarii et familiarariis nostri de quibus excelentia nostra plenam gerit fiduciam ab experto officium Amiraciæ regni Cathalonix et Siciliae eidem duximus fiducialiter comitendum exercendum per eumdem ad honorem et fi delitatem culminis nostri usque ad nostræ bene placitum voluntatis. Mandantes universis et singulis hominibus armatæ eiusdem quod ipsi Rogerio tamquam Almirallo nostro pareant fideliter et intendat in omnibusquibus Amiratis prædecesoribus suis officium ipsum gerentibus sunt intendere et parere. Dantes et concedentes dicto Rogerio plenariam potestatem faciendi si oportuerit ab hominibus stolii seu armatæ prædictæ et de omnibus aliis hominibus qui sunt de foro Amiraciæ prædictæ ratione jurium ipsius officii tam in mari quam in terra justitias civiles et criminales et omnia alia

(1) Los cinco primeros documentos existen originales en el real archivo de la corona de Aragón, y de allí se han trasladado a la letra: el último está copiado del testamento de Roger, que se conserva en pergamino en el archivo del monasterio de Santas Cruces.

exercenda circa dictum officium quæ consueverunt exerceri per alios Amiratos cui Amirato nostro prædicto concedimus quod habeat, et percipiat iura omnia quæ ad prædictæ Amiraciæ officium pertinere noscuntur. In cuius rei testimonium præsens privilegium fieri iussimus et sigilo pendenti nostri fecimus communiri. Dat. Mesanæ, duodecimo kalendas Maij anno Domini milesimo duocentesimo octuagesimo tertio.

II

Provisión de Jaime II por la que se obliga a no pedir a los sucesores y herederos de Roger cuentas ningunas de la administración del almirante en caso de que muera sin darlas (7 de marzo de 1291).

Jacobus etc. Bono animo et spontanea voluntate etc. per nos et per omnes hæredes et succesores nostros promittimus bona fide vobis nobili Rogerio de Loria fideli nostro Almirato Aragoniæ etc. à nobis legitime stipulanti pro vobis et pro omnibus hæredibus et sucesoribus vestris et Petro Marti notario publico Barchinonæ à nobis legitime stipulanti nomine ipsorum hæredum et sucesorum vestrorum, quod si contingat vos finire dies vestros antequam nobis reddideritis comptum seu rationem de gestis et administratis per vos in officio vestri Almiratus vel de quibuscumque aliis quæ usque ad dies obitus vestri de bonis nostris ex quacumque alia causa receptoris procuraveritis et administraveritis, nos non movebimus nec moveri faciemus nec moveri sustinebimus post obitum vestrum contra hæredes succesores vestros ex testamento vel ab intestato, nec contra testamenti exequitionem et commissarios testamenti seu ultimæ voluntatis vestræ, nec contra quoscumque alios nomine vel ratione vestri aliquam petitionem quæstionem demandam vel causam in iudicio vel extra iudicium, nec exigemus a prædictis hæredibus et sucesoribus vestris, nec ab aliis qui-

buscumque personis aliquibus rationibus supra expressis, vel aliis quibuscumque, ita etiam quod ibi assereremus nos in vobis invenisso fatigam de computo reddendo, vel etiam penes vos aliquid modo aliquo remansisse, et non posimus contra vos et hæredes et successores vestros allegare proponere vel dicere nos fatigam de compoto reddendo in vobis invenisse, nec etiam per dolum per vos vel per hæredes aut successores vestros aliquid remansisse. Immo qualicumque actione vel jure contra vos vel hæredes aut successores vestros agere possemus, illi actioni et juri penitus renunciamus facientes vobis et vestris hæredibus et successoribus et notario infrascripto nomine ipsorum hæredum et sucesorum vestrorum per nos omnes hæredes et successores nostros de prædictis omnibus et singulis bonum etc., hæc omnia prædicta et singula ut superius dicta sunt promittimus per nos et omnes hæredes et successores nostros vobis et notario infrascripto à nobis legitime stipulanti pro vobis et pro omnibus hæredibus et successoribus vestris tenere complere et observare perpetuo et non in aliquo contravenire aliquo jure causa vel ratione. In cuius rei testimonium præsens instrumentum jussimus fieri per prædictum Petrum Marti notarium publicum Barchinonæ, et fecimus sigillo nostro sigillari. Actum est hoc Barchinonæ, nono idus Martij, etc.—Signum.

(Según el registro, pertenece al año de 1291.)

I I I

Provisión del mismo rey, en que se contienen las diferentes gracias y la autoridad adictas al empleo de almirante mientras sea ejercido por Roger (2 de abril de 1297).

Jacobus Dei gratia Rex Aragonum, Majoricæ, Valentia, et Murcia, Comesque Barchinonæ ac Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Vexillarius Ammiratus et Capitaneus generalis: Prælati Ecclesiarum, Comi-

tibus, Baronibus, Procuratoribus, Vicariis, Justitiis, Capitaneis, et cæteris aliis quibuscumque officialibus et personis per omnia Regna Aragonum, Majoricæ, Valentia et Murcia, Cerdenyæ et Corcicæ ac Comitatus Barchinonæ constitutis tam præsentibus quam futuris dilectis et fidelibus suis, salutem et dilectionem: Ad eximiæ laudis et famæ præconium magnificentia regalis extollitur dum subjectos quos extremitas, fidelitatis integritas et generis nobilitas corroborant et decorant honoribus et dignitate sublimant: Attendes igitur extremitatem nobilis Rogerii de Loria Regnorum nostrorum et Comitatus prædictorum Ammirati dilecti consilarii familiaris et fidelis nostri devotionis et fidei grata servitia per eum præstita Illustribus Dominis parentibus nostris et nobis et quæ nobis confert et in futurum auctore Domino conferre poterit gratiora nec minus labores et pericula quæ in stragem et confusionem nostrorum hostium subiit et etiam subire paratus per exaltationem nostri nominis et honoris, eundem Rogerium omnium Regnorum nostrorum et Comitatus prædictorum Ammiratum in tota vita sua duximus statuendum, volentes et præsentium tenore mandantes quod idem Ammiratus per se suosque Vice-Admiratos ordinatos et alios Commissarios et nuncios suos prædictum Ammiratiæ officium in omnibus Regnis et Comitatu prædictis toto tempore vitæ suæ ad honorem et fidelitatem nostram nostræque Curia... et profectum fideliter et diligenter exerceat et faciat exerceri. Et ut circa diligentem et legalem constructionem et reparationem vassellorum nostræ Curia quæ processu temporis reparari et de novo fieri et construi contigerit efficacius et studiosus intendatur: volumus et præcipimus quod idem Ammiratus per se et ordinatos suos in constructionibus et reparationibus prædictorum vassellorum quoties ea reparari fieri et construi de mandato nostro oportebit curam et cautelam adhibeat et faciat adhiberi. Quodque in singulis terciannatum prædictorum Regnorum et Comitatus debeat

et possit statuero loco sui unum vel duos probos et legales viros qui intersint sciant et videant ad occulum constructionem et reparationem prædictorum vassellorum construendorum et reparandorum et omnes expensas propterea faciendas et de introitu exitu totius pecuniæ et rerum expendendarum et recipiendarum per illos qui ad hoc sunt per nostram Curiam statuti et in antea statuentum plenam notitiam et conscientiam habeant. Ita quod eisdem Ammiratum et ordinatos suos nihil ex inde lateat quoquomodo et de introitu prædictæ pecuniæ et aliarum rerum et expensis faciendis in constructione et reparatione vassellorum ipsorum fiant tres quaterni consimiles quorum unus sub sigillis singulorum statutorum per nostram Curiam super prædicta constructione et reparatione penes prædictum Ammiratum remaneat, alium prædicti statuti per Curiam sub sigillis prædictorum ordinatorum per prædictorum estatutorum et dicti Ammirati nostræ Cameræ annis singulis transmittatur. Nemini quoque in eisdem Regnis et Comitatu liceat contra quosquumque per mare hostiles discursus et piraticam exercere sine licentia prædicti Ammirati et illius quem ad hoc loco sui duxerit deputandum. Ita tamen quod ipse et ordinati sui priusquam per eos super hoc personis aliquibus licentia concedatur, recipiant ab eis idoneam et sufficientem fideiussoriam cautionem de non offendendis amicis fidelibus et devotis nostris in personis vassellis mercibus et rebus eorum. Quodque si eos postmodum offendere impedire vel molestare præsumpserint tam offendentes et molestantes eosdem, quam fideiussores propter ea dati, ad integram emendam et restitutionem pecuniæ et aliarum quarumcumque rerum et mercium ab ipsis amicis et fidelibus ablatarum per prædictum Ammiratum et statutos suos cohertione qualibet compellantur. Et si forte ipsi et fideiussores præstiti insufficientes et non solvendi fuerint idem Ammiratus totum defectum et insufficientiam eorum sup-

plere de suis bonis propriis teneatur ad quod se voluntarie obligavit. Si vero aliquis de nostris fidelibus per aliqua vassella aliquarum communitatum et specialium personarum comunitatum ipsarum per mare dirrobari et capi contingerit statuimus et præcipimus quod prædictus Ammiratus comunitatem seu communitates illas per quam seu quas cuius seu quorum speciales personas dicti fidelis nostri more piratico seu alia quavis causa dirrobabuntur et capientur per mare per sua litteras requirere debeat ut nostris fidelibus dampna passis vassella pecuniam merces et omnes alias res eorum ab eis prædicto modo ablatas et captas restituat et restitui faciat. Et si prædictæ communitates vel earum aliqua receptis prædicti Ammirati litteris prædicta dampna prædictis nostris fidelibus restituere et resarcire neglexerint, idem Ammiratus auctoritate præsentium super bonis et rebus et de bonis et rebus communitatis seu communitatum quæ seu cuius speciales personæ contra prædictos fideles nostros prædictam dirrobationem et piraticam exercebunt et emendam et restitutionem facere neglexerint quæ ubicumque per Regna nostra inveniri poterunt prædicta dampna prædictis nostris fidelibus restituat et faciat integraliter resarciri. Volumus in super quod de causis et quæstionibus tam civilibus quam criminalibus quæ inter homines generalis et specialis armatæ nostræ et quorumlibet vassellorum armandorum ad exercendum piraticam movebuntur idem Ammiratus et ille quem ad hoc loco sui statuerit summarie secundum statutum et consuetudinem armatæ ad suum arbitrium cognoscat et singulis conquerentibus justitiam administret quam cognitionem exerceat et exerceri faciat de causis et quæstionibus videlicet quas moveri contingat à quindecim diebus in antea postquam pro prædicta armata et vassellis armandis incipient solidi exhiberi usque ad quindecim dies postquam vassella ipsa fuerint exarmata. Concedimus etiam idem Ammirato quod homines deputati et deputandi ad servitia nostra-

rum tercianarum de quæstionibus civilibus et criminalibus auctoribus seu accusatoribus coram prædicto Ammirato et ordinatis suis et non officialibus aliis respondere in iudicio compellantur et causæ ipsæ per eum secundum justitiam fine debito terminentur. Volumus prætera quod idem Ammiratus comitos deputatos et deputandos ad armatam nostri felicis extollit quos ad hoc insufficientes et minus utiles viderit ab officio comitiæ ipsius amovere valeat et loco eorum alios in arte maris expertos idoneos et sufficientes ad hoc in eodem officio deputare. Ceterum quia multa et diversa servitia incumbentia in nostra Curia sic mentem nostram undique occupant quod ad exequendum et expediendum omnia pertinentia exaltationi nostri nominis et honoris vaccare comode non valemus, ut per illorum industriam de quibus confidimus defectos hujusmodi suppleatur, providimus et precipimus quod idem Ammiratus tempore tam guerræ quam pacis per prædicta Regna nostra et Comitatum absque mandato nostræ celsitudinis et quorumcumque nostrorum officialium de pecunia nostræ Curie sibi per nos seu officiales ejusdem Curie assignanda in quantitate sufficienti, quam propterea requisiverit, possit armare usque ad galeras duas deputandas at nostra servitia et alia requirentia negotia quæ pro exaltatione et honore nostro tunc temporis imminebunt. Ad hoc cum idem Ammiratus et ordinati sui de pecunia et rebus aliis solutis et solvendis per eos pro prædicta armata et negotiis aliis propter perplexitates multorum negotiorum recipere nequierit apodixas, volumus et mandamus quod idem Ammiratus de pecunia et rebus aliis quas per se et ordinatos suos propterea receperit et solverit, ponat nostræ Curie per quaternos tantummodo finalem et debitam rationem et nehis stetur fidei quaternorum ipsorum instrumentis apochis et cautelis aliis omnino exclusis. Si vero et in debellatione et conflictu extollit et rebellium et inimicorum nostrorum Ammiratum ejusdem extollit per nostrum

felix extollium in quo idem Ammiratus præsit capi contingerit, volumus et dicto Ammirato nostro concedimus quod Ammiratum extollii revellium et hostium nostrorum cum omnibus rebus suis in eodem extollio existentibus habeat suis utilitatibus applicandum. De navibus quoque et aliis quibuscumque vassellis capiendis per prædictum nostrum extollium idem Ammiratus habeat et habere debeat omnia arma et ropas usitatas pecias pannorum non integras sed incisas saccarias et inbolias vacuas in eisdem vassellis et navibus existentes. Et si naves et vassella ipsa frumento et ordeo fuerit onerata idem Ammiratus de victualibus oneratis in qualibet navium et vassellorum ipsorum habeat usque ad palmum unum in oireo in paliolis cujuslibet navis et vasselli ipsius quæ suis commoditatibus adquirantur. Habeat præterea idem Ammiratus annis singulis pro expensis suis de pecunia Curia nostræ à die videlicet quo armata ipsa fieri incipiet usque quo completa fuerit die quolibet sexaginta solidos Barchinonæ. Ad hoc volumus et mandamus quod præfatus Ammiratus habeat et habere debeat omnia vasa armati nostri extollii ad navigandum inutilia et non apta vireda etiam affisos et atia guarnimenta nostre Curia vetera inutilia existentia in nostris tertianatibus et extra ternianatos eosdem suis utilitatibus applicanda, proviso prius per aliquos providos et discretos viros in arte maris expertos per nos ad hoc eligendos, quæ vasa prædicta sint ad navigandum inutilia et non apta. Concedimus equidem prædicto Ammirato de gratia speciali quod de Sarracenis capiendis cum nostri vassellis armandis per eum vel alios de mandato suo ipse vicesimam partem consequatur et habeat reliquis partibus Sarracenorum ipsorum fisci nostri commoditatibus applicandis. Concedimus ei etiam ut si contingat eundem Ammiratum sua pendentia et tractatu à Sarracenis quibuslibet aliqua forsam solita recuperare tributa seu servitia, et insolita in nova adquirere tributis solitis

et insolitis antiquis et noviter acquisitis nobis integre remanentibus ad quantitatem æqualem decimæ prædictorum tributorum ipso Ammirato Sarracenos cogente prædictos eum ad opus suum illam de speciali gratia volumus obtinere. Naves vero et vassella exteriorum sive extraneorum quæ in Regnorum nostrorum partibus naufragium patiuntur, de quo naufragium jus consuetum et debitum nostra Curia consequitur, idem Ammiratus habeat suis utilitatibus acquirendis seu etiam acquirenda. Prædicto enim Ammirato concedimus quod habeat et habere debeat omnia jura quæ Ammirati alii præcessores sui ratione Ammiratiæ officii tam à Curia quam à marinariis et aliis per mare navigantibus consueverunt recipere et habere. Attendentes itaque pericula et labores immensos quæ pro nobis sustituit sustinet Ammiratus prædictus, concedimus eidem de liberalitate mera et gratia speciali quod de omnibus rebus et mercibus licitis et permissis quas de suo proprio emi fecerit honerari immiti et extrahi in quibuscumque et de quibuscumque portibus et locis maritimorum Regnorum et Comitatus prædictorum nullum jus nostræ Curie solvere teneatur: volentes ac universis et singulis officialibus nostris præsentium tenore mandantes quod ab eodem Ammirato et ejus nuntiis de rebus et mercibus emendis per eum et ejus nuntios de sua pecunia propria honerandis immittendis et extrahendis in quibuscumque et de quibuscumque portibus et locis maritimorum Regnorum et Comitatus nostrorum prædictorum nullum jus ab eodem Ammirato et suis nuntiis exigant nec per alios exigi patiantur. Ut autem in armatæ nostræ negotiis cujuscumque occasionis pretextu nullus defectus eveniat quoquomodo, volumus et vobis universis et singulis officialibus et personis per prædicta Regna nostra et Comitatum constitutis tenore præsentium mandamus, quod eidem Ammirato et ordinatis suis de omnibus quæ ad ipsius armatæ negotia expectare noscuntur ad honorem et fidelitatem nostram devote pareatis

et efficaciter intendatis. Dat. Romæ, quarto nonas aprilis, anno Domini millesimo ducentesimo nonagesimo septimo.

IV

Concesión que hace el mismo rey a Roger de ejercer mientras viva el mero imperio en Concentaina, Alcoy, Ceta y otros pueblos (4 de diciembre de 1297).

Noverint universi quod nos Jacobus, Dei gratia Rex Aragonum, Majoricarum, Valentiae et Murciae, Comesque Barquinonae ac Sanctae Romanae Ecclesiae Vexillarius Ammiratus et Capitaneus generalis: Considerantes et attendentes plura grata et accepta servitia per vos nobilem Rogerium de Loria regnorum nostrorum Ammiratum dilectum conciliarum familiarem et fidelem nostrum nobis exhibita et quae speramus nobis per vos exhiberi in antea gratiora volentes vos propterea prosequi gratiis et favore concedimus et damus vobis de libera itate mera et gratia speciali merum imperium per vos vel per quos volueritis loco vestri utendum et exercendum in tota vita vestra tantum et non amplius tam in loco de Concentayna quae pro nobis tenetis ad foedum honoratum quam locis vestris infrascriptis videlicet Alcoy, Ceta, Calis, Altea, Navarres, et in loco vocato Podio de Santa Maria Balsegua, et in Castronovo, prout ipsum merum imperium per nos vel officiales nostros exercebatur et exerceri poterat in locis ipsis. Mandantes procuratori regni Valentiae ac universis et aliis officialibus et subditis nostris ejusdem Regni, quod praedictam concessionem et donationem nostram vobis dicto nobili Rogerio in tota vita vestra observent et faciant observari et non contraveniant nec aliquem contravenire permitant aliqua ratione. Dat. Valentiae II. nonas Decembris anno à nativitate Domini millesimo ducentesimo nonagesimo septimo.

V

Breve del Papa Bonifacio VIII al rey de Aragón pidiéndole que defendiera a Roger de las correrías que algunos émulos suyos hacen en sus tierras (1 de octubre, año VI de su pontificado, esto es, de 1300).

Bonifacius Episcopu Servus servorum Dei carissimo in Christo filio Jacob Regi Aragonum illustri salutem et apostolicam benedictionem. Grata et utilia servitia quæ dilectus filius nobilis vir Rogerius de Loria nobis et Romanæ Ecclesiæ jam impendit et iugiter continuato studio impendere non desinit, promerentur ut idem nobilis nos et apostolicam Sedem non solum circa conservationem suorum bonorum et iurium, verum etiam in gratiarum exhibitione debeat favorabiles invenire. Ex parte siquidem eiusdem nobilis gravius nobis est oblata querela quod Gilibertus de Castronovo et nonnulli alii milites de partibus Aragoniæ et Cataloniæ ad sugestionem ut creditur quorundam æmulorum suorum de partibus supra dictis in castris et terris quæ dictus nobilis in eisdem partibus obtinet et graves molestias et dispendiosa gravamina per pignorationes depredationes multiplices et aliis diversis modis inferre præsumunt. Nos igitur volentes huiusmodi molestias et gravamina per tuæ potentiæ præsidium submoveri, Regalem Excellentiam rogamus et hortamur attente quatenus prædictum nobilem habens pro nostra et prædictæ sedis reverentia propensius comendatum eum à prædictis militibus et quibuslibet aliis dictarum partium eidem iniuriantibus favorabiliter tuearis, iniuriatore huiusmodi potestate tibi tradita efficaciter compescendo. Huiusmodi autem preces nostras Celsitudo Regia sic admittat quod memoratus nobilis eas sibi sentiat profuisse. Nosque serenitatem tuam possimus exinde dignis in Domino audibus commendare. Dat. Anagninæ, kal. Octob. Pontificatus nostri anno sexto.

VI

Testamento de Roger (1291).

Noverint universi quod nos Rogerius de Luria regnorum Aragoniæ et Cecilie Almiratus, gratis et spontanea voluntate, ac sola propria devotione ductus, damus et offerimus cum testimonio huius præsentis publici instrumenti corpus nostrum Deo, et beatæ Mariæ monasterii Sanctarum Crucem, et ibidem eligimus sepulturam in manibus, et potestatem vestri fratris Natalis Celleraii majoris nomine fratris Bonati Abbatis, et conventus ejusdem monasterii: promittentes vobis, et conventus eiusdem loci legitima stipulatione quod si in Catalonia, vel in regni Aragonum, Valentie, et Majoricæ nos mori contingerit, quod ad prædictum monasterium nostrum corpus afferatur, et ibidem sepeliatur, et quod nullo tempore de prædictis voluntatem nostram præsentem mutemus, nec in alio loco in prædictis partibus Cataloniæ, Aragonum, Valentie et Majoricæ sepulturam nostram eligamus. Et si forsitam alibi eligemus in prædictis partibus, illud penitus ex certa scientia revocamus. Et si extra partes prænominatas nos fortasse mori contingeret, sepeliri in dicto monasterio nulatenus teneamur. Et quod corpus nostrum sepeliatur in solo dictæ ecclesiæ ad pedes sepulcri Illustrissimi Domini Regis Petri claræ memoriæ ubi sepultus est quod plane, sicut per solum aliud ecclesiæ super lapidem sepulturæ suprapositum possint euntes lapidem ipsum pedibus calcare; et quod in lapide ipso fiat superscriptio litterarum ad nostrum beneplacitum sicut concessum est nobis pervos, et conventum dicti monasterii juxta tenorem instrumenti perpetuum inde confecti. Et ut prædicta omnia, et singula melius, et firmiter à nobis attendantur, et compleantur, juramus super sancta quatuor Dei evangelia nostris propriis

manibus tacta supradicta omnia attendere, et complere, et non aliquo contravenire aliquo tempore, modo aliquo, jure, ratione, vel causa sic Deus nos adjuvet, et ejus crux, et sancta evangelia. Quod est actum quarto idus Septembris, anno Domini millesimo ducentesimo nonagesimo primo.—Sig † num Rogerii de Luria supradicti, qui prædicta omnia concedimus et firmamus firmarique rogamus.—Sig † num Raymundi Dez-prats.—Sig † num Leonardi nostri dicti Domini Almirati testium.—Z

Ego Michael Gasol publicus not. Illerdæ hoc instrumentum auctoritate regia à memor, per me recepi scribi feci, et clausi et his omnibus suprascrips. præsens fui, et hoc sig † num imposui...

APENDICE A LA VIDA DEL PRINCIPE DE VIANA

Carta que escribió a Pamplona sobre haberle aclamado por rey de Navarra sin noticia suya.

EL PRÍNCIPE.—Reverendo prior, noble é egregio, nuestro caro é bien amado tio, é vosotros del nuestro Consejo, é Deputados de la nuestra muy noble é leal ciudat de Pamplona, fieles é bien amados nuestros. Pocos dias há que por letras de gentes aragonesas, inviadas á la majestat del señor Rey mi tio, é á otros curiales, algunos de su corte é casa, supimos una novedad mucho grande, que se decia ser fecha por vosotros, á la cual Nos no podiamos consentir ni dar fe, por ser ella tanto apartada é remota de toda facultat é razon; é agora nuevamente por algunas letras que habemos recibido del bien amado fiel consellero é procurador patrimonial nuestro, Martin de Irurita, escritas en Barcelona, é otras que por amigos é servidores nuestros de la dicha ciudat nos han seido inviadas, habemos sentido por cierta la novedat antedicha; é se escribe que vosotros nos habeis elevado por rey con aquellos actos é celebracion de los reyes de Navarra. Lo cual nos ha puesto en tanta molestia é tormento, que no se puede escribir. Maravillámonos de vuestra intencion é motivo, ni sabemos cuál es; é no menos de vuestra providencia é circunspeccion, que así poco ha mirado una tamaña é tanto escandalosa hacienda; é cuál juicio vos ha impelido y persuadido á nos consti-

tuir en el extremo de nuestros mayores peligros. Estimariamos, segun lo que antes de agora vos habemos escrito, que manifiesta vos fuese nuestra voluntad é propósito en lo que entendemos facer é seguir para el beneficio é reparo de vuestros trabajos, é pacificacion é reposo de los infestos é crudos actos de guerra en que érades puestos.

E conociendo que mas conveniente nos fuese para extinguir é sedar tantos males, é satisfacer á la razon que debemos al Rey mi señor é padre, é á la conservacion ó restauracion é relieve de todos los otros, recurrir al consejo é reparo de aqueste rey y señor, que seguir otros expedientes é medios de las armas, ó mas experimentar nuestras fuerzas, teniendo por cierto que como leales, obedientes é buenos que siempre nos fuistes, seguiriades nuestra determinacion, voluntat é mandado; como principalmente Nos miremos en esta nuestra eleccion, empués la obligacion en que natura nos puso, vuestro interés é relieve, agora manifestament conocemos vuestros errados consejos, é cuán mal entendido es por vosotros el discrimen en que sois, pues no pudiérades essayar cosa alguna que tanto oscura nos fuese ni más decriasse á nuestra opinion, estimacion é reputacion en el mundo. Habeis atropellado toda nuestra causa, honestad é razon; car defender nuestro patrimonio é nuestra persona é estado, lícito é honesto nos era; mas obscurar ó disminuir el honor paternal no lo sostienen las leyes; é solo este acto da fundamento é razon á todos nuestros rebeldes é malos, é les habeis dado título de pugnar. Car á nos habeis preciso, é atajado toda esperanza de remedios de paz; habeisnos expuesto á gran indignacion é desdén de este rey é señor nuestro tio, en el cual solo, empués Dios, restaba nuestro reparo é consuelo. Habeis puesto á peligro las vidas de nuestro condestable é de los otros que están en rehenes por nos. E finalmente habeis provocado contra Nos é vosotros todos aquellos que en favor nuestro eran.

Por ende no podemos excusar ni abstenernos de

vos reprender en esta part, é mucho menos consentir en vuestra errada determinacion, la cual si posible nos fuese quitar, é la dicha noticia é manifestacion en que es, nos seria mas grato é apreciable que ganar un gran regno. Mas pues en nuestra facultat ya no es, recorreremos á lo que á nuestra part toca, encargando vos estrechament, é mandando por la fidelidad que nos debeis é por aquel sincero amor é buen celo que á nuestro honor é servicio llevais, que ceseis é fagades cesar á todos los nuestros que obedientes súbditos é servidores nos son, de nos intitular é notar é decir vuestro rey. Entendidos sois todos, prudentes é sabios, é algunos de vosotros letrados que habeis seido, é sabeis que el real señorío é propiedat de las cosas no consiste en la vocal formacion, la cual sola es signo é señal solament; que en otra manera, si la intitucion voluntaria diesse razon de las cosas del mundo, todas serian comunes, é no de privadas personas. E á Nos solo viene bien que nuestro genitor y señor se intitule rey, áncora en aquello que es nuestro; mas placer nos era muy grande que poseyese su primero nombre de imperio; ni puede causar prejuicio alguno aquesto, como en otros reinos é señoríos dudosos distintas personas con un mismo título. Podria ser que causa vos habian dado á esto algunos procesos, que se pudiera excusar facer contra Nos, segunt que sentimos; los cuales, ni los autores de aquellos, si mas nos podian turbar que quitar la razon que natura nos dió, pacíficamente viviriamos, é ellos posseerian otra fama é renombre. No sentimos ni estimamos mas esto de cuanto se merece estimar é sentir. E cuanto perjudiciable nos fuese, á Nos pertenece sentirlo primero é proveer á su tiempo, é á vosotros obedecer é seguirnos. Brevement vos enviaremos personas de nuestra casa con los embajadores que van del señor Rey nuestro tio, más á pleno instructas de los que se ha de facer. Mas quisimos sentiéssedes, cuanto más presto pudimos, cuán molesta nos es la novedad antedicha por que no perseveredes en ella si mirais á nos com-

placer é servir, é excusar nuestra ira, indignacion y desgrado dicho. Ciudad de Nápoles, xxviiiij del mes de Abril de Mcccclvij.

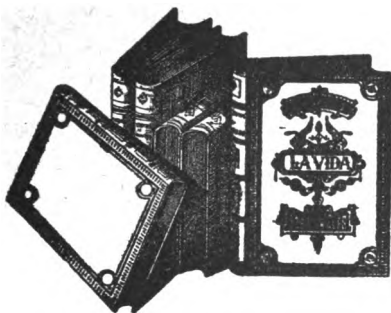
(Esta carta salió en la primera edición sólo en extracto e incorporada con el texto de la *Vida*. Ha parecido ahora más conducente descargar la narración de una cita tan prolija y poner el instrumento entero en este lugar, según se halla en el tomo IV de los *Anales de Navarra*, pág. 543.)

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.....	7
El Cid.....	17
Guzmán el Bueno.....	47
Roger de Lauria.....	75
El Príncipe de Viana.....	133
Apéndices a la vida del Cid	191
I.....	192
II.....	194
III.....	196
Apéndices a la vida de Guzmán el Bueno.....	199
I.....	199
II.....	201
Apéndices a la vida de Roger de Lauria.....	203
I.....	203
II.....	204
III.....	205
IV.....	212
V.....	213
VI.....	214
Apéndice a la vida del Príncipe de Viana.....	217

OBRA INTERESANTISIMA



LA VIDA

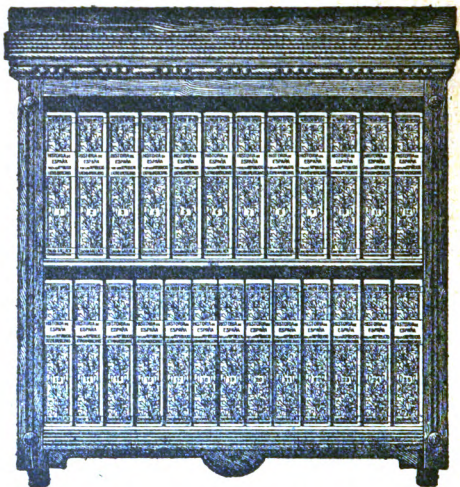
DE LOS ANIMALES

por el eminente Doctor alemán A. E. BREHM,
traducida por Carlos Fernández de Castroverde

Notabilísima edición, única en idioma castellano y la más completa de cuantas en su género se han dado a luz. Va ilustrada con más de 1.650 grabados intercalados y láminas en color, y es útil a los Médicos, Farmacéuticos, Veterinarios, Naturalistas y al público amante de las bellezas del reino animal.

Precio de la obra encuadernada:
188,50 ptas., a plazos o al contado.

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID



OBRA NUEVA

**HISTORIA DE ESPAÑA
Y DE LAS REPÚBLICAS
LATINOAMERICANAS**

ESCRITA POR EL ACADEMICO

D. ALFREDO OPISSO Y VIÑAS

Consta de más de 8.000 páginas de nutrida lectura, ilustrada con unos 1.250 grabados intercalados, 100 preciosas láminas en negro, otras tantas en tricolor y numerosos mapas grabados expresamente.

25 HERMOSOS TOMOS ENCUADERNADOS EN TELA:
150 PESETAS, PAGADERAS A PLAZOS O AL CONTADO

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13. — MADRID

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de CIN-
CUENTA CENTIMOS cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 570 números publicados desde julio de 1919
— — a febrero de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13